

Gabriel Salazar

306.0983

S161d Salazar Vergara, Gabriel

Dolencias históricas de la memoria ciudadana  
(Chile, 1810 - 2010)/ Gabriel Salazar.

1.ª ed. Santiago de Chile: Universitaria, 2012.

165 p.; 15,5 x 23 cm. (Imagen de Chile)

Incluye notas a pie de página.

ISBN 978-956-11-2356-4

ISBN Libro en versión electrónica 978-956-11-2357-1

1. Identidad cultural - Chile. 2. Chile - Política y gobierno. 3. Chile -  
Condiciones sociales. 4. Bicentenario chileno, 1810-2010. I. t.

© 2011, GABRIEL SALAZAR.

Inscripción N° 207.643, Santiago de Chile

Derechos de edición reservados para todos los países por

© EDITORIAL UNIVERSITARIA S.A.

Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

editor@universitaria.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,  
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por  
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o  
electrónicos, incluidas las fotocopias,  
sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía *Times 10,5/14*

Se terminó de imprimir esta

PRIMERA EDICIÓN

en los talleres de Editorial Atenas Ltda.,

Las Dalias 2798-D, Macul, Santiago de Chile,

en octubre de 2012.

DISEÑO DE PORTADA Y DIAGRAMACIÓN

*Norma Díaz San Martín*

www.universitaria.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

*Dolencias históricas  
de la memoria ciudadana  
(Chile, 1810 - 2010)*



EDITORIAL UNIVERSITARIA

# ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9
FIESTAS CENTENARIAS EN CHILE: ¿RITOS DEL ETERNO RETORNO?	13
LA TRANSGURACIÓN DE ALLENDE Y LA ACTUAL CRISIS DE REPRESENTATIVIDAD	21
HOLOCAUSTO Y TOTALITARISMO EN EL CONO SUR: DOS SIGLOS DE DAÑO TRANSGENERACIONAL	25
DOLENCIAS HISTÓRICAS DEL SISTEMA POLÍTICO CHILENO	37
I. El ahuecamiento del Estado en Chile	37
II. Cuando la ciudadanía construyó Estado (la traición del mercader: 1823-1830)	43
III. El derrumbe del coloso estatal (Chile, 1910)	51
IV. Los “caudillos” contra el pueblo soberano (Chile, 1919-1938)	57
V. La trampa estatal (Chile, 1938-1973)	64
VI. El topo de la historia	70
ELECCIÓN PRESIDENCIAL EN EL BICENTENARIO	77
¿NEOLIBERALISMO RECARGADO?	81

EL CONFLICTO CULTURAL DEL BICENTENARIO: MERCADO <i>VERSUS</i> FRENTE SOCIAL	83
EL DERECHO A ENFIESTAR LA EXCLUSIÓN	87
BICENTENARIO EN CHILE: BALANCE HISTÓRICO, TAREAS PENDIENTES Y AUTOEDUCACIÓN CIUDADANA	91
TASAS DE INTERÉS MERCANTIL: BICENTENARIO DE LA <i>PLUSVALÍA TOTAL</i>	103
¿“NUEVA MANERA DE GOBERNAR”?	107
LA VERDADERA POBREZA DE HOY	109
REMINISCENCIAS DEL PODER CIUDADANO (CHILE, 2010)	115
CULTURA-OBJETO Y CULTURA-SUJETO EN LA HISTORIA DE CHILE	119
EL POBRE DE HOY ES EL <i>FLAITE</i>	129
SER CHILENO... EN LA MEDIDA DE LO POSIBLE	137
BICENTENARIO URBANO EN CHILE: ¿QUÉ PUEBLO PARA QUÉ CIUDAD?	139
TRAGEDIAS MINERAS EN CHILE: DE LA AMNESIA HISTÓRICA A LA HISTERIA MEDIÁTICA	145
RESTAR PARA SUMAR: ¿EDUCANDO EN EXCELENCIA?	149
DEMOSTRACIONES CIUDADANAS: ¿MASAS O SOBERANÍA?	151

## PREFACIO

Doscientos años de historia acumulada –que Chile lleva hoy sepultados dentro de sí mismo– es mucho más que un simple cumpleaños. En rigor, es una enraizada y aun petrificada memoria subterránea, que necesita y reclama ser exhumada, clasificada y evaluada críticamente. No, por cierto, según la mitología elitaria que los vencedores de siempre han esculpido en mármol para lapidar su profundidad o inmovilizar su vida propia sino por medio de la *historiografía social-ciudadana* que, desde hace 30 años, aproximadamente, explora, cava y desentierra hechos, sucesos y conflictos del fondo de esa olvidada profundidad.

Aún queda mucho por exhumar, pese a que se ha recorrido ya buena parte de los túneles cavernosos del gran “topo de la historia” (Karl Marx) chileno. Ya conocemos, *grosso modo*, por ejemplo, el despojo y el enojo (*illkun*) de los pueblos originarios. La lenta agonía crepuscular del inquilino. La rinconada vacía de los labradores. El capitalismo eunuco del engreído *retail* portaliano. El sometimiento, a ficha, látigo y fusil, del roto alzado. La impotencia endémica del microempresariado industrial. El ascenso ‘kafkiano’ de las capas medias. La mujer popular preñada de ciudadanía local. Los niños, en tropel, entrando tardíamente en la historia. El imperio sin término del capital financiero. El auge y enmudecimiento del movimiento obrero. El alba directa y el ocaso indirecto de los pobladores. El estado terrorista legitimándose al rescoldo democrático. El ejército acampado en el vivac de sus víctimas. El Estado autodisuelto en el Mercado. La juventud popular blindándose de autogestión, rebelión y cultura...

La historiografía social-ciudadana ha recuperado, tras 30 años de rastreo, un cúmulo palpitante de recuerdos, todavía vivos... Nada proporcional, sin embargo, a la historia que aún yace bajo tierra. Pero suficiente para intentar un primer diagnóstico. Un balance provisorio. Ideas sueltas, chispazos de mente, para ir pensando...

El objetivo de esta publicación consiste en reunir, en un haz todavía heterogéneo, un conjunto de fugaces percepciones históricas sobre el bicentenario chileno, expuestas sin otro orden que la secuencia cronológica en que fueron *demandadas* (o preguntadas) por un sector u otro de la comunidad nacional, y *comunicadas* a la misma por este autor en la forma específica en que se dio para cada ocasión: a) o por medio de una conferencia verbal directa; b) o bajo la forma de artículo, columna o “posteo” de revista o periódico; c) o a través de una entrevista formal realizada por algún periodista profesional. La ‘demanda’, en todo caso, implicó e implica la existencia de una inquietud ciudadana que necesitaba y aun necesita desarrollarse como proceso socializado de estudio, información y reflexión. Normalmente con intencionalidad política. La ‘comunicación’ se fundó también, en todo caso, en uno o varios trabajos de investigación histórico-social de rango académico, realizados en paralelo o con anterioridad por el que suscribe estas páginas. El juego interaccional demanda-comunicación que se produjo en cada caso debería entenderse como la *reversión social* del trabajo académico. Esto es, su responsabilidad cívica. Su paso del archivo a la plaza pública.

En ese sentido, lo que había sido investigado previamente necesitó revestirse de un *lenguaje comunicacional ad hoc* para llegar a los lectores y/o a la audiencia receptora de lo comunicado. Por eso, en los textos que aquí se publican los contenidos de las investigaciones realizadas están resumidos y ajustados a los problemas y/o a las cuestiones específicas planteadas por la demanda, y expresados en un cierto ‘modo comunicativo’, en el que la expresividad estilística juega y debe jugar un papel primordial, aunque nunca determinante. Cabe destacar que la demanda nunca exigió ni parece necesitar –de momento– una visión global, holística, sino una aclaración histórica puntual respecto de problemas o aspectos particulares, específicos. Es la razón por la que el conjunto de ‘comunicados’ que aquí se editan compone un todo multifacético, no orgánicamente articulado. Caleidoscopicamente...

Con todo, al entrecruzarse las preguntas, variables y perspectivas, aparecen temas y situaciones repetidos o reincidentes. Una misma tensión puede aparecer, por eso, ante miradas que se inician desde diversos ángulos o preguntas. Por tanto, no es que en este libro (que no es un relato o discurso orgánico unificado) haya redundancias sino que las diversas entradas (o preguntas) al laberinto de estos 200 años tropiezan, a veces, con *un mismo* bloque histórico, que obstruye y determina en más de una dirección, a más de un camino. Y por eso esas redundancias se configuran, en el conjunto, como melodías de unión entre las ‘interpretaciones’ que aquí se ofrecen, apareciendo, en cada ocasión, como la clave mayor de las

variaciones exigidas, perfilándose de ese modo su gravitación céntrica, crucial o estratégica.

El ejercicio interaccional del autor con las demandas historiográficas de la ciudadanía está basado y fundado, como se dijo, en investigaciones realizadas conforme el patrón epistemológico de la historiografía social-ciudadana, que trabaja y explora de preferencia *debajo* de la lápida mítica (militar-política) de la ‘memoria oficial’. El análisis de las interacciones efectuadas en el transcurso de poco más de un año (2010) revela que las preguntas ciudadanas invitan –tal vez inadvertidamente– a que la historia ‘social’ se desarrolle y se extienda, lógica y fluidamente, hacia la historia ‘política’, la historia ‘económica’ y la historia ‘cultural’. Lo que, en más de un sentido, prueba que la ‘nueva’ historia política, por ejemplo, sólo puede fundarse y desarrollarse  *viniendo* de lo social y *hermanándose* lateralmente con lo económico y lo cultural. Sin duda la interacción a la que aquí aludimos es un ejercicio natural de creciente frecuencia en la vida ciudadana de los chilenos del siglo XXI (no sólo en conexión con el autor de estas líneas, ciertamente, sino también con muchos otros), el mismo que necesita, acaso, un análisis más sistemático, a efectos de caracterizar de mejor modo lo que Paul Baran y Robert Merton denominaron, en otra época, la “responsabilidad social-histórica del intelectual”.

La mayoría de los textos incorporados en este libro fueron revisados por el autor con el propósito de mejorar (cosméticamente) la versión original y definir, en la medida de lo posible, un estilo comunicacional apropiado para la ciudadanía.

La Reina, diciembre 10 de 2010

## FIESTAS CENTENARIAS EN CHILE: ¿RITOS DEL ETERNO RETORNO?<sup>1</sup>

En 1910, al cumplirse 100 años de la instauración de la Primera Junta de Gobierno, las máximas autoridades del país, aglutinadas entonces en una abigarrada oligarquía parlamentarista, organizaron grandes fiestas cívicas y publicaron múltiples, elegantes y voluminosos libros (de canto dorado, editados principalmente en París y Londres) para dar cuenta de la notable modernización alcanzada por Chile tras un siglo de vida independiente, pues estimaron que, transcurrida una centuria, era el tiempo adecuado para desencadenar a todos los vientos el hasta allí retenido orgullo nacional.

¿Orgullo de qué? De lo que fuera. Lo importante era *exhibir* lo que habíamos logrado. Por tanto, se pensó que era la ocasión precisa para fotografiar los ferrocarriles (importados del hemisferio norte) que recorrían atronadoramente el país a lo largo y a lo ancho (para desencanto de las fundiciones nacionales, que no hallaban mercado para las locomotoras que fabricaban); o los imponentes edificios públicos (escuelas, ministerios, tribunales, etc.) que atestiguaban la majestad suprema del Estado (sin destacar el hecho de que tal imponencia derivaba del impuesto a las exportaciones salitreras que, en todas sus fases, controlaban compañías extranjeras); o la belleza clásica de las mujeres del patriciado local (sin resaltar, junto a ellas, el rostro famélico de las mujeres que atiborraban con sus hijos los conventillos de la capital); o las grandes industrias que jalonaban los bordes de las principales ciudades (levantadas por extranjeros empeñosos, sin proteccionismo estatal alguno), e incluso, en un gesto condescendiente con la realidad, fotografiar también (con ademán científico, antropológico y folklórico, por supuesto) algunos de los personajes típicos del “bajo pueblo”, en representación de los millones de

<sup>1</sup> En PARENTINI L (comp.), *Historiadores chilenos frente al Bicentenario*, Comisión Bicentenario del Gobierno de Chile junto a UCSH, UAB y UFT, Santiago, 2008, pp. 91-98.

chilenos que habitaban los conventillos urbanos, los ranchos de los suburbios y las rucas indígenas de tierra adentro, todos los cuales constituían los *dos tercios* de la sociedad nacional.

¿Orgullo de qué? Pues de haber *adoptado e imitado* (no ‘creado’), hasta donde se pudo, la modernización industrial y cultural que llegó a nuestras costas proveniente del hemisferio norte, con un resultado ‘final’ que, en la perspectiva de la minoría que gobernaba el país, era altamente satisfactorio. Satisfactorio sin duda para ella misma, que necesitaba sentirse parte natural de la sociedad parisina, londinense o bostoniana, en grado de hermandad modernista, no como subproducto mestizo de una colonización esclavizadora. Porque la elite nacional necesitaba ser miembro del contingente imperial colonizador, no de la masa social colonizada. Es que, después de todo, su identidad había nacido y crecido colgada –hasta 1820– de las hidalgúas castellano-vascas y, después de 1850, de la opulencia financiera de las burguesías anglosajonas del Tercer Imperio Francés y de la muy británica Era Victoriana. Al principio tramitando con esmero sus ‘hojas de servicios’ en la Corte del Rey Católico; más tarde gastando a manos llenas los gloriosos pesos de 45 peniques (ganados en las exportaciones de trigo y cobre) en la bohemia parisina y –contrapunteando– en el recogimiento papal de las plazas de Roma. ¿Por qué, en consecuencia, tenía ella, la orgullosa elite nacional, que construir su orgullo imperial resolviendo los endémicos problemas que corroían al “bajo pueblo” (que sumaba los 2/3 de la población)? ¿Por qué, si ella, convocada por el orgullo universalizante de Occidente, no tenía razón para *nacionalizarse* al extremo de anular su identidad? La “cuestión social”, por grave que fuera, no podía criollizar las elites locales al extremo de romper el cordón umbilical que las unía al hemisferio norte, ni podía abolir de una plumada el orgullo cosmopolita de la civilización, toda vez que la tal cuestión social no formaba parte de la gran cruzada civilizadora y modernizadora que llevaba a cabo la Cristiandad, sino de ese rezago bárbaro que necesitaba, *todavía* –persistentemente–, ser civilizado, cristianizado y re-colonizado. Como fuera. Aunque fuera como al principio: a sangre y fuego.

El contraste entre el orgullo internacionalizado de las elites y la criollista “cuestión social” –que no era orgullo de nadie– ¿implicaba la existencia de una “crisis moral de la República”, como anunció Enrique Mac Iver en 1901? ¿O se trataba, por el contrario, de la falsa conciencia y el absurdo desdoblamiento identitario, ético y político *de* nuestra clase dirigente de entonces? Se sabe que ésta nunca se sintió en crisis, pues consideró siempre que la tal crisis era *de* ‘la nación’, *de* la “raza chilena” y, sobre todo, por su inmoralidad congénita, *de* los “rotos” mismos (ver las denuncias de Francisco Antonio Encina y Nicolás Palacios o las pastorales del

Arzobispo de Santiago). Sin embargo, los sectores más lúcidos y más afectados de la sociedad civil (los estudiantes, los trabajadores, los profesores, los industriales, los arrendatarios, los ingenieros y hasta los oficiales jóvenes del Ejército) pensaron exactamente al revés: era la oligarquía mercantil-portaliana la que se había sumido en una crisis de impotencia, desorientación y corrupción. Y que, por lo mismo, era necesario sustituirla y cambiar, en el mismo trámite, el centenario pero anti-democrático Estado de 1833. Pero entonces, y como siempre, no importó lo que pensaba y quería la mayoría de la sociedad civil sino los caudillos que asumieron, a nombre de las elites, los *poderes fácticos*: el autócrata-liberal Arturo Alessandri Palma y el democrático-dictatorial Carlos Ibáñez del Campo, quienes, en postas, y haciendo uso de distintos pero convergentes poderes dictatoriales, instalaron, entre 1920 y 1938, a contrapelo de todos los movimientos sociales, un sistema político que restauraba, en lo esencial, el caduco Estado portaliano de 1833.

De modo que, hacia 1932, pudo afirmarse, como en el tango, “que 100 años no es nada”. Pues en 1932 volvíamos a 1833. Y Alessandri no era sino un Portales revivido y los derrotados “sociócratas” del periodo 1919-1925 no eran sino los aplastados “pipiolos” del periodo 1823-1829. Y así como los derrotados en Lircay en 1829 reaccionaron con fuerza en 1837 (matando a Portales), en 1851-52 (se amotinaron contra el autoritarismo portaliano de Manuel Montt) y en 1859 (lo mismo), hasta lograr *liberalizar* el sistema político, los movimientos sociales derrotados por los poderes fácticos en 1920 y 1932 salieron a las calles después de 1936 (Frente Popular) y, luego de 30 años de lucha, desde 1964 obligaron al Estado de 1925 a implementar políticas desarrollistas y populistas, a pesar de que eran contradictorias con su naturaleza constitucionalmente ‘liberal’. Podría decirse que consiguieron democratizarlo, sólo que *sin cambiar la Constitución* que lo estructuraba (‘clon’, a su vez, de la de 1833). Y se hizo evidente que tal Estado *no* era el que se requería para implementar *ese* tipo de políticas, razón por la que debía ser cambiado según lo exigían las tareas reales que debían realizarse y la voluntad de la mayoría ciudadana. De modo que lo que correspondía hacer en tales circunstancias, como imperativo histórico ineludible, era un cambio revolucionario. Entre 1964 y 1973 los nuevos “pipiolos” y los nuevos “sociócratas” se jugaron por ese cambio, pero cayó entonces sobre ellos el *tercer* Lircay (en 1973), el *tercer* Portales (Pinochet), y en 1980 se dictó, sobre lo que quedaba de ellos, la *tercera* Constitución portaliana tipo 1833.

Y así, de cien en cien, hemos llegado a las proximidades del año 2010, con la creciente y repetida vaga sensación de que, por una parte, estamos (ya) modernizados y, por otra, que la historia ha girado en círculos, fagocitando en cada vuelta

un siglo de vida inútil. Y de nuevo las elites dirigentes preparan la celebración para el nuevo centenario. Y se perciben, en la superestructura, las palpaciones nerviosas del nuevo orgullo. Y ya se están publicando libros señeros del nuevo periodo (sólo que sin cantos dorados y sin sello editorial europeo). Y se está regalando a los niños pobres paquetes de libros, para que lean –si se les antoja– sobre lo que (siempre) hemos sido y sobre lo que (siempre) seremos. Mientras se acicalan las calles sombreándolas de verde y se taladra con gran estrépito la infalibilidad de las carreteras que dan vía soberana a la velocidad creciente de los automóviles. Cuando en Santiago, en dirección a la cordillera, se construyen más y más torres faraónicas (que ya no son escuelas y tribunales para majestad de los niños e imponencia del Estado, sino *malls* y rascacielos para la perpetuación mercantil y financiera del Mercado Global). Cuando la nueva elite invierte sus millonarios excedentes (compuestos de cotizaciones expropiadas a los trabajadores a través de las AFPs y las ISAPRES, y de las ventas usureras que le producen los 15 millones de tarjetas de crédito de consumo repartidas en los quintiles 1, 2 y 3, los más pobres de la población) en paraísos tributarios extranjeros y en otros países del hemisferio sur. Cuando las elites disfrutan, en grado de éxtasis, por fin, esa vieja aspiración aristocrática de ser parte orgánica, en hermandad modernista, del frenético e incontrolable circular del capital financiero global, dueño absoluto, en el día de hoy, del viejo capitalismo y del nuevo mercado mundial. Esa golondrina volátil ya no tiene alma parisina ni londinense ni birrete papal, sino superfluidad de *resort tropical* (Cancún), de *shopping* mercachifle (Miami), de *tour* transatlántico (Costa Azul), etc. Pues ya no se trata de estirpes hidalgas ni de culturas imperiales ni de Occidente ni de Cristiandad, sino del universalizado exhibicionismo consumista. Ni se trata, por supuesto, de criollismo o nacionalismo sino de globalismo desatado. Ni siquiera de la futurista modernidad sino de la presentista posmodernidad. Ni tampoco de pueblo o desarrollo, sino de competitividad, de individuo *contra* individuo. Ni de proyectos decenales de futuro, sino de *small projects* quemándose como fuegos fatuos en el presente.

Las elites, una vez más –cien años después– están de nuevo satisfechas (de sí mismas). Y ya lo estuvieron –y cómo!– durante el largo siglo XIX. Y lo estuvieron, con sobresaltos, en el corto siglo XX. Y siguen estándolo, con orgasmos definitivos, en el incierto XXI. ¿Cómo no habían de estarlo si tienen al bajo pueblo *subjetivando* (rumiando) su derrota, puertas adentro, y *endeudándose siete veces* con la gran pulpería del Mercado, puertas afuera? Ocupado obsesivamente en cancelar el consumismo simbólico individual y restañar la violencia doméstica familiar. Si tienen, además, la Constitución Política perfecta, hecha a mano en el laboratorio oculto

de la dictadura, sin tacha, exactamente a la medida de sus ambiciones máximas. Si tienen a la mismísima coalición ‘democrática’ administrando con (obsecuente) eficiencia el sistema antidemocrático que la dictadura dejó en herencia. Y si tienen, por añadidura, unas Fuerzas Armadas que, luego de dejar en absoluta evidencia la enfermedad anti-democrática que las corroe desde hace casi 200 años, siguen allí, como si nada, o como si todo, garantizando la permanencia del ‘eterno retorno’.

¿Y existe hoy, como en 1910, una “cuestión social”?

Según los anuncios oficiales, la pobreza ha caído desde el 45% registrado en 1990 al 14% registrado en 2007. A tal extremo –lo que es digno de sospecha–, que los mayores índices de *pobreza*, según la más reciente encuesta CASEN, se registran en las comunas *más ricas* (Las Condes, Providencia, Vitacura), y que tenemos menos pobreza que España, por ejemplo. Razón por la que, ¡señoras y señores: escúchenme bien!, ya no hay conventillos ni callampas sino uno que otro campamento. Por eso, todos los pobres andan con zapatillas de marca y celulares en el bolsillo. Los automóviles se aglomeran en las calles y los buses-oruga no dan abasto para trasladar las masas de frenéticos trabajadores. Somos los primeros en América Latina, en todo lo que huelga a *Mercado*. En todo lo que suena a dictadura *eficiente*. En todo lo que suena a extremismo liberal (¡hemos firmado tratados de libre-comercio con 68 países del mundo!). ¿No es esto motivo de orgullo? ¿No hemos realizado en los últimos quince años las aspiraciones máximas (algo frustradas) de los primeros cien? ¿No hemos llegado a la cima, no estamos ingresando a la codiciada OECD? ¿No somos ya Occidente puro?

Pero insisto: ¿existe o no, actualmente, una “cuestión social”?

Paradójicamente –como concluyó el PNUD en 1998– tanta belleza tiene su lado oscuro: ese incómodo “malestar interior” de los chilenos. Esa ‘revoltura mental’ que los induce –según las frecuentes encuestas de *El Mercurio Opina S.A.*– a no tener ninguna credibilidad en el Congreso Nacional (sólo 17% de los chilenos piensa que ese poder del Estado tiene ‘algo’ de confiabilidad), ni en los Tribunales de Justicia (sólo 12% cree en ellos), ni en los Partidos Políticos (menos del 9% de los chilenos confía de ellos). Y si piensan eso del Estado es porque están sintiendo que sobre él domina sin contratiempos el Mercado, ya que éste, en lugar de resolver los problemas de los pobres, los crea, los agudiza y los esconde. No rechazan al Estado y a los políticos *per se*, sino porque están demostrando ser meros títeres de un monstruo (el Mercado) que hace más daño que el que restaña, pues, por ejemplo, el 80% de los chilenos trabaja para empresas PYME, razón por la que el 48% de ellos tiene trabajo *precario* (temporal, sin contrato o sin previsión) o *terciario* (servicios varios). Razón misma por la que sólo la mitad de la población hábil está activa

(o sea, buscando trabajo), por la que el 31% de los ocupados gana menos de \$ 113.000 al mes, y 68% menos de \$ 200.000. Y es por la fuerza de esa realidad que los chilenos evitan el matrimonio (desde 1990 la tasa de nupcialidad ha caído en 66%, mientras el porcentaje de niños huachos ha aumentado a 56% de los nacidos, que es récord histórico). No es extraño que la violencia familiar cobre víctimas semana a semana. Que muchas familias pobres, para pagar el endeudamiento en que incurrir debido a las (generosas) ofertas de crédito de consumo (deuda que, gravada por una tasa de 48% de interés anual, copa más del 50% de su ingreso anual), se integran a cualquier red de tráfico mercantil ilegal (de drogas, comercio pirata, delincuencia, etc.), donde resuelven autónomamente sus problemas, al paso que desarrollan identidades “choras” (agresivas, no pasivas, como las del trabajador asalariado actual), las que se enfrentan sin tapujos, incluso a balazos, con la autoridad pública. Ni es extraño que, ante la imposibilidad de integrarse laboral y valóricamente a la sociedad moderna, debido a la descarada mercantilización de la educación y la salud –sin contar la expropiación de sus cotizaciones previsionales por parte del capital financiero–, los sectores populares sientan que no tienen otro camino que vivir desafiando la institucionalidad, las leyes y la policía, creando al mismo tiempo mercados negros *a su medida y necesidad*, pese a que no tienen (aún) un proyecto político alternativo. En este contexto, los niños y los jóvenes no sólo *no* están convencidos de que tienen que portarse bien según las reglas del mercado y las evaluaciones competitivas que se derivan del mismo, sino que, además, parecen más motivados para hacer por sí mismos *otra cosa*. Cualquier otra cosa que demuestre su descontento y exprese su verdadero sentimiento de identidad. ¿Cómo explicarse de otro modo la sorprendente, inédita e inesperada “revolución pingüina”?

¿Es esto, o no, una “cuestión social”? ¿Estamos viviendo, o no, lo mismo que vivía el profesor Alejandro Venegas a comienzos del siglo xx, cuando se decidió a escribirle al Presidente su demoledor *Sinceridad. Chile Íntimo de 1910*? Si existe hoy, como hace un siglo, una grave “cuestión social” ignorada o encubierta por las elites neoliberales que rigen el país ¿existe también una “crisis moral” en nuestra clase dirigente? De ser así ¿no será tiempo de levantar diversos movimientos “sociocráticos” como en 1919 y promover el *poder constituyente* de la ciudadanía, como hicieron por entonces Luis Emilio Recabarren, los estudiantes de la FECH, los trabajadores de la FOCH y los profesores de la AGPCH?

Con todo, la cuestión central es: ¿debemos permanecer como meros espectadores de la escenificación ritual de las fiestas centenarias?, ¿debemos dejar pasar ante nuestros ojos los ciclos rituales del ‘eterno retorno’?, ¿que, una vez más, cien

años no sean nada en el recuento histórico de la ciudadanía?, ¿debe continuar adormecido el *orgullo ciudadano*?, ¿debe suicidarse de nuevo Luis Emilio Recabarren y quedar el campo libre para que nuevos caudillejos oportunistas –esos que, en casos de apuro, utilizan las elites de siempre– reconstruyan el fantasma constitucional de 1833?, ¿estamos dispuestos a resucitar, por tercera vez, la misma estéril politiquería parlamentarista?, ¿de nuevo la juventud contestataria terminará, al envejecer, integrándose al *establishment* y rindiendo pleitesía profesional y política a la ley dictatorial?

Si la historia se repite o gira en círculos maniáticos u obsesivos no es porque la soberanía popular y ciudadana esté ejerciendo su poder sino porque, al contrario, adormecida en su drama subjetivo, ha dejado el terreno libre para la acción fáctica de las oligarquías. Son el autoritarismo y la injusticia social los que tienen que *repetir* sus acciones abusivas, porque ningún abuso se sostiene en el tiempo. Si los siglos, a la larga, son nada para la ciudadanía, es porque han sido todo para las minorías abusivas. Es porque éstas han repetido obsesivamente su mismo *sketch* histórico. Sólo la injusticia retorna, maniáticamente, una y otra vez.

Es preciso cortar de una vez el nudo gordiano del ‘eterno retorno’. Acabar con las sospechosas fiestas del Centenario. Introducir, a como dé lugar, el goce social y colectivo de la ‘fiesta cotidiana’. Aquella que se enorgullece de cada día pasado, de cada día presente y de cada día por venir, pues ésa es la fiesta de *todos*.

Es necesario ajusticiar, por tanto, de una vez y para siempre, el fantasma de Portales.

Santiago, diciembre 2 de 2007

## LA TRANSFIGURACIÓN DE ALLENDE Y LA ACTUAL CRISIS DE REPRESENTATIVIDAD<sup>1</sup>

Con el avance en espiral del tiempo histórico, el perfil de los 'héroes' ("grandes chilenos", según TVN) va descubriendo sus múltiples facetas. Y tras lo visible aparece lo escondido. Y el lado claro da paso al lado oscuro. Y lo ejemplar se hace prominente, a veces, sobre lo condenable. Así, cada generación va desnudando los mitos y se descascaran, una tras otra, las apariencias, los maquillajes, hasta dejar a la vista por fin la verdadera alma cívica de los héroes. La que realmente valoran (o no) los pueblos.

Recientemente TVN, en una operación inédita, abrió una encuesta para que los jóvenes eligieran a los 10 chilenos que ellos juzgaran más importantes. El resultado reveló la defenestración de varios héroes *político-militares* normalmente vanagloriados por la (coligada) clase político-militar: O'Higgins, Portales, Bulnes, Montt, Alessandri, Balmaceda, etc., y, a la inversa, la entronización de varios "grandes chilenos" que se destacaron en la creatividad *cultural* (Pablo Neruda, Violeta Parra, Víctor Jara) y en su lucha ineludible por los valores *democrático-sociales* (Manuel Rodríguez, Salvador Allende, Alberto Hurtado). Estamos, al parecer, viviendo el tiempo en que los héroes de los 'vencedores' están dando paso a los héroes de los 'perdedores'. En que se desechan los cosméticos triunfalismos que plagan nuestra historia político-militar (la de las elites nacionales), para valorar las doloridas entrañas de la historia sociocultural (de la baja nación), rechazando la dudosa legitimidad de las cáscaras estatistas y abriendo paso a la legitimidad profunda de la sociedad civil. El tiempo histórico en Chile está girando en espiral, y eso invita a mirar de otra manera no sólo el pasado sino, sobre todo, nuestro presente. La memoria *social* está aprendiendo hoy a mirarse a sí misma.

<sup>1</sup> En "Allende 100 miradas", *La Nación*, Edición Especial en el centenario del nacimiento de Salvador Allende, 29 de junio de 2008, pp. 4-5.

¿Cómo afecta ese giro a la memoria social de Salvador Allende? ¿Qué está *siendo* este personaje, hoy, en esa memoria? Al principio se le vio como un médico joven, promisorio, elegante, formado políticamente por un zapatero sabio de Valparaíso, de fácil palabra, que se conmovió por la situación de las madres y los niños populares. Era uno de los tantos médicos que, en su juventud –tiempos de la primera FECH y del Primer Centenario– se habían formado profesional y políticamente en los barrios de Independencia y Recoleta (la Chimba), donde cohabitaban metabólicamente la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y una gran cantidad de artesanos mutualistas, ácratas y discípulos de Luis Emilio Recabarren. Sólo que Allende vivió los ideales de esa juventud después, en tiempos del Frente Popular, cuando ganó la presidencia el radical Pedro Aguirre Cerda. Por eso, los ácratas de 1920 pudieron dejar de serlo en 1938 y convertirse, por tanto, en diputados, senadores, ministros, diplomáticos, e incluso en presidentes. Siguieron siendo demócratas, pero ahora no desde la calle, sino *desde el Estado*. Respetando sagradamente, esta vez, la Constitución (liberal y neoportaliana) de 1925. Formando parte de la ‘clase política civil’ que rigió el país entre 1938 y 1973.

Allende siguió, paso a paso, la carrera normal de esa clase política civil: dirigente estudiantil, diputado, ministro, senador, presidente. Y respetó, siempre, la Constitución Política de 1925. Creyó, siempre –como todos los de su generación– en el ‘profesionalismo’ de los militares. Y creyó, igualmente, en el papel de vanguardia que correspondía al Partido Socialista y a los Frentes Populares. Y mantuvo su convicción de que la política ‘profesional’ (de Estado) era un ejercicio tendiente a mejorar las condiciones de vida de la clase popular y, por tanto, orientado a realizar las reformas estructurales necesarias para ello. Por eso fue un político de fe democrática (electoral y estatal) y fue amigo y formó parte de esa gran generación de políticos de alta legitimidad popular que floreció después de la Segunda Guerra Mundial (Jacobo Arbenz, Paz Estensoro, Rómulo Betancourt, Rómulo Gallegos, Haya de la Torre e incluso Fidel Castro, Tito, Chou En Lai, Ho Chi Minh, etc.). Y por eso fue que, siendo Presidente, se jugó en serio –eso sí, constitucionalmente– por la reforma agraria, la estatización de los monopolios, la reforma educacional, la industrialización, la redistribución del ingreso, la nacionalización del cobre, entre otros, cambios estructurales que respondían a las expectativas profundas de la clase popular y los grupos medios. Y fue por eso que políticos como él –y como, hasta cierto punto, Eduardo Frei Montalva– contaron con una leal adhesión ciudadana, lo mismo que los frentes y partidos que los apoyaron. No hay duda que por entonces los partidos y los políticos demócratas contaban con *legitimidad política* y una reconocible *representatividad*.

La generación joven del ‘68, sin embargo, no dispensó a esa clase política la misma credibilidad. Para ellos Allende era sólo “el Chicho” (o sea, un político de izquierda elegante y profesional), quien no revestía el mismo prestigio de los ‘revolucionarios’ de *compromiso total* como el Che Guevara, Fidel, Ho Chi Minh o Nguyen Giap. Y daban sus razones: ni la Constitución liberal de 1925 ni Estados Unidos ni la derecha ni los militares chilenos permitirían realizar legalmente las reformas por las que luchaba Allende. La ingenua fe de éste en la ley, en el profesionalismo de las Fuerzas Armadas y su obsesiva admiración por el Presidente (suicida) Balmaceda configuraban un ‘lado débil’, que esa juventud no quiso atacar –respetó la oportunidad histórica de la Unidad Popular– pero que no constituía para ella ni un carisma ni un programa de vanguardia.

Si eso fue así ¿por qué la juventud de *hoy* –zarandeada más por la economía de mercado que por el recuerdo de la Unidad Popular– pone a Salvador Allende en la galería de los “grandes chilenos”?

La generación adulta del ‘38 creyó en la ley y se jugó (Allende se inmoló) por ella. La generación juvenil del ‘68 no creyó en esa ley y se jugó por la *acción directa*, pese al triunfo de la Unidad Popular. Perdieron ambas. La generación juvenil del siglo XXI ¿por qué se está jugando?, ¿en qué está creyendo?, ¿y cómo se transfigura allí, 35 años después, el perfil de Salvador Allende?

Tal vez es aventurado decirlo, pero hay ciertas certezas de que la juventud de hoy cree, sobre todo, en sí misma (y privilegia, por sobre todo, sus asambleas y talleres); siente que no es dueña del futuro (como creyó la generación del ‘68), pero tiende a adueñarse del presente (toda su cultura barrial es presentista); confía más en su propia autogestión que en la representatividad; más en la creatividad que en la normatividad; más en la participación que en la autoridad. Es cada vez más evidente que no confía en la ley por la ley, ni en los procesos legislativos ‘profesionales’ ni siquiera en que una ley buena pueda perfeccionar otra mala. Han asumido como hecho de verdad (realismo histórico) que legisladores *buenos* como Allende y Frei fracasaron no una sino varias veces, y como un hecho de perogrullo que legisladores profesionales sin legitimidad popular (como los actuales) no podrán jamás ser más exitosos donde fracasaron los que tenían real representatividad. La juventud de hoy podrá no tener ideas políticas al viejo estilo parlamentario y populista de la política, pero tienen un alto sentido del *realismo histórico* y del *pragmatismo social*. Y esto es, sin duda, transparencia: ni cabe distorsionar la realidad ni mentirse a sí mismo.

Por esto, es preciso considerar *en serio* el hecho de que la clase política de hoy (en su expresión estatal-parlamentaria, en sus partidos y en la persona de los políticos mismos) carece, para la gran masa ciudadana, de legitimidad, credibilidad y representatividad.

Lo han dicho, lo dicen y lo repiten majaderamente todas las encuestas. La de la Universidad Diego Portales, la de *El Mercurio Opina S.A.*, la de FLACSO y sus socios, etc. El Congreso y el Poder Judicial marcan una credibilidad inferior al 17% (en una escala de 1 a 100), mientras los partidos políticos y los políticos mismos una inferior al 9%. Estas cifras configuran, sociológicamente, una grave crisis de representatividad y legitimidad, al extremo grotesco de que, mientras hoy la más grande movilización de profesores, estudiantes secundarios y universitarios de toda la historia de Chile se pronuncia a lo largo de 3 años seguidos *contra* un sistema educacional, los políticos vuelven la espalda a esta voluntad cívica –escondiendo la cabeza como el avestruz– para tratar de ‘legitimar’ sus farandulescos pactos internos y maquillar un sistema que ha producido los peores resultados sociales de toda la historia.

¿Y por qué, de nuevo, Allende? Porque Allende, pese a ser ingenuo en sus métodos políticos, fue *transparente* en recoger las demandas de la clase popular. Porque, junto con creer en la ley, creyó también en esas demandas. Hasta dar la vida por ambas. Y porque el mismo realismo histórico –el inminente golpe de Estado– le llevó a creer, algo a última hora (septiembre de 1972), que *la ley tenía límites históricos* y que, por tanto, era preciso que el pueblo interviniera para cambiar no ésta o aquella ley, sino la mismísima Constitución Política del Estado. Y a este respecto, dijo:

“Debemos afianzar la presencia de los trabajadores definitivamente en el manejo de la cosa pública, y... establecer nuevas instituciones, para que Chile camine de acuerdo con su propia realidad económica y social... Que el pueblo por primera vez entienda que no es desde arriba, sino que DEBE NACER DE LAS RAÍCES MISMAS DE SU PROPIA CONVICCIÓN, LA CARTA FUNDAMENTAL que le dará su existencia como pueblo digno, independiente y soberano... (Es tarea) del pueblo de Chile el estudio, la discusión y el análisis de las bases fundamentales de la nueva Constitución...”<sup>2</sup>

El único modo de culminar la autogestión que demuestran el movimiento juvenil y el popular de hoy es –al parecer, y como lo previó Allende– hacer valer la legitimidad ciudadana como soberanía real y superar la farándula legislativa echando a andar, desde ya, el *poder constituyente* del pueblo mismo.

La Reina, junio 21 de 2008

<sup>2</sup> ALLENDE S, “Discurso ante los dirigentes de la Unidad Popular”, *Salvador Allende (1908-1973). Obras Escogidas*, Fundación Salvador Allende (Ed.), Editorial Antártica, Santiago, 5 de septiembre de 1972, pp. 473-474.

## HOLOCAUSTO Y TOTALITARISMO EN EL CONO SUR: DOS SIGLOS DE DAÑO TRANSGENERACIONAL<sup>1</sup>

Quiero recalcar, en primer lugar, que no soy psicólogo ni psiquiatra, sino historiador. E historiador *social*, por añadidura. Esto último significa que no soy ni cronista de ‘la’ política ni obsecuente tributario de la ‘historia oficial’. La historia *social* –me explico– es una disciplina nueva, cuya característica principal es que trabaja apegándose como sombra a los sujetos de carne y hueso que van caminando por la historia; especialmente a los de la clase popular. Es una disciplina que ha aprendido a ‘caminar junto’ con los actores sociales que estudia a todo lo largo del camino... Tratando de ser camarada acompañante de los trabajadores, los pobres, los rebeldes, los marginales, los perseguidos, los torturados... Por eso, desde esa posición, detecta, estudia y denuncia ‘los daños’ que estos actores normalmente sufren a lo largo de su trayectoria y que también capta, devuelve educativamente e intenta proyectar sus rabias, sus rebeldías, su propensión revolucionaria. En una palabra: está junto a ellos cuando caen y también cuando se levantan. Cuando reanudan, al tranco del pueblo, su caminar...

Y en ese camino de acompañamiento los historiadores sociales nos hemos encontrado trabajando *en terreno*, codo a codo, cada cual en lo suyo pero todos en lo mismo, con sicólogos sociales, trabajadores sociales, profesores y sociólogos del desarrollo local. Y no me resulta extraño que estemos hoy, aquí, conversando lo que nos une.

En este sentido, quisiera aportar tres reflexiones históricas sobre el tema que reúne hoy aquí a profesionales de cuatro países, cuyas investigaciones han quedado expuestas en el libro que aquí presentamos.

<sup>1</sup> Transcripción corregida de la Conferencia de Clausura expuesta en el lanzamiento del libro *Daño transgeneracional: consecuencias de la represión política en el Cono Sur* (Santiago, 2009, CINTRAS de Chile; EATIP de Argentina; GTNM/RU de Brasil; y SERSOC de Uruguay), que se efectuó el 27 de noviembre de 2009 en el salón Domeyko de la Casa Central de la Universidad de Chile. La transcripción fue publicada en *Reflexión: Derechos humanos y salud mental*, CINTRAS, Santiago, 2010, n° 38, pp. 11-15.

## Holocausto y totalitarismo en el Cono Sur

Una primera reflexión nos ha surgido de la lectura de este libro, y tiene que ver con el hecho de que el terrorismo de Estado que abrasó a Brasil, Argentina, Uruguay y Chile fue masivo e idéntico en todas partes, letal en todo momento y decididamente inhumano en sus métodos de represión y tortura. En la historia de la Humanidad constituye una explosión de irracionalidad política y militar que no tiene parangón sino en los horrores del Holocausto judío provocado por la Alemania nazi. Entre otras razones, por la masividad de las violaciones perpetradas contra los derechos humanos: 8 millones de judíos fueron torturados y asesinados por el Tercer Reich. ¿Cuántos argentinos, brasileños, uruguayos y chilenos fueron asesinados por las dictaduras del Cono Sur? ¿Cuántos fueron los torturados? ¿Los encarcelados? ¿Los exonerados? ¿Los refugiados? Si hiciéramos el recuento llegaríamos, probablemente, a una suma similar, o tal vez mayor. El daño provocado al pueblo judío, que fue incalculable, le ha dolido a toda la Humanidad hasta el día de hoy. ¿Cuán profundo es, será, y hasta cuándo se sufrirá el daño causado a los pueblos del Cono Sur?

Con todo, hay una diferencia significativa: el holocausto judío indujo al mundo a construir un concepto que jugó un rol importantísimo en la historia de Occidente, sobre todo entre 1945 y 1982: el de *totalitarismo* (nazi, fascista, stalinista). Los países occidentales, incluyendo Estados Unidos, se movieron decididamente después de la Segunda Guerra en una cruzada global contra los llamados regímenes totalitarios. Fue el origen de los movimientos socialdemócratas. Y quedó grabada a fuego en todos nosotros la idea de que el totalitarismo nazi, fascista y stalinista era intrínsecamente perverso. Por eso surgió allí un abismo. Una ruptura histórica trascendental, que marcó, hacia atrás, la perversión totalitaria y, hacia delante, el ‘nunca más’ de la virtud socialdemócrata.

En cambio, en el Cono Sur no hemos construido, hasta hoy, un concepto similar. Y la humanidad no ha reconocido allí una ruptura histórica de trascendencia mundial. No hemos denunciado al mundo el holocausto sufrido por nuestros pueblos. No hemos hecho valer universalmente el hecho de que el terrorismo militar que nos cayó encima no ha sido sino la manifestación primera del *totalitarismo neoliberal*. El mismo que trajo al mundo, en estado arquetípico de perfección, la dictadura de Pinochet, que hoy se proclama y difunde impudicamente como un modelo a imitar por los pueblos hermanos del continente. No hemos denunciado el nuevo abismo en que cayó la humanidad, ni menos la forma retorcida y mentirosa a través de la cual se ha venido perpetuando, con el aplauso unánime de la OECD. ¿Acaso porque EE.UU. y otras potencias son las que han impulsado (conspirativamente)

y protegido (con gendarmería intervencionista) la instalación de ese nuevo totalitarismo?

No haberlo denunciado y conceptualizado convenientemente ha producido un efecto también distinto al holocausto judío: si el totalitarismo nazi-fascista-stalinista ha desaparecido del escenario histórico, el totalitarismo neoliberal, en cambio, ha permanecido intacto, legitimándose mañosamente encima de “la seriedad de la muerte” (Max Weber) que el terrorismo de Estado, tipo Cono Sur, dejó como secuela y *reguero transgeneracional* tras sí.

La violencia golpista genera en la población actitudes de recogimiento: prudencia, dolor por los caídos, duelo, temor, pasividad. Nadie —o pocos— se arriesga: el espacio público se vuelve peligroso. La ciudadanía se encierra en sus hogares. Se revaloriza la intimidad. Sobre un terreno así docilizado el *terrorismo se legaliza*, dicta la ley. Promulgada ésta los jueces bajan la cabeza y la aplican. Tras ellos los policías se reencuentran con una noción profesional del ‘orden público’. El terror se viste, poco a poco, de institucionalidad civil. La gente sale a la calle: hay un mínimo de seguridad. Y de ese modo —con la ayuda oportunista de intelectuales y políticos obsecuentes— las dictaduras neoliberales entran en esa fase que Jürgen Habermas llamó de “legitimación tardía”. El terrorismo de Estado —lo ilegítimo por esencia— se legitima a sí mismo poniéndose una multifacética máscara legal...

Es cuando, para la buena salud del nuevo ‘sistema’, se hace necesario recordar lo conveniente y olvidar lo inconveniente. La memoria oficial *necesita* imponerse, y se impone por doquier, como una aureola dictatorial tardía. Y es entonces cuando muchos políticos profesionales, intelectuales de profesión y profesionales de giro amplio, se ven constreñidos a definirse y optar entre la memoria oficial (garantizadora de empleo) que reina sobre todos rampante como águila victoriosa, y la memoria social (garantiza peligro) que reptaba penosamente en la tierra de nadie del olvido público. Así, la “seriedad de la muerte” ensombrece la sociedad en altura y profundidad, dislocando el ámbito de la verdad y, en la penumbra consiguiente, la mentira alcanza el mismo grado valórico que la realidad. El ‘daño’ resultante de todo esto es, sin duda, una enfermedad cívica. Una patología ciudadana. Un “malestar interior” (PNUD) que convierte el conflicto histórico (terrorismo de Estado) en una *guerrilla subjetivada*. En una explosión íntima. En una violencia contra sí mismo. O contra los seres queridos.

El totalitarismo neoliberal está reventando bombas subjetivas e intersubjetivas en la madeja íntima de la ciudadanía, mientras protege (y amenaza) el espacio público con una gendarmería noratlántica armada hasta los dientes con tanques, marines y cohetes.

Tendríamos que decir, para terminar esta primera reflexión: ‘pueblos del Cono Sur: ¡a tomar plena conciencia y a denunciar a muerte el nuevo totalitarismo!’.

## El Bicentenario ¿algo que celebrar?

La investigación conjunta realizada por los psicólogos de cuatro países del Cono Sur —que me conmovió bastante, por resonar dentro de mis propios recuerdos— se refiere a un daño longitudinal experimentado por dos o tres generaciones entrelazadas, sobre un tramo de 40 o 50 años. Se trata, sin duda, del daño producido transgeneracionalmente por la instalación (exitosa o no, total o parcial) de lo que hemos llamado totalitarismo neoliberal. Y esto es, en sí, muy importante. Sin embargo yo quisiera, a modo de segunda reflexión, referirme al problema de si existe o no entre nosotros un daño transgeneracional de más *larga duración* que abarque, por ejemplo, nuestros 200 años de vida ‘independiente’. Pues en estos días se está celebrando, a modo de fiesta y fanfarria, un nuevo *cumpleaños* de la llamada Independencia Nacional, el cual se ha organizado oficialmente como un gran jubileo de la memoria, razón por la que se está aplaudiendo héroes, lustrando estatuas, revitalizando himnos, erigiendo mástiles, recitando leyendas, desenterrando patrimonios, retratos arcaicos, etc. O sea: se está abriendo el arcón de los abuelos con emocionalidad de nieto y minuciosidad de arqueólogo. Jurásicamente. Como si la memoria nacional estuviera momificada en ataúdes, desde el principio. Porque, después de todo, el cumpleaños número 200 no puede tener sino tufillo de catacumba...

Es notable que, para conmemorar 200 años de vida, se celebre sólo el año 1 (1810). Es decir: el del nacimiento. El de la criatura todavía pura, ingenua, irresponsable. Y no, por ejemplo, el largo y a menudo culposo caminar de la vida adulta... ¿Por qué? ¿Por qué detener precisamente allí el reloj implacable del tiempo histórico? ¿Por qué sólo el nacimiento y no el lento, denso y conflictivo transcurrir de la historia total?

En este segundo momento invito a reflexionar, con adultez responsable, no sobre el día de nacimiento sino sobre el *transcurrir* de estos 200 años de vida ‘independiente’. Sobre lo que hemos hecho y lo que no hemos hecho con el pasar de estas 7 u 8 generaciones. Sobre las tareas cumplidas y las no cumplidas. Sobre nuestros éxitos y nuestros fracasos. En particular sobre estos últimos. Pues ¿cómo es que, a fines del siglo XX —o sea al frisar las dos centurias— nos enredamos y destrozamos en un increíble terrorismo de Estado? ¿Deberíamos creer que ‘eso’ fue bendición del cielo (maná de Mercado) como nos aseguran hoy los acólitos que lo siguen administrando, o fue nada más y nada menos que una excrecencia dialéctica brotada del flanco oscuro de nuestras almas?

Recordar como adultos es recordar de acuerdo con la historia real. Y ésta nos indica que, desde mediados del siglo XVIII, la mayoría de los pueblos civilizados del mundo se embarcaron decididamente en una serie de *tareas históricas* trascendentales que varios de ellos (los países de Occidente sobre todo) llevaron a cabo con éxito resonante desde mediados del siglo XIX. ¿Qué tareas fueron ésas? En primer lugar, la industrialización nacional autosustentada. En segundo lugar, la construcción de un Estado nacional en acuerdo con la voluntad ciudadana. En tercer lugar, la consolidación de una sociedad integrada en torno a un mismo proyecto nacional de desarrollo. Y, en cuarto lugar, la formalización de un sistema educacional que potenciara desde la base todo lo anterior. Estas cuatro tareas (y otras de tipo secundario) definieron el fenómeno esencial de nuestra contemporaneidad, que los analistas han llamado sucesivamente progreso, modernización, desarrollo y, últimamente, ‘competitividad’. La plena realización de esos objetivos es lo que hoy exhiben, con orgullo y obvia superioridad, las potencias europeas, Estados Unidos, Japón y, últimamente, los llamados “países emergentes” (China, India, Brasil, entre otros).

¿Se han llevado a cabo esos objetivos en Chile? ¿Hemos realizado los progresos esenciales que se plantearon los pueblos en los 200 años de la contemporaneidad? Veamos:

— No somos, actualmente, un país industrial. En Chile hubo tres movimientos o proyectos de industrialización, pero *los tres fueron abortados por el golpismo librecambista*: el de los artesanos del periodo 1830-1860; el de los mecánicos y comerciantes extranjeros del periodo 1860-1914, y el del Estado Desarrollista del periodo 1938-1973. En todos los casos el intervencionismo liberal del Estado, la clase política, los conglomerados extranjeros, y sobre todo el Ejército de la Patria, han paralizado el desarrollo industrial. Por eso hoy, 2010, tenemos *menos* industria que la que teníamos en 1910. En esta última fecha —a modo de ejemplo— Chile fabricaba locomotoras, barcos a vapor y motores, incluso había capacidad para exportar. Hoy no hay nada de eso. Como se sabe, el país ha desmantelado su red ferroviaria, y la que mantiene la alimenta con trenes de segunda mano comprados en el exterior. Sin industria, como se sabe, no hay plena independencia económica, no hay burguesía industrial, no hay una potente clase obrera, ni capacidad para generar tecnología... De modo que hoy, como dijo alguna vez Francisco Antonio Encina: “consumimos como civilizados, pero producimos como bárbaros”.

— En Chile no se ha construido nunca el Estado en acuerdo con la voluntad ciudadana. En las tres oportunidades en que ha sido necesario construirlo o reconstruirlo

la ciudadanía ha sido *excluida* por golpes militares (en 1833, en 1925 y en 1980); en dos oportunidades mediante un brutal terrorismo de Estado (1830: Diego Portales, y 1973: Augusto Pinochet) y en la restante (1925) mediante un traidor y avieso escamoteo de la soberanía ciudadana por parte de un caudillo civil (Arturo Alessandri Palma). Como resultado, la Constitución de 1833 (diseñada por un grupito de mercaderes en lógica librecambista) fue reproducida con retoques (por un grupito de políticos liberales) en 1925, y perfeccionada al límite en lógica neoliberal (por un grupito de "Chicago Boys"), en 1980. Como resultado de todo eso (más otras 21 intervenciones militares con eco sangriento), la ciudadanía ha permanecido 200 años con su *poder soberano reprimido, congelado y, finalmente, olvidado*, anonadada crecientemente por la erosión asfixiante de la "seriedad de la muerte". De este modo, hoy los chilenos hemos olvidado cómo ser soberanos y cómo tomar decisiones constituyentes... Sabemos protestar, pero no proponer. Y menos imponer...

— Chile no es hoy una sociedad igualitariamente integrada, unida tras un mismo proyecto nacional de desarrollo. Se está exacerbando últimamente la unión de todos los chilenos en tanto que *consumidores* frente al Mercado, no en función de los ingresos ni en función de sus futuros. Chile es hoy, como se sabe, un país altamente consumista, pero al mismo tiempo altamente desintegrado y polarizado: somos el segundo o tercer país del mundo con más alto coeficiente de desigualdad en los ingresos...

Podríamos seguir examinando tarea por tarea y todo lo que no hemos realizado en estos 200 años. Pero no es necesario, ya que es evidente a toda mirada objetiva que el terrorismo de Estado, en Chile, ha realizado *su tarea específica* a la perfección. Tanto, que se ha desplegado como tal *sólo* en dos oportunidades: en 1830 (con el golpe de Estado provocado por los mercaderes que encabezaron Diego Portales, Joaquín Prieto y Manuel Bulnes), y en 1973... Según un sociólogo francés (Alain Joxe), en Chile el Ejército y las Fuerzas Armadas han propinado golpes militares tan brutales y eficientes, que *no* han necesitado intervenir sino *dos* veces en 200 años, razón por la cual el sistema político que construyeron de ese modo ha tenido una estabilidad de excepción en el concierto latinoamericano. Y es irónico que el orgullo 'continental' de la clase política chilena se fundamente públicamente no en la eficiencia (brutalidad) de esos golpes de Estado, sino en la estabilidad del sistema político logrado de *ese* modo. Y no han reconocido tampoco que, bajo esa aparente estabilidad, el Ejército ha intervenido adicionalmente, en menor escala, otras 21 veces (con sangre derramada también) para mantener tal estabilidad y/o para ajustar sus piezas fundamentales ('réplicas de acomodo' del epicentro golpista).

Como resultado, la 'seriedad de la muerte' ha completado en Chile una longevidad bicentenaria... Por eso, bajo esta pegajosa 'palidez mortal', fueron disciplinados y pacificados: a) el pueblo mestizo (rotos, peones, conventilleros, callamperos, pobladores, etc.); b) el pueblo mapuche (a fines del siglo XIX y a comienzos del siglo XXI, sobre todo). Sin contar con que, junto al yatagán rojo de las tropas y al esbirro amarillo del juez local, marcharon siempre: c) la cruz eclesiástica y el púlpito inquisitorial, que se propusieron *moralizar*, a cárcel, azote y relegación, a las mujeres "abandonadas" del bajo pueblo... Porque ellas, para sobrevivir, habían "ofendido a Dios" al abrir hospitalariamente sus ranchos y acoger, con desenfadados trueques, al peonaje masculino perseguido, dando así vida y pasión a las "escandalosas" chinganas, ese brasero comunitario donde se coció y chisporroteó la *temible* cultura rebelde del rotaje chileno...

La "memoria oficial", por cierto, no recuerda eso. Ni quiere —si recordara— celebrar lo que ella misma enterró. Lo que hoy, aquí y ahora, hemos recordado maduramente, forma parte de la memoria popular momificada bajo tierra. Y de la amnesia oficial. Y de la mazmorra subconsciente del elitazgo... Considerando todo esto, surge la sospecha de que allí se disimula un daño garrafal, ante el cual los parámetros psicológicos quedan cortos. Porque *también* es un daño provocado a la ciudadanía en tanto ciudadanía. A la sociedad civil en tanto sociedad civil. A la humanidad como humanidad. Y por esto mismo cabe preguntarse en qué mueca visible se manifiesta hoy, entre nosotros, ese daño garrafal. ¿Tiene que ver, por ejemplo, con nuestra incapacidad para hablar fluida, correcta y elocuentemente como, al revés de nosotros, lo hacen los argentinos, los bolivianos, los colombianos, etc.? ¿Tiene que ver con nuestra visceral tendencia a la protesta, a la violencia callejera, al peticionismo exacerbado? ¿O con nuestra incapacidad para divertirnos colectivamente, para vivir alegremente un carnaval, para celebrar reposadamente nuestros triunfos aislados? Al observarnos fríamente tras el prisma historiográfico, aparecemos tensos, bajo la espada de Damocles de un terrorismo latente. Rodeados por el ojo policial. Como si no rebosáramos de soberanía real. Como si fuéramos ciudadanos que hubieran perdido, en el reguero de un tortuoso pasado, su aureola cívica.

Pues ¿cómo es que, frente al triunfante totalitarismo de Mercado que hoy nos envuelve por todos los costados todavía no hemos levantado la cabeza ni los puños ni nuestra propensión humanizadora? Estamos, según parece, bajo el efecto hipnótico de un daño transgeneracional bicentenario...

## Anverso y reverso de la tortura

La tercera reflexión vamos a iniciarla con una imagen sacada de mis propios recuerdos, que se refiere a la experiencia que, junto a varios compañeros, tuvimos en las celdas y torretas de Villa Grimaldi. La experiencia comenzaba, ya en ese lugar, cuando te desnudaban por completo y te tiraban a la parrilla, amarrándote de modo que no pudieras moverte. Y estando ya así, seis, ocho o diez “dinos” se turnaban para aplicarte corriente, patearte, hacerte lo que se les ocurriera, sin limitación alguna. En ese momento tenías la sensación de que dejabas de ser el que habías sido. Que ya no eras nada. Que ya no valía ni tu edad ni tu profesión ni tu estatus social ni tu género. Nada. Como dice este libro: estabas al borde del abismo, en el límite final. Era una experiencia de anonadación, tan profunda, que se disparó en retroceso contra la memoria de nuestro reciente pasado político. Sobre lo que habíamos sido como sujeto político. Porque nuestra vida militante se había proyectado supremamente hacia el poder del Estado, al Partido Político, a los valores superiores de la lucha de clases, etc., pero bajo esa agresión letal quedaba todo contaminado de muerte. Pues era el Estado el que te reducía a cero, eran los poderes estatales los que te torturaban, y eran tus propios valores y convicciones los que estaban siendo derrotados bajo tortura. Sintiendo todo eso, era imposible, en la tortura, seguir pensando que el Estado era o podía ser ‘bueno’, que la política era o podía ser ‘sana’ y que los valores de uno mismo eran ‘infalibles’. La experiencia minaba la confianza. La factibilidad de los proyectos. La tortura se nos hundió, por eso, con mayor o menor profundidad, como ruptura de la memoria, como escisión en el trayecto de la vida, como un tajo que partió el tiempo en dos: un pasado contaminado, lleno de dudas, y un futuro abierto, vacío...

Nuestra experiencia, sin embargo, no acabó allí, pues a sólo *cinco metros* de la sala de tortura estaba la celda de los presos. De modo que luego de que éramos sacados del ‘pabellón de operaciones’ nos llevaban a la ‘sala común’ de los presos. Y uno llegaba allí desorientado, desconfiado, tiritando, temeroso de todo... Sin embargo, a los pocos minutos, se acercaba alguien –un compañero– que te hablaba al oído: “tranquilo, tranquilo: ahora estás entre nosotros; no tomes agua si te pusieron corriente eléctrica, descansa...”. Y te tapaban con alguna frazada, te acariciaban el pelo, te trataban con cariño... Y allí uno comenzaba a tener una sensación que era, absolutamente, la antípoda de la otra: allí eras acogido, había camaradería, compañerismo solidario, protección fraternal... Es imposible describir cómo, en ese momento limítrofe, se configuraba ante uno y dentro de uno, transversalmente, lo que es, en lo más profundo, el sentido de humanidad. Separado apenas por cinco metros de lo que era, en su forma total, la inhumanidad.

Cinco metros y cinco minutos separando los polos más extremos de lo que puede dar la especificidad del hombre: el terrorismo insano del Estado, y la solidaridad sin fin de los hermanos...

¿Por qué he recordado esto? Porque en esa ruptura limítrofe *hay un anverso y un reverso*. Porque entre uno y otro extremo hay un abismo bifrontal que neurotiza la memoria hacia el pasado y encariña la memoria hacia el futuro. Porque si tú lograbas sobrevolar ese abismo, en dos o tres semanas podían trasladarte a Cuatro Álamos y después a Tres Álamos, donde, domingo a domingo, llegaban las visitas: la esposa, las hijas, los hijos, parientes que nunca habían militado políticamente en nada, amigos que uno no creía amigos, etc. Llegaba a verte más gente preocupada de ti de lo que tú nunca habrías imaginado. Era como una fuente cristalina que chorreaba, sin intermitencias, amistad, solidaridad. Y el patio se llenaba los domingos de rostros, niños, aromas y colores... Así, la experiencia fraternal murmurada en la ‘celda común’ de los torturados reaparecía ensanchada, bulliciosamente, en el jardín “hacia la calle” donde atendían los presos en libre plática...

Nosotros, paseándonos maniáticamente en el patio interno de la prisión, comentábamos todo eso. El contraste de lo vivido en tan corto tiempo era motivo de profundas reflexiones. Yo mismo he llegado a pensar, después de vivir eso, que la verdadera esencia de aquello por lo cual lucharemos toda la vida radicaba en la fraternidad quintaesencial entregada, recibida y vivida en la ‘celda común’ de los torturados. Habíamos luchado pensando, sobre todo, en *destruir* el orden social que nos marginaba y excluía. ¿Por qué no comenzar a *construir* –pensábamos– un nuevo proyecto histórico potenciando en todas partes aquello que entregamos y recibimos entre y por nosotros mismos a cinco metros de la sala de torturas? Y se abrió la discusión: algunos quisieron mantenerse fieles a lo que habían hecho en el pasado reciente, haciendo caso omiso de los contaminantes que se filtraron en él. Nosotros optamos por potenciar lo que descubrimos, a cinco metros de la tortura, en nosotros mismos...

Es cierto que la tortura victimiza al torturado hasta casi la anonadación (de hecho, muchos murieron por ella). Pero para los que la sobrevivimos queda un saldo significativo: la tortura victimiza, pero como *no* soy responsable de ella quedo libre de la culpa fundamental (la inhumanidad). Bajo tortura se puede entregar más o menos información, pero la victimización que se recibe es siempre mayor que todo lo entregado, razón por la cual el torturado queda, en cierto modo, *cívicamente sano*. Sin sentimientos culposos que obnubilen su futuro, pese a las secuelas físicas o síquicas que se deriven del castigo. Si sobre eso crecen y se multiplican las experiencias de solidaridad y camaradería humanas, entonces, hacia el futuro, se abren nuevos caminos. Anchas alamedas. Nuevas esperanzas...

Es eso, en el fondo –y en parte–, lo que ocurrió en Chile después de, más o menos, 1983: *comenzamos a buscarnos los unos a los otros* (y a las otras). Aquí o allá. En el atrio de las capillas, en los pasajes de la población, en el *resort* de Punta de Tralca... Y nacieron y proliferaron nuestros “encuentros”, nuestros “talleres” para intercambiar memorias, la reconstrucción común –como se dijo– del “tejido social”. La camaradería renació de ese modo en todas partes, semiescondida (como en las “peñas”), en horizontal, como para demostrar que la victimización victimiza y anonada, incluso mata, pero *no* extingue la resiliencia del ser social...

Mis reflexiones, en última instancia, quisieran llamar la atención sobre esto último. Porque muchos de los torturados –no todos, por cierto– han sabido salir del vértigo extendido por la “seriedad de la muerte” buscando el reencuentro con la camaradería y la solidaridad. Y muchos jóvenes de hoy –no todos–, de la tercera generación portadora del daño de 1973, intuyen que ése es, también, su mejor camino. Y por eso hoy los censos del Estado reconocen que, en la sociedad chilena, hay más ‘redes sociales’ que ‘organizaciones estatutarias’. Que las tribus urbanas son más densas y torrentosas que los partidos políticos. Porque ¿de qué otro modo podríamos explicar históricamente la “revolución de los pingüinos”, el movimiento *hip-hop*, el crepitar de los “colectivos universitarios”? No cabe extrañarse de que el 80% de los chilenos, según encuestas recientes, carezca de confiabilidad y credibilidad en las instituciones y poderes del Estado. Ni puede extrañarnos que, por eso mismo, la juventud popular, lo mismo que el pueblo mapuche, se vuelque hacia acciones directas que golpean a la elite dominante en lo que más le duele: el derecho de propiedad, el orden público de su dominación...

Quería decir, en suma, que el lado B, o sea el reverso de la tortura (la ‘celda común’ de los torturados), contenía ya, en germen, el proyecto de nueva sociedad. El latido progresivo de rehumanización. Germen y latido que no es difícil encontrar en muchos extorturados, como también en muchas mujeres y jóvenes de población. Todos ellos caminan, paso a paso, convergiendo –tal vez algo lentamente– a la formación de un nuevo movimiento social que algún día marchará por las “anchas alamedas”...

Pienso, pues, que deberíamos trabajar no sólo con la generación dañada por la dictadura del general Pinochet sino también con el daño provocado a 7 u 8 generaciones de chilenos a lo largo de estos 200 años de ‘vida independiente’, a efecto de que podamos construir la *salud mental sobre la base de la salud cívica*; el equilibrio racional de los compatriotas sobre la base de su soberanía como sujetos políticos. La desmitificación histórica de estos 200 años de vida debiera nutrir el proyecto educativo para una nueva sociedad. El tipo de educación que permita

evaluarnos a nosotros mismo en función de las tareas históricas que debimos consumir con éxito, y no en función de los puntajes logrados en Dinamarca para realizar el modelo globalizado del capitalismo neoliberal.

Así, frente al daño transgeneracional bicentenario, agravado por el producido durante la dictadura neoliberal de Pinochet, sólo cabe exaltar los valores que emergieron, cinco minutos después de la tortura, en la ‘celda común’ de los torturados. A mí me parece que esos cinco minutos significaron precipitarse desde el infierno del Estado al cielo de la camaradería. Al fundamento esencial de toda utopía y de toda victoria real. Por eso me pareció un deber asistir a esta presentación. Muchas gracias.

## DOLENCIAS HISTÓRICAS DEL SISTEMA POLÍTICO CHILENO<sup>1</sup>

### I. EL AHUECAMIENTO DEL ESTADO EN CHILE<sup>2</sup>

El Estado o —si se prefiere— el sistema político, como toda construcción humana, está expuesto a los vientos cívicos *soberanos* que, más a menudo, soplan sobre él. Sosteniéndolo, pero también erosionándolo o derribándolo. Por más que lo quiera, el Estado *no* está sobre la historia *ni* sobre la voluntad de su pueblo. Las leyes que suelen dictarse para apuntalar su estabilidad y su afán de perpetuación tarde o temprano terminan por disolverse en el caudal fluyente de la soberanía ciudadana.

Cierto es que algunos estados, sostenidos por leyes de apuntalamiento y/o por su monopolio de la “violencia legítima” (Max Weber), duran más tiempo de lo que debieran, pese al descontento ciudadano y a la corrosión soberana que eso produce en sus fundamentos constitucionales y en su efigie pública. Con todo, la contención forzada o artificiosa de esa corrosión no les asegura perpetuidad sino explosividad a plazo remitido. O sea: la probabilidad de que le sobrevenga un “reventón histórico”. Los estados que van por la vida armados legalmente hasta los dientes para frenar la corrosión ciudadana devienen, por eso, históricamente, en bombas de tiempo.

Ante eso, una mente razonable sostendría que lo mejor para todos es que los sistemas políticos nazcan y crezcan fielmente sujetos a la voluntad soberana de *las mayorías*. Adheridos al fluir de sus sentimientos, deliberaciones y propuestas. Sobre todo si esas mayorías han sido bicentenariamente excluidas, marginadas y sometidas a diversos tipos de dominación *traumática* para ellas.

<sup>1</sup> Serie de 6 artículos publicada en *La Nación Domingo*, entre diciembre de 2009 y enero de 2010.

<sup>2</sup> Primer artículo de la serie, 6 de diciembre de 2009, pp. 26-27.

Los Estados, pues, pueden *nacer* enfermos (deformes) o enfermarse *en el trayecto* (por contaminación con virus antidemocráticos o ineficientes). Pero, como quiera que sea, todas las enfermedades estatales han tenido, tienen y tendrán siempre, en este mundo, un solo médico y una sola medicina: la voluntad ciudadana y el ejercicio sanatorio de la misma. Todo lo demás es superchería y brujería políticas o matonaje militar.

Un Estado nace “deforme” cuando su nacimiento *no* es el parto natural de la voluntad informada y deliberada de la ciudadanía, sino un aborto ‘cesarista’ manipulado por una intervención militar violenta. Cuando, bajo el amparo de las armas, una camarilla minoritaria redacta a escondidas el texto de una nueva Constitución; cuando, al término de eso, se impone un sistema político diametralmente distinto al que proponía y/o exigía la mayoría ciudadana; cuando se usurpa la soberanía popular construyendo un Estado nacional (cualquiera sea su orientación) a espaldas de ella, o sea: traicionándola, no representándola; cuando, en suma, se perpetra un crimen de lesa soberanía, en este caso el tipo de Estado que resulta de ese proceso va por la historia arrastrando su deformidad y monstruosidad de nacimiento: su *ilegitimidad*. El prematuro asesinato político de sus padres legítimos<sup>3</sup>.

En Chile el Estado impuesto en 1833 por Diego Portales y sus generales mercenarios tuvo ese tipo de nacimiento. El que Arturo Alessandri Palma impuso mañosamente en 1925 nació del mismo modo. El que impuso Augusto Pinochet mediante terrorismo militar desde 1973, lo mismo. En verdad, la historia *bicentennial* del Estado chileno *no* conoce la legitimidad<sup>4</sup>. Con todo, alguien podría decir: ¿y qué importa todo eso, si el Estado, como quiera que sea su origen, es ‘eficiente’?

Si la legitimidad tiene que ver con el ‘modo de nacer’ de los Estados, la eficiencia dice relación con su ‘modo de vivir’; es decir, con su modo de administrar los recursos de toda la nación. Por eso, cuando un Estado, luego de 100 años de declamada estabilidad, deja al país atrapado en una etapa pre-industrial, con una masa marginal (no integrada a la modernidad) que alcanza al 60% de la población, con la memoria de cinco guerras civiles y 12 masacres de la clase popular (es lo que traía en su hoja de vida el Estado ‘portaliano’ de 1833 al

<sup>3</sup> Véase HABERMAS J, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, 1991, pp. 120-128.

<sup>4</sup> SALAZAR G, “Grandes coyunturas políticas en la historia de Chile: ganadores (previsibles) y perdedores (habituales)”, en *Proposiciones*, Ediciones Sur, Santiago, 1988, n° 16, pp. 22-33; y “Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad”, en *Proposiciones*, Santiago, 1994, n° 24, pp. 92-110.

llegar al periodo 1910-1925), entonces, cabe decir que ese Estado estaba sumido en una grave *crisis de eficiencia*<sup>5</sup>.

Podría decirse que la crisis de eficiencia no importa tanto si, pese a todo, el Estado es ‘representativo’, es decir, si cuenta con la confianza y la credibilidad de la ciudadanía. O sea: si respira dentro de sí con el aliento soberano de su pueblo. Sin embargo, si la crisis de eficiencia se arrastra por mucho tiempo (por ejemplo, un siglo), entonces las mayorías ciudadanas retiran su confianza y el Estado de marras queda suspendido, con toda su carga de políticos y militares, sobre un vacío de sustentación, convertido en burbuja de aire. En una cáscara decadente sin envidia ciudadana que, corrupta, se desmorona por su propio peso. Es lo que le sucedió al Estado ‘portaliano’ (de 1833) hacia 1910-1925. Esta específica enfermedad estatal tiene un nombre propio: *crisis de representatividad*<sup>6</sup>.

No son éstas, sin embargo, las únicas enfermedades históricas del Estado. Pues hay también otras que no se originan en la identidad que debe existir entre el Estado y su pueblo soberano (plano de la legitimidad), sino en la relación paritaria que debe regir *entre* los Estados (plano del mercado mundial). Porque el Estado, *si* se funda sobre una base nacional y *si* se sustenta en una constitución y un discurso de legitimación nacionales, debería sostener ese nacionalismo en un plano de *intercambio paritario* con el mercado mundial. Pero si en lugar de sostener esos principios nacionales los diluye sistemáticamente al admitir una y otra vez la penetración (o invasión) masiva de los poderes económicos y culturales que hegemonizan el mercado mundial, entonces incurre en una *crisis de lesa nacionalidad*. Cuando ésta ocurre la nación pierde su alma cultural, su independencia económica, su impulso vital y se anonada progresivamente en procesos lentos de colonización o recolonización. En ese contexto, el Estado *se ahueca*, pierde sangre nacionalista y se diluye hacia fuera, en hemorragia existencial. Es lo que le ocurrió al Estado ‘portaliano’ (de 1833) hacia 1910-1925, cuando los capitales extranjeros llegaron a controlar el 66% de la economía capitalista del país, cuando la clase dirigente se quedó sin imaginación ni poder efectivo para desarrollar la nación, y cuando la clase popular se hundió sin remedio en la miseria de los conventillos, reventando incluso la caridad.

En la actualidad, desde la crisis de 1982, todos los Estados neoliberales han ido reorganizando sus países para facilitar el aterrizaje del capital financiero

<sup>5</sup> Sobre la *crisis de eficiencia* del orden portaliano, véase SALAZAR G, *Mercaderes, empresarios y capitalistas. Chile, siglo XIX*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2009, *passim*.

<sup>6</sup> Ídem, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales (Chile, siglos XX y XXI)*, LOM Ediciones, Santiago, 2009, pp. 25-120.

internacional. Ese viajero apátrida que, guiándose por las “clasificadoras de riesgo” (Standard & Poor’s, Moody’s, etc.), trae y lleva, a toda velocidad, inversiones ‘desarrollistas’. Al prepararse el país para ese ansiado aterrizaje el alma *nacional* del desarrollo deja de habitar el corazón del capital industrial para dejarse llevar sobre las alas burbujeantes del *mundializado* capital financiero: esa vía láctea de glóbulos en retail que exige perentoriamente eliminar aranceles protectores, diluir trabas burocráticas, aniquilar royalties mineros, pulverizar el cemento ‘empresarial’ del Estado, borrar la efigie de las fábricas, aniquilar el derecho de propiedad de los trabajadores (sobre sus cotizaciones previsionales) en beneficio del poder administrativo del capital, atomizar los planes nacionales en millonésimos *small projects*, proliferar al infinito los contratos laborales precaristas, inundar el mercado local con tarjetas de crédito, educar para competir (no para solidarizar), gobernar para internacionalizar, etc.

Empujado por el vértigo de esas ‘inversiones’, el Estado nacional –concurran los nuevos sociólogos y científicos políticos– ha comenzado a *ceder, repartir y licitar* poderes hacia arriba, hacia abajo y hacia el lado. Como una centrifugadora. Como tributo a la globalización y miniaturización de lo nacional. Y el resultado histórico neto –dicen los intelectuales supradichos– es el *ahuecamiento* del Estado<sup>7</sup>. Con ello se está abriendo una transición paulatina hacia un Estado Global que, por ahora, es sólo un ubicuo gendarme militar (Estados Unidos) y un capital financiero altisonante y hegemónico que, sin embargo, ya ha mostrado sus pies de barro (en Wall Street)<sup>8</sup>. Como quiera que sea, el ahuecamiento estatal es ya un hecho (sobre todo en Chile). Y este hecho está desfondando la línea de flotación de todos los solícitos habitantes *profesionales* del Estado (la clase política civil) y, más pronto que tarde, también de los *guardianes armados* del nacionalismo (la clase política militar). El abismo, por eso, se hunde en múltiples remolinos horizontales, los que han desorbitado a “díscolos” por la izquierda y la derecha, envejeciendo prematuramente a la mayoría de los que, siendo jóvenes, se sienten ya indispensables “hombres públicos”. Ante semejante derrumbe la clase política militar hace “ruidos de sables” por aquí y por allá, convocada por nadie, solicitada por ninguno, excepto por la dudosa gloria de sus victorias internas.

Si el Estado nacional se evapora en la estratosfera enrarecida de un capital que burbujea triunfante su especulación febril, los sujetos de carne y hueso, en abierta contraposición, sienten que se están llenando día a día de *potencia cívica*. Porque

<sup>7</sup> Véase HARVEY D, *The Condition of Postmodernity*, Blackwell, Oxford, 1990, Part II; y JESSOP B, *The Future of the Capitalist State*, Polity, Oxford, 2002, Chapter III.

<sup>8</sup> Véase SOROS G, *The Crash of 2008 and What it Means*, Public Affairs, New York, 2009, Part Three.

ya no se sienten huecos, ni títeres (militantes), como se sentían en el pasado, en el apogeo de la sociedad industrial *de masas*. Y por lo mismo, si la ciudadanía se está llenando de memoria histórica en proporción inversa al ahuecamiento voluntario del estado nacional ¿por qué, entonces, no desconfiar del Estado? ¿Por qué no trasladar la fe política desde el poderoso Estado burocratizado de la época fordista a una ciudadanía que, después de mucho tiempo, siente correr por sus venas esa querida sangre de la soberanía *en sí*?

El ahuecamiento del Estado nacional es una dolencia grave. Requiere de tratamiento rápido. Eficiente. Tanto más si esa dolencia viene *recargada* con una fea crisis de legitimidad (1973), con otra no menos fea de ineficiencia y otra de representatividad. Pues, entonces, podría estimarse que se trata de una larvada crisis *terminal*.

¿Cuáles son los diagnósticos que corren por allí sobre el Estado chileno actual?

Las poderosas “clasificadoras de riesgo” internacionales –devotas hetairas del capital financiero mundial– han clasificado al Estado chileno (en tanto gobernado por la Concertación) en rangos de excelencia, tipo *top ten*, porque: a) representa *poco riesgo* para ese capital; b) ha logrado *estabilizar* el estado de derecho ‘democrático’ impuesto por la dictadura en 1980; c) ha logrado disciplinar a las clases trabajadoras y a los grupos realmente díscolos bajo el principio (competitivo) de *governabilidad*; y d) porque ha demostrado y demuestra practicar una *fe neoliberal* de rango salvífico en el contexto latinoamericano. Considerando esto, el Estado chileno estaría en condiciones de postularse al club de los países más estables y neoliberales del orbe<sup>9</sup>. Sin embargo, no deja de ser sorprendente que esas mismas consultoras clasifiquen a Chile en rangos de franca mediocridad en *todo* lo que tiene que ver con la empresa, con el valor agregado a los productos exportados, con la inversión reproductiva, con la innovación tecnológica, etc.; es decir: con lo relativo a la responsabilidad profesional del empresariado privado<sup>10</sup>. Y esto revela que nuestro aclamado neoliberalismo es, en verdad, más de naturaleza *política* (neoliberal) que de auténtica *madera capitalista*. Y si se observan las variables relativas a la capacitación laboral, a la cooperación productiva, a la educación general, a la distribución del ingreso y a los indicadores clave del desarrollo social, Chile queda normalmente en los

<sup>9</sup> Es lo que propone el llamado Consorcio de Consultoras para la Reforma del Estado (chileno), a objeto de darle una categoría “mundial”.

<sup>10</sup> La información detallada respecto al ranking de competitividad que las consultoras internacionales le asignan a Chile desde 1905 puede leerse periódicamente en *El Mercurio*, cuerpo B.

nichos vergonzosos del ranking. Nuestro índice 'nacional' de competitividad es, pues, más engañoso que auténtico.

¿Y cuál es el diagnóstico de los mismos chilenos? Las encuestas de opinión pública, que *no* se abocan a medir el grado de simpatía personal y el perfil electoral de cada "rostro" que circula por la televisión, muestran un cuadro diferente al anterior, pues pese al prestigio personal récord de algunos rostros del Gobierno, más del 70% de los chilenos dice que no siente credibilidad ni confianza por el Gobierno de la República, en tanto que más del 80% afirma que tampoco las siente respecto del Congreso Nacional y los Tribunales de Justicia, y más del 90% no siente ni credibilidad ni confianza algunas en los partidos políticos y, sobre todo, en los políticos como "clase"<sup>11</sup>.

En el ranking de la opinión ciudadana el Estado de 1973 (legalizado en 1980 y 'democratizado' tardíamente en 1990) está clasificado, pues, en los nichos inferiores de la confiabilidad y en los superiores del rechazo histórico. Vive, en consecuencia, una *crisis de representatividad*. Al paso que le pena en su pasado cercano el pecado original de su *ilegitimidad*, y en su presente su fama ya extendida de distribuidor *ineficiente* del ingreso nacional. Agregando a eso, además, que, de cara al mercado mundial, padece de *ahuecamiento* progresivo...

¿No será conveniente, entonces, iniciar una reflexión cívica sistemática acerca de las dolencias históricas de nuestro Estado? Todo indica que es una tarea ciudadana que, día a día, se vuelve más y más indispensable.

La Reina, noviembre 29 de 2009

## II. CUANDO LA CIUDADANÍA CONSTRUYÓ ESTADO (LA TRAICIÓN DEL MERCADER: 1823-1830)<sup>12</sup>

### Pobreza ciudadana

Si es cierto que la ciudadanía detenta de manera inembargable la soberanía nacional, entonces también lo es que su principal tarea soberana es *construir* informada, deliberada y colectivamente el Estado y el orden social que a ella le parezca más conveniente. Es su potestad exclusiva. Su derecho humano fundamental. Su más trascendental tarea histórica.

No siempre, sin embargo, puede hacerlo: hay "grupos fácticos" –militares, eclesiásticos, políticos, oligárquicos– que, siendo facciones minoritarias, se apoderan de la soberanía ciudadana por medio de 'la fuerza' (armada, moral o social). Hay países donde *nunca* la ciudadanía ha podido construir libremente el Estado porque, una y otra vez esos grupos le han usurpado el poder constituyente. Es el caso conspicuo de Chile. Porque –aunque para algunos es irreverente siquiera leerlo– la intervención dictatorial de esos grupos (encabezados por algunos estatuarios próceres de inmerecida fama) violentó y engañó a la ciudadanía, a saber: a) en la coyuntura constituyente posindependencia (cuando se dictó la Constitución de 1833), b) en la coyuntura social del primer centenario (cuando se dictó la Constitución de 1925) y, de nuevo, c) en la coyuntura política de los años 1970 (cuando se dictó la Constitución de 1980, que nos rige actualmente)<sup>13</sup>.

Así, la oligarquía que de ese modo ha logrado imponerse a la nación –lo mismo que San Pedro a su Mesías– ha negado *tres veces* la soberanía popular en 200 años de historia, es decir, cada vez que ha sido imperativo fundar o re-fundar el Estado. Y tantas veces como ha sido necesario para que la ciudadanía no aprenda ni ejercite su responsabilidad histórica, al extremo de *olvidar* que debe hacerlo, para que no se consoliden tradiciones cívicas al respecto. En cambio, esa misma oligarquía ha aprendido, en ánimo triunfal, a construir abusivamente el Estado de todos los chilenos, al extremo de vanagloriarse creando mitos, héroes (¿qué otra cosa es, por ejemplo, el 'mito portaliano', que ha recibido pleitesía elitaria a lo largo de 180 años?) y de ilustrar a todo color las páginas de los textos escolares. Tras dos siglos de machacar lo mismo, cualquier historiador cívicamente sano

<sup>12</sup> En *La Nación Domingo*, 13 de diciembre de 2009.

<sup>13</sup> Véase SALAZAR G, "Construcción de Estado en Chile: la historia reversa de la legitimidad", en *Proposiciones*, Ediciones Sur, Santiago, 1994, n° 24, pp. 92-110; CRISTI R, RUIZ-TAGLE P, *La República de Chile: teoría y práctica del constitucionalismo republicano*, LOM Ediciones, Santiago, 2006, *passim*.

<sup>11</sup> Para el detalle de estas encuestas véase SALAZAR G, "Ricardo Lagos, 2000-2005: perfil histórico, trasfondo popular", en Fazio H *et al.*: *Gobierno de Lagos, balance crítico*, LOM Ediciones, Santiago, 2005, pp. 71-100.

piensa que, tal vez, ha llegado el tiempo de *recordarle* a la ciudadanía que tiene poderes soberanos en desuso, mejor dicho, escamoteados. Que, por eso mismo, por haber perdido la propiedad congénita de esos poderes, se aproxima al segundo centenario de su existencia arrastrando una penosa ‘pobreza ciudadana’.

No siempre, sin embargo, la ciudadanía chilena ha estado hundida en esa pobreza. Ha habido tiempos en que, consciente de su soberanía, se ha movido en masa, con opulenta ‘riqueza ciudadana’, para derrocar (con éxito) dictaduras antidemocráticas y construir el Estado nacional enteramente, a su imagen y semejanza. Es lo que hizo entre 1823 (cuando derribó la dictadura de O’Higgins) y 1828 (cuando acordó y promulgó la Constitución Política de ese año). Es decir, precisamente durante el periodo que los historiadores ‘portalianos’, con Diego Barros Arana a la cabeza, denominaron, con un apenas reprimido asco aristocratizante: “¡la anarquía!”. Ya que, durante esos años, el destino del país no estuvo liderado por el apeluconado patriciado santiaguino sino, con entereza soberana, por los pelagianos pueblos de provincia (o sea: el “pipiolaje”). Es lo que recordaremos a continuación.

### Derribando al dictador

Bernardo O’Higgins (el lugarteniente) fue electo Director Supremo a regañadientes por el patriciado santiaguino, después que José de San Martín (el General en Jefe) rechazara la oferta que le hicieron para ese mismo cargo. En todo caso, ambos eran miembros de una logia secreta que se proponía no sólo liberar Hispanoamérica del yugo español sino establecer además un Estado único (una nueva y gran monarquía) capaz de situarse en un plano de igualdad con las monarquías europeas. Era, sin duda, un plan mayúsculo, que exigía de sus miembros compromisos de vida o muerte y ninguna deslealtad ni oposición. Por eso decidieron que el primer gobierno bélicamente liberado de Chile no podía ser una democracia republicana ideal –como Estados Unidos– sino un régimen dictatorial *de transición* hacia un Estado de gran envergadura. Para ese plan la Independencia y el Estado de Chile no eran fines en sí mismos, sino medios para alcanzar una meta superior. Meras maniobras tácticas. La gran estrategia político-militar, en cambio, concebida con mano de hierro, se proyectaba más allá, sin contemplaciones. Hacia la gran monarquía del Sur...

O’Higgins, pues, debía ser –y lo fue– un dictador. Como tal, no le estaba permitido dar paso al desarrollo de una república democrática ni, por tanto, a la entronización de prácticas liberales ni líderes populares. Se opuso tenazmente a

la generación electoral de los cargos públicos. Y condenó drásticamente las elecciones libres que, por iniciativa propia, promovió Manuel Rodríguez en la región de Colchagua. Por eso desconfió del liderazgo democrático que ese abogado y profesor universitario comenzó a ejercer en todas partes, por lo mismo, finalmente, después de intentar inútilmente su destierro, ‘permitió’ –por decir lo menos– su asesinato en Tiltil. El asesinato de Manuel Rodríguez (que, por vocación, inteligencia y estudios era más un líder democrático que un guerrillero rural) constituyó, por eso, el primer *asesinato político* practicado por una dictadura en Chile<sup>14</sup>.

El 22 de marzo de 1822, habiéndose tensionado la situación al máximo, el Senado (cuyos miembros habían sido designados por el propio O’Higgins) le recordó que, según la Constitución de 1818 –que había sido cortada a su medida–, debía llamar a elección de autoridades locales, pues ya no era tiempo de guerra sino de paz. El Director Supremo se negó, diciendo que las elecciones generaban anarquía. El Senado insistió. Finalmente, sin aviso previo, O’Higgins convocó a la elección de una Convención Preparatoria para una futura Asamblea Constituyente. A ese efecto, envió “misivas reservadas” a las autoridades de todos los pueblos del país, con instrucciones precisas para que se eligiera sólo los nombres que él anotó en cada misiva, y ningún otro. Los “pueblos”, extrañados, discutieron el ‘instructivo’ en cabildo abierto y, llenos de comprensión, eligieron a los diputados que O’Higgins ‘necesitaba’. Ante esa maniobra, el Senado acordó autodisolverse. Treinta y un (31) “pueblos” eligieron un representante cada uno. La Convención Preparatoria, pues, fue designada *manu militari*. Sin embargo, por disciplina militar o por lo que fuera, los diputados comenzaron a actuar como si se tratara de una ‘legítima’ Asamblea Constituyente, y redactaron una Constitución que prolongaba la dictadura de O’Higgins por seis años más. Los “pueblos”, que sabían de sobra el verdadero ‘origen’ de la Convención Preparatoria, indignados, no aceptaron ni esa mutación ni el texto constitucional que así se aprobó. Consideraron que todo el proceso no era más que una burla de su soberanía y una trampa dictatorial. Por eso, los ciudadanos de la provincia de Concepción, en sus respectivos cabildos, acordaron crear la “Asamblea de Pueblos Libres de la Provincia de Concepción”, la cual, públicamente, desconoció la autoridad del Director Supremo y exigió su renuncia. Y en una misiva abierta, le comunicaron:

<sup>14</sup> SALAZAR G, *Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los pueblos. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2005, pp. 51-172.

“Desde ahora, excelentísimo señor, se sustrae esta provincia de la obediencia de ese gobierno, convencida de su nulidad i de los ilegítimos medios de que V.E. se vale para perpetuar su poder contra la voluntad de todos los pueblos del Estado”<sup>15</sup>.

Notificados de la “desobediencia civil” ejecutada por los ciudadanos de la provincia de Concepción, la “Asamblea de Pueblos Libres de la Provincia de Coquimbo” hizo lo mismo y conminó a O’Higgins a presentar su renuncia. De este modo, la rebelión ciudadana se extendió como reguero de pólvora por todo el país, poniendo al ‘pueblo’ de Santiago (dominado por el patriciado mercantil) ante el dilema de derribar la dictadura o defenderla. O’Higgins intentó resistir por las armas y formó las tropas en la plaza. Pero el patriciado de la capital —que había heredado con beneplácito los restos del centralismo hispánico— decidió forzar la abdicación, no por espíritu democrático sino porque, si se iba el dictador, sería ese patriciado el que asumiría el gobierno de *todos* los pueblos del país.

En consecuencia, O’Higgins fue, técnicamente, derribado por una revolución ciudadana dirigida expresamente contra su dictadura. Su abdicación no fue, pues, un generoso gesto de nobleza democrática inspirado en el espíritu patriótico (como insiste en pintar ese hecho la historiografía tradicional), sino un derrocamiento en toda regla, forzado por la ciudadanía, sin disparar un tiro.

Tras su salida, la Junta de Gobierno designada por el patriciado santiaguino creyó llegado el momento en que debía asumir el gobierno de *toda* la República. Pero ni los “pueblos libres” de la provincia de Concepción ni los de la provincia de Coquimbo aceptaron esa pretensión. Y como Santiago insistió porfiadamente en su predicamento, los pueblos del sur le encomendaron al general Ramón Freire, jefe del Ejército de la Frontera e Intendente de la Provincia (elegido libremente por los pueblos) que se trasladara con parte de sus tropas hasta el centro del país. Freire estacionó su ejército cerca de Santiago, donde se mantuvo por varias semanas, sin disparar un tiro. Y allí permaneció, hasta que la Junta santiaguina desistió de su intento de gobernar por sí misma el conjunto de la nación<sup>16</sup>.

Y fue ése el momento en que la ciudadanía de todos los pueblos del país inició un proceso democrático destinado a construir el primer Estado de la nación.

## Ejerciendo el poder constituyente

Los historiadores tradicionales (Diego Barros Arana a la cabeza) han sido unánimes en afirmar una y otra vez (para que aprendan los niños) que en Chile, con excepción de la “aristocracia” de la capital, *no* había hacia 1823 ningún otro grupo social capaz de construir Estado y mantener el orden público. Porque la gran masa de la población —explican—, sobre todo la de provincias, era ignorante. Que, por lo mismo, se requería una autoridad ilustrada y centralista, capaz de gobernar con mano de hierro. De modo que la democracia podía y debía esperar hasta que los pueblos de provincia alcanzaran el nivel de Santiago. Los que opinaban lo contrario eran, por tanto, ilusos, idealistas y, por ende, anarquistas. Y si —para complicar las cosas— aparecía por allí un militar con ideas democratoideas (apareció), entonces no podía ser sino un hombre blando, manejable y lerdo (es como Barros Arana ‘interpretó’ al general Ramón Freire), al cual, por razones de realismo político, era preciso eliminar. Que fue lo que hizo, con enaltecedor pragmatismo, Diego Portales (socio mercantil del padre de Barros Arana)<sup>17</sup>.

Los hechos crudos muestran sin embargo que, hacia 1820, existían unos 50 “pueblos” a lo largo del territorio, muy distanciados uno de otro pues no había caminos ni sistemas de comunicación. Eran comunidades que vivían en relativo aislamiento, preocupadas de producir (para vivir y exportar) y de, a través del cabildo respectivo, autogobernarse. Para ellas el Estado (el Rey) era una enteleguía lejana, cuyos edictos —según se decía entonces— “se obedecen pero no se cumplen”. Compartían, en el territorio que ocupaban, una pragmática “soberanía productiva”, de la que participaban el patriciado mercantil local (que podía tener tanto o más dinero que el de la capital, pues exportaba directamente cobre y plata en el norte y trigo y cueros en el sur), los artesanos urbanos, los pulperos, los curas, el campesinado suburbano (chacareros) y, en menor medida, el numeroso peonaje flotante. Constituían, por tanto, pese a sus diferencias sociales, una masa ciudadana con sentido comunalista, favorecido éste porque las villas de entonces tenían un área territorial de propiedad colectiva (el “ejido”). Los problemas locales los resolvían en cabildo abierto, al que asistían todos los habitantes del pueblo, sin excepción. Todo se decidía allí. Por eso los “pueblos” tenían tradiciones productivistas, conciencia de autogobierno y prácticas democráticas en la toma de decisiones. Habían aprendido a autoeducarse, pues, como ciudadanos soberanos<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> VICUÑA MACKENNA B, (ed.), *Historia jeneral de la República de Chile desde su independencia hasta nuestros días*, Imp. Nacional, Santiago, 1868, vol. IV, documento n° 2, pp. 308-309.

<sup>16</sup> SALAZAR G, *óp.cit.*, pp. 181-189.

<sup>17</sup> Una visión ligeramente reformada de este enfoque tradicional en COLLIER S, *Chile: la construcción de una república, 1830-1865*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2005.

<sup>18</sup> Su cultura ciudadana se expresó en su respuesta a la instalación de la primera Junta de Gobierno en

El de Santiago era uno más de esos pueblos, pero con una diferencia importante: en él estaban asentados la Gobernación General, la Jefatura del Ejército, el Real Consulado, la Real Audiencia, el Obispado, la Casa de Moneda, la Superintendencia de Aduanas, la Contaduría Mayor, etc. No era el pueblo más rico productivamente, ni el más culto de todos, pero era el que contenía las *funciones políticas centrales* heredadas de la colonia y el control 'nacional' del comercio exterior y la circulación monetaria. Como muchos de esos cargos se vendían, los mercaderes de la capital los compraban, empapándose así de la lógica burocrático-centralista que esos cargos tenían. Por esto, a diferencia de todos los demás pueblos, el de Santiago no tenía una tradición de vida democrática y comunalista sino una centralista, jerárquica, de nítida prosapia imperial. La diferencia específica de la capital no tenía que ver, pues, ni con una supuesta mayor cultura o mayor riqueza (todos los pueblos las tenían en más o menos un mismo grado), sino con la forma centralista como la elite santiaguina había 'aprendido' el poder (imperial) del Estado.

De este modo, cuando, derribado O'Higgins y forzado el patriciado santiaguino a seguir las aguas de los pueblos libres del norte y del sur, la construcción democrática del Estado nacional quedó atrapada entre dos concepciones opuestas: la democrática-productivista de los pueblos de provincia, y la centrista-mercantil del patriciado de Santiago. Por tener una aplastante mayoría, la concepción provincial se impuso desde el principio sobre la capitalina, tanto más si el Ejército 'patriota' profesaba la misma concepción y si, por añadidura, el nuevo Director Supremo, general Ramón Freire, la apoyaba decididamente. En ese contexto, convocada y protegida por Freire, se eligió democráticamente a los diputados para la primera Asamblea Nacional Constituyente, que se reunió en Santiago en 1823. De inmediato quedó en claro el problema de fondo: los delegados de provincia eran mayoría, de modo que a la representación de Santiago, condenada a ser minoría, no le quedó más recurso que obstruir el proceso constituyente por cualquier medio a su alcance: molestando desde la barra, mofándose en todas partes de los delegados ("pipiolos") de provincia, votando cuando había mayoría ocasional, controlando la redacción del texto constitucional, etc. El obstruccionismo resultó tan eficiente que la Constitución redactada en 1823 (pluma de Juan Egaña) resultó contraria al parecer de la mayoría. Freire debió derogarla<sup>19</sup>.

Santiago, en 1810. Para los informes de cada pueblo véase *Colección de Historiadores i de Documentos relativo a la Independencia de Chile*, Imp. Cervantes, Santiago, 1910, tomo XVIII, pp. 227-299.

<sup>19</sup> El detalle del proceso constituyente del periodo 1823-1828 puede seguirse en las actas y documentos publicados en las *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, editadas por Valentín Letelier.

De hecho, mientras el proceso constituyente se realizó en la capital, el patriciado de Santiago practicó un majadero 'frondismo anarquista' que hizo fracasar no sólo la Asamblea Constituyente de 1823 sino también las de 1825 y 1826 (Barros Arana motejó de "anarquista" a la mayoría liberal-pipiola, culpándola del fracaso de esos eventos). Habiéndose cansado de eso, en 1828 los diputados electos para la cuarta Asamblea Constituyente decidieron reunirse en Valparaíso, lejos del patriciado santiaguino, donde, en un mes y medio, redactaron la Constitución de ese año, la única consensuada libremente por la ciudadanía chilena hasta el día de hoy. Los historiadores tradicionales la llamaron "liberal" y la atribuyeron al español José Joaquín de Mora. Barros Arana la denigró sugiriendo que hubo fraude electoral (los liberales habían ganado lejos incluso en Santiago, en la misma fortaleza patricial). Lo cierto es que la Constitución de 1828 expresó lo que era la voluntad ciudadana de entonces, y estableció un Estado en el que se equilibraban magistralmente la democracia regional (a través de un Senado electo por las Asambleas Provinciales) y la nacional (a través de una Cámara de Diputados y un Presidente electos por voto directo), dando forma a lo que se llamó un "gobierno popular representativo" destinado a poner atajo al "capitalismo y el despotismo". En este sistema político tenían derecho a voto todos los que tuvieran la edad necesaria y una profesión u oficio (excepto los sirvientes domésticos), aunque no supieran leer ni tuvieran un capital dado<sup>20</sup>.

Era el triunfo histórico de "los pueblos", es decir, de la ciudadanía articulada en comunidades locales donde prevalecía la igualdad soberana (comunal) por encima de las diferencias económico-sociales. Era la derrota del patriciado centralista de Santiago. Pero fue una victoria efímera...

## El hachazo sanguinario

Era evidente: la única salida que le quedaba al patriciado de Santiago era organizar un ejército mercenario (el Ejército de la Patria era liberal y lo comandaba Ramón Freire) y derrotar al movimiento de "los pueblos" por medio de las armas y la traición. Así lo comprendió Diego Portales (desprestigiado a la sazón por su espíritu antidemocrático y por los abusos que cometió mientras controló el monopolio del tabaco), quien se apresuró a reunir 120.000 pesos entre sus mercaderes amigos a efecto de que el oscuro general Joaquín Prieto organizara un ejército adicto, ayudado por su primo Manuel Bulnes. El ejército así reclutado avanzó sobre la

<sup>20</sup> Para el detalle de esto véase *ibidem*, tomo XVI, anexo n° 338, pp. 284-294.

capital, pero fue derrotado en forma inapelable en la batalla de Ochagavía por las tropas del general De la Lastra. Vencido, Prieto invitó a los oficiales del ejército constitucional a parlamentar en las casas de Ochagavía. Allí mismo les tendió una trampa y los tomó como rehenes para negociar un armisticio. En pro de la paz se acordó disolver ambos ejércitos. Lastra así lo hizo. Pero Prieto se las arregló para no disolver lo que quedaba del suyo y se apoderó de la capital, la que fue asaltada por la siniestra "Partida del Alba" (compuesta por bandidos reclutados por Prieto), incluyendo la casa del coronel liberal Vic Tupper, cuya esposa, Isidora Zegers, logró apenas escapar y librarse de una violación. El coronel Viel, indignado ante todo eso, retó a duelo al general Joaquín Prieto, pero éste no aceptó, dando diversos pretextos. En ese trance, Ramón Freire tuvo que reorganizar como pudo el ejército constitucional y acampar en las cercanías de Talca. Allí se produjo la batalla de Lircay, donde, engañado por falsas informaciones, Freire fue derrotado. El coronel Vic Tupper, junto a otros oficiales, cayó prisionero. Consultado respecto a qué se haría con esos prisioneros, el general Prieto respondió: "¡háchenlos!". Y el coronel Tupper murió despedazado a hachazos<sup>21</sup>.

Las felonías del general Prieto lo convirtieron por mucho tiempo en el militar más desprestigiado del Ejército de la Patria. Pero su victoria en Lircay abrió camino a la dictadura política de Diego Portales y para lo que sería el más que centenario autoritarismo centralista santiaguino. Y vendrían luego las leyes secretas, los fusilamientos, las relegaciones, el destierro, el cercenamiento del Ejército Patriota y la persecución de los liberales, los pipiolos y los rotos.

Fue la primera vez, por tanto, que la ciudadanía chilena intentó ejercer su soberanía y su poder constituyente, y fue la primera vez que, por eso mismo, fue traicionada, reprimida y ensangrentada. Y la primera vez que se construyeron mitos oficiales para disimular y ocultar el crimen cometido contra ella.

La Reina, diciembre 8 de 2009

### III. EL DERRUMBE DEL COLOSO ESTATAL (CHILE, 1910)<sup>22</sup>

#### Mitología y Estado

Cuando para provocar el nacimiento de un Estado se niega y se mata a los padres legítimos (la soberanía ciudadana), entonces ese Estado, para vivir, quedará obligado a fabricar su legitimidad, a mentir su origen, a magnificar lo que pretende o aparenta ser. Y por ende, a mitologizarse a sí mismo, lo que implica, por supuesto, heroificar a los sicarios que perpetraron el asesinato de la paternidad soberana. Pero ninguna de esas 'obligaciones' es políticamente limpia, porque ninguna es un acto de transparencia ni un resplandor de verdades ni un diálogo entre amigos, sino un tortuoso juego de biombos y un crepitar de humos fatuos destinados a tapar lo que no puede mostrarse. A olvidar lo que no puede recordarse. Y esto es exactamente lo que los actuales sociólogos del Estado llaman "política de legitimación tardía".

Por eso, cuando un Estado va por la historia sobrecargado de mitos, plagado de estatuas rampantes, convertido en un jurásico coloso estatal, es saludable entrar en sospecha, y obligatorio mirar radiológicamente bajo su piel. Es como todo ciudadano chileno debería mirar el colosal Estado construido entre 1829 y 1833 por los vencedores en la sangrienta batalla de Lircay (cuando un ejército mercenario improvisado por el patriciado mercantil santiaguino derrotó al ejército ciudadano que había ganado la guerra de la Independencia). Ese coloso político ha sido sacralizado como un modelo arquetípico y un ejemplo cívico sin parangón en América Latina. Como prototipo cenital de orden público, de respeto a la ley, de probidad gubernamental, de capacidad para desarrollar la economía del país, etc. Razón por la que se le ha esculpido en bronce como un helénico Carro Alegórico que lleva como alado centauro al astuto mercader-ministro Diego Portales, como antorcha olímpica las rojas espadas de los generales Joaquín Prieto y Manuel Bulnes, como guía délfica la pluma impoluta de Andrés Bello, las bolsas millonarias de Agustín Edwards Ossandón y Matías Cousiño, y las togas inamistosas de Manuel Montt y Antonio Varas, entre otros.

Y detrás, en procesión devota y creyente, un tropel de historiadores obsecuentes: Diego Barros Arana, Rafael Sotomayor Valdés, Francisco Antonio Encina, Alberto Edwards Vives, Jaime Eyzaguirre, Gonzalo Vial Correa, etc. Todos, sin excepción, polifónicamente, cantando loas y letanías. Estribillos patrióticos. Laureles del pasado. Moralejas para niños. Y más atrás, murgas y comparsas de políticos en boga, entonando la misma versaina mitológica –sin equivocarse ni una

<sup>21</sup> SALAZAR G, *óp.cit.*, Capítulo VI.

<sup>22</sup> En *La Nación Domingo*, 20 de diciembre de 2009.

vez—, sólo que a toda voz (para que escuchen los sufragantes), porque necesitan presentarse como legítimos herederos de todos los laureles de la Patria. Y al final, a tropezones, uno que otro dictadorzuelo balbuceante, con sus dedos (ya que no sus espadas) ensangrentados.

Sin duda, es cívicamente saludable develar lo que ese tropel oculta bajo su bronce.

### ¿Qué había, entre 1830 y 1850, tras el humo fatuo de la mitología?

Si se destapan los bronce y se acerca la mirada histórico-social aparecen, en sucesión, oscuras escenas de sótano y bambalina. Cuadros sombríos, de traición, rabia y frustración. El traspatio tenebroso de los héroes. La tragicomedia de la Patria. Enuméreselas:

- Diego Portales ganando mañosamente para su compañía mercantil el monopolio nacional del tabaco, destruyendo con apoyo armado el gremio completo de los “plantadores”, los “sigarreros”[sic] (fabricantes de cigarros) y los “estanquilleros” (vendedores minoristas) que negociaban esos productos. Fallando en el compromiso de pagar la deuda externa contraída en Londres por O’Higgins. Quebrando, luego, en toda regla. Forzando al Estado a resarcir las pérdidas de su compañía quebrada. Atayéndose a la ira general de los liberales y de la clase artesanal y popular<sup>23</sup>.
- El mismo mercader reuniendo fondos para comprar la conciencia del retirado general Prieto y de su primo-hermano Manuel Bulnes, a objeto de organizar un ejército mercenario y dar un golpe de Estado contra los gobiernos democrático-liberales de los generales Ramón Freire y Francisco Antonio Pinto.
- El general Prieto tendiendo una trampa a los oficiales del Ejército vencedor en la batalla de Ochagavía, traicionando el armisticio que él mismo forzó, asaltando la capital, ordenando matar a hachazos a los oficiales prisioneros en Lircay.
- El ministro Portales dando de baja sin pensión a toda la oficialidad mayor del ejército ciudadano que conquistó la Independencia, dejándoles en exclusión y miseria. Intentando fusilar al general Freire y deportándolo al no poder fusilarlo.
- El ministro Portales diseñando jaulas de hierro para encerrar a los presidiarios (peones y rotos) que repararían el camino Santiago-Valparaíso (el del comercio). Los mercaderes extranjeros condenando asqueados esa política.
- El ministro Portales (respaldado por los generales Prieto y Bulnes) ordenando fusilar opositores en el norte y en el sur del país. Provocando la histeria general

<sup>23</sup> Véase SALAZAR G, *Mercaderes, empresarios y capitalistas. Chile, siglo XIX*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2009, pp. 253-295.

del vecindario de Curicó por el fusilamiento de numerosos jóvenes opositores al régimen<sup>24</sup>.

- El ministro Mariano Egaña redactando obsecuentemente “leyes secretas” para permitir a Portales actuar ‘ejecutivamente’ contra sus opositores.
- Emergencia de múltiples motines y sublevaciones (al menos siete entre 1830 y 1837) de artesanos, milicianos y militares contra el régimen dictatorial instalado desde Lircay. El último de ellos (de la guarnición estacionada en Quillota) terminó con el fusilamiento de Portales. Todos los oficiales de los regimientos amotinados, en un documento público, señalaron que lo hacían en función de su fe democrática y su rechazo a la tiranía.
- Los oficiales demócratas que se rebelaron en Quillota fueron descuartizados salvajemente, colocándose sus brazos, piernas y cabezas en la punta de grandes picas, para escarnio de los pueblos. Han sido presentados a la posteridad no como luchadores por la libertad sino como ejemplos de traición y felonía.
- El gobierno de Joaquín Prieto implementando una guerra impopular contra la Confederación Perú-Boliviana para conquistar un mercado virreinal que nunca se había podido controlar durante la colonia. La victoria de Yungay aseguró para Chile ese mercado, pero cuando ya no valía nada, mientras el enorme mercado del Pacífico, descuidado por esa campaña, cayó bajo poder de los ingleses (con la ayuda de O’Higgins y de los propios mercaderes chilenos).
- Los mercaderes extranjeros invadiendo el país y dominando todo el comercio exterior (cabotaje, exportaciones de cobre, plata, trigo y harinas, importaciones de todo tipo), provocando con eso el vaciamiento total del sistema monetario nacional (basado en monedas de oro y plata), induciendo a los patronos a pagar a sus trabajadores con abusivas fichas de cuero o papel.
- Aparición de masivas hambrunas a lo largo del país, sobre todo a fines de la década de 1830. Miles de hombres, mujeres y niños muriendo de hambre en las calles de la ciudad, en los cerros, en las playas, mientras los hacendados y mercaderes ganaban millones exportando trigo, harina, cueros, sebo, ganado<sup>25</sup>.
- Proliferación de bandas peonales asaltando haciendas, saqueando pueblos y ciudades, en compensación por la falta de trabajo remunerado en las haciendas, minas y ciudades (no había desarrollo industrial). Al interior de Chillán y en los cordones transversales surgieron nidos de bandoleros, que la policía de entonces no pudo nunca exterminar.
- La ira social creciendo por abajo, en todas partes, a punto de explotar.

<sup>24</sup> SALAZAR G, *op. cit.*, pp. 381-403.

<sup>25</sup> Ídem, *Labradores, peones y proletarios (Chile, siglo XIX)*, Editorial Sur, Santiago, 1985, pp. 131-144.

## ¿Y qué hubo bajo el bronce entre 1848 y 1910?

Al principio, explosiones sociales. Estallidos políticos. Combates fratricidas. Rebelión armada de las provincias productoras contra el autoritario centralismo mercantil de Santiago. Alianza entre empresarios mineros, peones y artesanos en el norte, y entre cosecheros, artesanos e indígenas en el sur. Igualitarios contra la tiranía, guerras civiles, batallas sangrientas, entre 1848 y 1859. Chile entero en erupción contra la tiranía autocrática y filo-inglesa de Manuel Montt (desde 1832 el régimen mercantil de Santiago firmó siete tratados de libre comercio con las grandes potencias industriales del norte). Sin embargo, una vez más, el ejército de la capital derrotó a las tropas ciudadanas de las clases productoras de provincia.

Después del incendio las elites empresariales regionales, doblegadas, vencidas, temerosas incluso de sus peligrosos aliados populares, emigraron a Santiago. Intentaron –y lograron– entrar al Congreso Nacional, hasta allí monopolizado por los pelucones. Era el año 1862. El presidente José Joaquín Prieto, bonachón, anunció la aparición de la “fusión liberal-conservadora”. Los enemigos de ayer se hermanaban, se reconciliaban, se amaban, y bebieron champagne francés en los salones del flamante Club de la Unión, fundado expresamente para eso. Luego, al unísono, levantaron palacios mercantiles aquí y allí. En las calles Dieciocho, Ejército, Alameda, Almirante Latorre, Cienfuegos, etc. Y aquí y allí, en sus salones afrancesados, decidieron convertir Santiago en otro París. Y transformaron el cerro Huelén en el Pequeño Trianon santiaguino. Y expulsaron sin asco de la “ciudad culta” a los rotos de la “ciudad bárbara”, tarea sucia que encargaron, entre otros, al intendente (liberal) Benjamín Vicuña Mackenna.

Señoras y señores: había nacido la elegante *oligarquía* chilena. ‘Las elites unidas –juraron entonces– jamás serán vencidas’. Y celebraron una tertulia tras otra. Se iluminaron los palacios, y fue entonces cuando sus mujeres se convirtieron en “reinas de salón”. Hábito social que los obligó a todos –para inspirarse– a viajar periódicamente a París, a nutrirse de modernidad, ilustración, libertad, arte. Y sobre todo de ópera. Era la Arcadia suprema del colosal Estado portaliano. Chile triunfante, mirándose en el espejo de Versalles. O en los del Barrio Latino... Aristocracia pura, caballeros<sup>26</sup>.

Pero quien siembra, cosecha. En la década de 1870 se agotaron los minerales de cobre de alta ley. El peso chileno –basado sobre todo en la plata– perdió en poco tiempo la mitad de su valor de cambio al producirse la desmonetización mundial de ese metal, decretada por Inglaterra y Alemania. Aun para la misma

‘aristocracia’ las monedas de oro –controladas por las casas comerciales extranjeras– se volvieron escasas. El precio mundial del trigo inició un descenso a largo plazo. La mecanización de las faenas productivas se detuvo. La romería a París también... Fue necesario, de nuevo, contratar inquilinos, explotar peones, reducir salarios, ocupar la fuerza de trabajo femenina y aun la de los niños, mientras silbaba sobre ellos el látigo emplomado de la inflación. Y hacia 1885 la oligarquía descubrió con espanto que su cuota de ganancia comenzaba a secarse, mientras las compañías comerciales extranjeras controlaban desde arriba casi toda la economía del país. Sin embargo, paradójicamente, el Estado, en medio de esa crisis, comenzó a llenarse de oro al aplicar un impuesto pagadero en esc metal a las exportaciones de salitre, y al contratar empréstitos en la banca extranjera. Y, claro, las elites pensaron: ¿por qué el Estado portaliano se enriquece y la Oligarquía portaliana no? ¿No era conyugalmente justo que el oro del uno se derramara también en los famélicos bolsillos de la otra? ¿Por qué no? ¿No era la oligarquía (refundida) la dueña exclusiva del Estado? ¿Quién se opondría a ese acto supremo de justicia doméstica?

Para sorpresa de todos, hubo alguien que se opuso: el ‘liberal’ José Manuel Balmaceda. Ocurrió que este político –cuyo sentido de ‘nación’ era más fuerte que en otros– pensó que el dinero del Estado era de todos los chilenos y que no era justo, por tanto, que fuera administrado por los bancos privados (oligárquicos), que, obviamente, estaban especulando y lucrando con él. Porque en ese tiempo no existía ni un Banco Central ni un Banco del Estado. Balmaceda pensó que, en el interés nacional, era indispensable crear un Banco del Estado, cortando así la espita que trasvasijaba el áureo líquido estatal en las sedientas gargantas de los banqueros chilenos. Ocurría que casi el 60% de los diputados tenían intereses bancarios, mientras el 80% de los senadores eran directores o grandes accionistas de las sociedades bancarias, pues, ante el grave deterioro de su renta ‘productiva’, la oligarquía chilena se volcó ansiosamente a la ‘especulación’ bursátil y bancaria. Y por cierto sobre la base de *ordeñar* al Estado. Por eso, cuando Balmaceda elaboró un proyecto de ley para crear un Banco del Estado, la oligarquía bancaria en pleno y por tanto el Congreso Nacional en masa se alzaron contra Balmaceda, sin importar si eran liberales, como el Presidente, o no. Y tomaron las armas. Y desencadenaron una sangrienta guerra civil. Y murieron, otra vez, miles de rotos (pues cuando en Chile pelean los ricos, mueren los pobres).

Naturalmente los historiadores oficiosos han declarado a coro que la guerra civil se debió a un *impasse* técnico, de orden constitucional, entre el Ejecutivo y el Legislativo, porque Balmaceda, al enviar con retraso la ley de presupuesto al Congreso, había violado la sagrada Constitución de 1833...

<sup>26</sup> Véase VICUÑA M., *La belle époque chilena*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001, *passim*.

Y por eso, lo mismo que en 1829, el ejército mercenario de los mercaderes (ahora banqueros) venció en 1891 al ejército constitucional de la Nación. Horrorizado por lo que eso significaba, Balmaceda, político honesto, se suicidó.

Eliminado el obstáculo, la oligarquía se apropió del Estado en altura y profundidad. Y lo defendió contra cualquiera que se opusiera a ello, sobre todo contra los trabajadores y los rotos. Solícito, el ejército mercantil masacró a la clase popular en 1890, 1903, 1905, 1906, 1907, 1919, 1921, 1924... Maniatada, expoliada e impotente, la clase popular entró en putrefacción progresiva, hundida en la pocilga de los conventillos. Alcohólica, prostituida, raquítica, sifilítica, tísica. Y, claro, pronto se rompió el récord mundial de mortalidad infantil. Y la Hacienda Pública, cargada de sanguijuelas por sus cuatro costados, sin impuestos directos que la nutrieran, sin recursos en oro (el salitre entró en crisis), entró en bancarrota en 1922. Y no pudo pagar los sueldos de los profesores, de los empleados públicos y, sobre todo, de la oficialidad del Ejército...

### El coloso moribundo

El coloso estatal, esculpido a hachazos y bayonetazos entre 1829 y 1833, llegó pues a 1910 disparando todavía en todas direcciones, mejor dicho, disparando contra los mismos de siempre: productores, trabajadores, demócratas, socialistas, anarquistas... Trayendo en su órbita el resquemor de cinco guerras civiles y catorce matanzas de adversarios políticos. Con su sangre económica infestada por más de cien compañías comerciales extranjeras que controlaban, sin excepción, todos sus glóbulos rojos. Con treinta bancos nacionales ensartados como vampiros en el Erario Nacional. Con las Fuerzas Armadas de la Nación en estado de alerta contra el bajo pueblo. Con una oligarquía desempresarializada y parlamentarizada reptando en el bajo fondo de su desprestigio. Con miles de conventillos hirviendo en pobreza, tifus, disentería, etc., mientras sus dueños (los "rentistas urbanos") llenaban su sucias billeteras en un inútil afán de siutiquería. Y todo sostenido, únicamente, sobre la punta de las bayonetas...

Bajo sus descoloridos bronce, el coloso estatal de 1833 llegó a 1910 corroído hasta sus entrañas por un cáncer social, político, ético y económico. Perfectamente moribundo.

¿Qué debía hacer la ciudadanía ante un coloso estatal roído por su propia alma?

La Reina, diciembre 15 de 2009

## IV. LOS "CAUDILLOS" CONTRA EL PUEBLO SOBERANO (CHILE, 1919-1938)<sup>27</sup>

### Situación prerrevolucionaria

Cuando un Estado, por más colosal que parezca, cae moribundo a los pies de la ciudadanía (como le ocurrió al Estado portaliano hacia 1910) y cuando es precisamente ella, por la soberanía que le es inherente, la que *debe* enterrar ese cadáver y construir un nuevo Estado, entonces se está viviendo una situación 'prerrevolucionaria'. La misma que, para ser plenamente *revolucionaria*, necesita que la ciudadanía logre descargar sobre el cadáver una lápida perpetua y que, a la vez, desde su propia sapiencia y voluntad, dé a luz una nueva criatura estatal. Porque, a pesar de todo lo que se diga, la revolución *no* la inventan los revolucionarios. No es de germinación subjetiva. Más a menudo que no, son las patologías cívicas del propio Estado las que, a gritos de agonía social, claman por una cirugía revolucionaria. La misma que sólo el pueblo soberano puede ejecutar asépticamente.

Cuando los Estados mueren, sin embargo, aunque agonice su organicidad política, no siempre sufre aquélla una muerte total: a menudo, las bacterias armadas que vigilan su coraza exterior sobreviven intactas, disparando en todas direcciones, contra cualquier brote de soberanía ciudadana. Porque ésta, para ellas, es el 'enemigo interno' al que deben resistir y eliminar por principio, pues para eso fueron creadas y entrenadas (en Chile y en USA). Si eso ocurre, o sea si la coraza sobrevive, el cadáver estatal, en su ataúd artillado, *tiene tiempo para reciclarse*. Los gusanos de la putrefacción pueden, así, transformarse de putrefacción mortal en putrefacción de sobrevida. 'La' política, entonces, se vuelve allí estatalmente endógena, bajo-intestinal, promulgándose desde el fondo del ataúd por ventanucos, resquicios y orificios. Se *centraliza*, reciclada en su olor nauseabundo. Los políticos que la 'habitan' —bacterias anaeróbicas que pasean en el fondo su pálida 'representatividad'— saben que no pueden salir afuera sin morir bajo la luz cívica. Por tanto, se reproducen entre ellos, endogámicamente, en el vientre del mismo Estado, y miran al espacio público con telescopios estadísticos, hablan con altavoces normativos y sienten que están preñados —como los papas— de edictos infalibles, emanados de sí mismos. Crean, en una palabra, que son imprescindibles. Y algunos, poseídos ya de esa fiebre terminal, autoperciben su agonía como un mandato metafísico que les ordena dominar todo desde sí mismos: son los "caudillos",

<sup>27</sup> En *La Nación Domingo*, 27 de diciembre de 2009.

fantasmas de medianoche. Así, la única vida política que puede exhalar el Estado cadavérico es un centralismo de ultratumba: todo desde dentro, nada desde fuera. Todo *para* el pueblo. Nada *con* el pueblo... ¡La muerte gobernando la vida!

Por eso la tarea ciudadana de enterrar el sistema que agoniza y dar a luz un nuevo estado nacional no es de fácil ejecución. Las bacterias armadas del coloso estatal son capaces, *post mortem*, de alterar, frenar, traicionar y, por último, masacrar las decisiones del pueblo soberano. Los procesos revolucionarios pueden terminar, por eso, donde empezaron, y los *zombies* políticos continuar gobernándonos cien años más. Ante tales dificultades –cuyo remontar significaría realizar un exorcismo cívico de alta complejidad y bajo rendimiento– es que, a veces, un sector importante de la ciudadanía cree que es mejor, más cómodo y seguro seguir el perfil, la voz hipnótica y la cabellera al viento de los “caudillos”. Es decir: venerar las estatuas emergentes del Estado muerto. Es lo que pasó en Chile cuando una parte de la ciudadanía, durante la coyuntura revolucionaria del periodo 1918-1938, se alineó como ‘masa’ hipnotizada –no como ‘ciudadanos’ conscientes– tras el perfil intrusivo, endogenista, centralista y antidemocrático de Arturo Alessandri Palma y Carlos Ibáñez del Campo. O sea, los fantasmas que lograron darle una segunda vida al Estado muerto surgido de entre los muertos de Lircay.

### La traición del caudillo civil

Los artesanos, productores y milicianos que se sublevaron diez veces entre 1829 y 1859 contra el Estado portaliano (siendo derrotados en cuatro batallas formales por el ejército de Santiago), no olvidaron jamás, pese a su derrota, ni su propuesta estatal del periodo 1823-1829 (productivista, democrática y descentralizada) ni los líderes de su movimiento (Ramón Freire, sobre todo) ni la cultura democrática cabildante en la que habían nacido (la de “los pueblos”). Si la memoria oficial de los vencedores se llenó de mitos propios, la memoria de los vencidos atesoró los recuerdos de su primera generación: la que soberanamente le señaló al país quiénes eran y qué querían. Por eso, sus vástagos de segunda y tercera generación continuaron siendo demócratas, rebeldes y solidarios entre sí. Sólo que puertas adentro, pues afuera galopaba, sin riendas, el autoritarismo monttvarista. Fundaron para sí, por tanto, un espacio comunitario. Y se refugiaron en la intimidad democrática de sus múltiples *sociedades de socorros mutuos*.

La democracia por la que habían combatido en Lircay sobrevivió en la crisálida de la sociedad mutual. Y allí, cuidadosamente cultivada, se desarrolló: aprendieron a generar y administrar recursos propios, fondos sociales, previsionales, educacionales.

A practicar democracia participativa. A integrar a hombres, mujeres y niños, como familias. A crear cultura propia, pensamiento libre, opinión ilustrada. A montar imprentas, publicar periódicos, folletos y libros. Autoeducándose en una cultura soberana que se esparció –en la voz elocuente de educadores populares como Luis Emilio Recabarren– por todo el país. Y así, durante 80 años –entre 1830 y 1910–, mientras el patriciado santiaguino se precipitaba desde la “trasplantada” opulencia parisina (Blest Gana) a la vergonzante “crisis moral de la República” (Mac Iver), el pueblo mutualizado potenciaba su moralidad cívica, su democracia de base, su inteligencia administrativa. Por eso hacia 1900 las sociedades mutuales comenzaron a unirse y dar vida a las “combinaciones mancomunales”. Conscientes de su sapiencia cívica, se dispusieron a controlar los municipios y establecer el “socialismo comunal”. Era muy simple: tras 80 años de exitoso autogobierno se sentían capaces de *gobernar*. Recabarren, el gran educador del pueblo mutualizado, señalaba el camino.

Oliendo peligro, el coloso portaliano rugió: “¡a palomear rotos!”. Y al comienzo del siglo xx desencadenaron cuatro matanzas, una tras otra. Después de la última (1907) el pueblo mancomunado pareció desconcertarse. Pero la ‘cultura soberana’ que a lo largo de casi 100 años ese pueblo había desarrollado *no* era masacrable: *siguió fluyendo en la misma dirección*. Y a su alero se fueron sumando otros actores: los estudiantes (FECH), los profesores (AGP), los trabajadores organizados (FOCH), los industriales (SFF), los ediles (AMCH), las clases medias (FCM), los conventilleros, los ciudadanos probos (Ligas Cívicas), etc. Incluso los oficiales jóvenes del Ejército (Club Militar). Todos intuían que el Estado portaliano estaba moribundo, que era preciso enterrarlo y construir otro. Un Estado capaz de desarrollar la producción, industrializar el país, eliminar la corrupción, resolver la ‘cuestión social’, etc. Por eso, en 1918, la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional (AOAN) convocó a un “comicio” multisocial, para discutir y acordar un paquete de leyes económicas que resolviera la crisis. Había llegado el tiempo en que el pueblo *co-legislara*, basado en la experiencia adquirida en 80 años de economía social y mutual. Centenares de organizaciones se movilizaron en todas las ciudades del país, y se entregó al Presidente de la República el memorial que contenía las leyes propuestas. Era un ultimátum: el presidente debía hacerlas aprobar por el Congreso, bajo pena de desacato general al Estado...

Temeroso, el ministro Ladislao Errázuriz inventó una guerra con Perú, decretó Ley Marcial y procesó a los dirigentes del movimiento. Hubo apaleos, torturas y centenares de prisioneros. En la cárcel murió, enloquecido, el poeta Domingo Gómez Rojas, estudiante de Derecho. En ese contexto la elección presidencial de 1920

tomó un cariz acuciante. Y ocupó la escena el discurso endotímico del “caudillo” Alessandri. Pero en dos años demostró que era sólo demagogia. Hastiada de él, la oficialidad joven del Ejército –que compartía la opinión ciudadana– derrocó a Alessandri y lo envió al exilio. Y lo mismo hizo después con el general Altamirano, que traicionó el movimiento. Y eso era insólito: por primera vez, desde 1830, las bacterias armadas de la coraza exterior combatían *contra* el cuerpo enfermo del Estado. Se trataba, sin lugar a dudas, de una coyuntura ‘prerevolucionaria’<sup>28</sup>. En vista de ello los trabajadores, los estudiantes y los profesores retomaron la ofensiva, ya no para legislar sino *para dar al país una nueva Constitución*. Es decir: para ejercer en pleno su poder soberano. Y convocaron, en marzo de 1925, a una Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales, la que se inauguró en el Teatro Municipal. Ese día el trabajador que abrió la sesión, con gran solemnidad, dijo:

“Esta reunión es, sin duda alguna, la más importante de cuantas se han celebrado en Chile desde el nacimiento de la República, por cuanto ella congregará la representación genuina de los elementos de trabajo convocados por sí mismos para deliberar sobre las bases que han de darse a la sociedad en que viven, sin la intervención de elementos ajenos... como han sido hasta hoy los Congresos formados por diputados y senadores, cuyos cargos representativos han sido el fruto del cohecho o de la violencia de la autoridad puesta a su servicio”<sup>29</sup>.

La Asamblea deliberó durante casi una semana y acordó una serie de “principios constituyentes” que, en lo esencial, establecían un Estado centrado en el fomento de la producción, un Congreso funcional formado por delegados de las clases productoras, un sistema educacional administrado por la Comunidad y no por el Estado (o sea no por la oligarquía), un ejército de ciudadanos (se abolía el Ejército Permanente), etc. De este modo, antes que Alessandri volviera del exilio, el pueblo ciudadano ya había manifestado su voluntad constituyente.

La Junta Militar acordó traer a Alessandri del exilio para que, como Presidente Constitucional (le restaban algunos meses) realizara una tarea o mandato específico: organizar la Asamblea Nacional Constituyente exigida por la ciudadanía. Alessandri aceptó, a condición de que la Junta Militar se disolviera. Ésta, confiada, se disolvió. El Presidente comenzó citando a una Asamblea de Notables, para sentirse respaldado. Luego designó dos comisiones *ad hoc*: una para organizar la Asamblea, otra para proponer los temas centrales a tratar. La primera, de hecho,

<sup>28</sup> Véase SALAZAR G, *Del poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile, siglos xx y xxi*, LOM Ediciones, Santiago, 2009, pp. 25-152.

<sup>29</sup> *Justicia*, Santiago, 7 de marzo de 1925, p. 6.

nunca funcionó. La segunda, presidida por él mismo, comenzó pronto a *redactar el texto constitucional*. Los delegados que protestaron por eso (entre ellos los delegados sociales, que eran minoría) tuvieron que retirarse. La Comisión quedó reducida a 8 o 9 personas adictas al Presidente, quien fue imponiendo su criterio (de hecho, había redactado un borrador de Constitución en su viaje de retorno) sesión a sesión. Al final, la Comisión se concentró en *reformular cosméticamente la Constitución de 1833*. Cuando el nuevo texto estuvo listo, Alessandri convocó a una multitudinaria Asamblea de Notables. Allí presentó el texto. Pero cuando un general del Ejército preguntó por qué no se había convocado a la Asamblea Constituyente, el Presidente se indignó, cerró la sesión a gritos y salió del salón dando un portazo. Conmovidos, los notables (sus amigos) corrieron en su busca, y cuando volvió, aprobaron el texto por aclamación, llenándolo de homenajes<sup>30</sup>. Luego se llamó a plebiscito, por el cual la Constitución de 1925 fue aprobada con un 57% de abstención ciudadana. De ese modo el “caudillo de la chusma” traicionó la voluntad ciudadana y el acuerdo con los militares y le dio una *nueva vida al coloso cadavérico que debía morir*. Así, la Constitución de 1925 fue exactamente lo contrario de los “principios constituyentes” aprobados libremente en la Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales: estableció un estado ‘político’ (no productivista), unitario (no descentralizado), presidencialista (no participativo), docente (no comunitarista), etc., y además protegido por las mismas bacterias armadas de siempre. Concluyendo: fue una copia feliz del Estado de 1833. Portales fue izado de nuevo hasta el cielo de la patria.

La teatral felonía de Arturo Alessandri Palma obligó al proceso revolucionario (iniciado hacia 1900 con las “combinaciones mancomunales”) a girar en círculo, para terminar estacionado en su mismo punto de partida. Los que creyeron en el “caudillo”, mareados por el remolino que provocó, siguieron creyendo en él aun después de 1932. Y en el centro exacto del remolino (¡Plaza de la Ciudadanía!) levantaron su estatua.

### La dictadura del caudillo militar

La operación tramposa de Alessandri no embrujó a la oficialidad joven del Ejército. El nuevo Estado, por ser copia fiel del de 1833 (además de liberal), no podía resolver ni el problema del desarrollo económico ni el problema del desarrollo social. Cualquier ciudadano consciente se daba cuenta de eso. Y Carlos Ibáñez del

<sup>30</sup> MINISTERIO DEL INTERIOR (ed.), *Actas oficiales de la Subcomisión encargada del estudio del proyecto de nueva Constitución Política*, Imp. Universitaria, Santiago, 1925, pp. 437-462.

Campo, que había apoyado los ‘pronunciamientos’ militares de 1924 y 1925, lo comprendió también. Pero no podía hacer nada al respecto si él mismo no ascendía en la jerarquía militar, si no conseguía el apoyo del Ejército y si no satisfacía las demandas ciudadanas. Más aún: no podía provocar un *tercer* pronunciamiento militar y reiniciar desde cero todo el proceso constituyente, pues podía pasar cualquier cosa. Su única vía posible era ser general, alcanzar el poder político y promulgar decretos-leyes que resolvieran los problemas de arrastre, *sin cambiar* la Constitución de 1925. Y lo consiguió: gobernó dictatorialmente por decreto simple y tomó medidas de tinte populista: estableció instituciones de crédito para la industria, la minería y la agricultura; echó a andar el Banco Central y la Contraloría; nacionalizó la producción y comercialización del salitre; impuso el Código del Trabajo; organizó la Oficina Central de Municipalidades, que financió con empréstitos norteamericanos, etc. Pero, al mismo tiempo, no sólo persiguió y deportó a los agitadores políticos de la vieja oligarquía —estableció una policía secreta—, sino también a los dirigentes de los movimientos populares, incluso a los profesores, con los cuales negoció en un primer momento. Pero *no* reformó la Constitución. Y, lo más grave, *no* dialogó *ni* integró participativamente a los actores sociales. Era un populismo absolutamente centralista. O sea: caudillista. Endogenista. Olía mal.

Por eso, así como Alessandri había expulsado ignominiosamente a los delegados de los trabajadores, estudiantes y profesores en 1925 (cuando le presentaron un gran proyecto de reforma educacional) conminándolos a trabajar y hacer uso del “derecho a petición”, Ibáñez expulsó también a los actores sociales y los condenó al “peticionismo” frente al Estado. Cuando, después de 1932 (Ibáñez fue depuesto en 1931), Alessandri repuso en su integridad la Constitución de 1925, los empresarios, puesto que no quería reformarla y dado que aquella no tenía posibilidad alguna de fomentar el desarrollo de la producción, le recomendaron crear un Consejo Económico Social formado por representantes de las clases productoras para que se hiciera cargo de las políticas económicas del país. Alessandri, iracundo, también los expulsó, mandándolos a practicar el “derecho a petición”. Los empresarios insistieron. El Presidente, representante político de la derecha liberal, se negó a incorporar al Estado a los representantes de la derecha económica. Y los envió de nuevo a la calle, a “peticionarle al Estado”, como cualquier otro ciudadano-masa<sup>31</sup>. Frustrados, los empresarios crearon entonces, en 1934, la Confederación de la Producción y el Comercio para presionar *desde fuera* al Estado...

La traición de Carlos Ibáñez del Campo al pueblo-ciudadano fue, en apariencia, distinta, pues no siendo una traición de sello oligárquico o liberal, como la de Alessandri, fue igualmente antidemocrática. Por eso, entre ambos, pese a ser enemigos personales, redujeron la soberanía ciudadana a la condición de *peticionismo callejero*.

## El legado de los caudillos

Cuando, en la coyuntura prerrevolucionaria del periodo 1919-1938, los actores sociales tomaron la iniciativa para enterrar el cadáver del coloso estatal portaliano y levantar un Estado legítimo y eficiente, se encontraron con que delante de ellos aparecieron, en sucesión, dos “caudillos” populistas: uno civil y otro militar. Aparentemente, odiándose entre sí. El primero, engañando a los militares y al pueblo-ciudadano, *personalizó* en sí mismo el poder constituyente. El segundo, engañando a todos y a sí mismo, *dictatorializó* las demandas ciudadanas. Por eso, ambos despojaron a la ciudadanía de sus poderes soberanos, para encarcelarlos en un texto constitucional espurio (que mantenía con vida el cadáver de 1833) y en un populismo centralista que operaba por los resquicios constitucionales de una Constitución estéril e improductiva. Ambas traiciones, conjugadas, produjeron un resultado convergente y reforzado: cercenaron la soberanía ciudadana, le inyectaron el veneno cívico del peticionismo crónico, y modelaron, con arcilla caudillesca, una “masa social” sin voluntad política ni propuesta propia, condenada a la rabia y la protesta. A pedir y recibir.

La Reina, diciembre 22 de 2009

<sup>31</sup> SALAZAR G, *óp.cit.*, pp. 93-120.

### La necesidad de un Estado Nacional-Desarrollista

Es preciso tener presente que durante los siglos XIX y XX la gran tarea histórica que estaban forzados a completar los países que no tenían el nivel de desarrollo económico y social de las potencias 'liberales' (Inglaterra, Francia y Estados Unidos) consistía, sobre todo, en: a) promover una 'revolución' industrial tardía (*take off*); b) integrar todos los sectores sociales en un mismo proyecto nacional de desarrollo; c) consolidar una cultura científica generadora de una innovación tecnológica sostenida; y d) construir un Estado nacional *diseñado específicamente* para llevar a cabo con éxito esa gran tarea.

Las potencias liberales nombradas realizaron con éxito esa tarea entre 1750 y 1850, por acción principal de los privados (revolución burguesa). Pero el industrialismo que generaron contenía una fuerza expansiva que lo convirtió en un agresivo imperialismo mercantil (ahora para vender productos industriales), el mismo que, a nombre de la 'doctrina liberal', exigió al resto del mundo la apertura de puertas, la abolición del proteccionismo aduanero y la firma de 'igualitarios' tratados de libre-comercio. Como la revolución burguesa fue obra de la iniciativa privada, las potencias industriales se organizaron como democracias 'liberales' hacia adentro y como colonizantes campeones del librecambismo hacia afuera. Pero los países que no completaron la tarea en igual periodo (caso de las "colonias" formadas entre 1492 y 1850 y de los países dominados por feudalismos arcaicos), tuvieron que acometerlas *después* de 1850; es decir: cuando las potencias 'liberales' se habían adueñado del mercado mundial. Por eso, cuando quisieron industrializarse, estaban sofocados por el imperialismo liberal. Y éste no era un obstáculo menor. Para superarlo, el camino más eficiente resultó ser la construcción de un Estado 'nacional-desarrollista', esto es, capacitado para unir *toda* la nación tras un mismo proyecto *político* de desarrollo. Esto implicaba no depender de la iniciativa privada sino de la voluntad política de un Estado nacional proteccionista e intervencionista, capaz de sobreponerse al Mercado. Fue lo que hicieron, con éxito, la Alemania de Bismarck, el Japón de la dinastía Meiji, la Italia de Mussolini y, más tarde, Unión Soviética, China, Israel, India, etc. De hecho, los únicos procesos exitosos de industrialización posteriores a las revoluciones 'liberales' tuvieron como agente promotor un Estado Empresario respaldado por un fuerte nacionalismo.

<sup>32</sup> En *La Nación Domingo*, 3 de enero de 2010.

Como es obvio, las potencias liberales vieron en ese Estado una amenaza y, presuntamente, se dispusieron a eliminarlo *militarmente*. Estallaron, por eso, dos guerras mundiales. El triunfo sangriento de las potencias liberales en ambas guerras agravó al extremo el problema de los países "atrasados", pues no sólo se venció al nacional-socialismo (o nacional-desarrollismo), sino que se le criminalizó y, desde entonces, el liberalismo monopolizó el concepto de democracia<sup>33</sup>.

En Chile el Estado de 1833 abrió sus puertas al capitalismo industrial inglés, francés y norteamericano. Entre 1832 y 1876 firmó tratados de libre comercio con todas las grandes potencias. El país fue invadido por más de 100 compañías comerciales extranjeras. El circulante monetario (pesos metálicos de oro y plata) se vació al exterior, en una hemorragia que duró 100 años. Los intentos de industrialización de los artesanos criollos, primero, y después de los "mecánicos" extranjeros, fueron corroídos por una liberalizada importación de productos industriales nórdicos. La clase trabajadora, reducida a contratos precaristas y salarios virtuales (fichas), devino en una pauperizada masa marginal (80% de la población). Y el sector industrial que, pese a todo, lograron crear los extranjeros (en 1909 ocho fundiciones producían locomotoras y todo el material requerido por los ferrocarriles chilenos), no recibió apoyo del Estado (coludido con las casas extranjeras), razón por la que languideció poco a poco, hasta la muerte de su rama más estratégica: las "fundiciones"<sup>34</sup>. Es que el Estado mercantil de 1833 seguía siendo mercantil en 1910, al precio de no tener ya una efectiva identidad nacionalista. Y fue en vano que los industriales pidieran protección y apoyo.

En ese punto, *todos* los actores sociales de alguna importancia comprendieron que debían construir un Estado que *no* fuera 'liberal'. O sea: uno diseñado expresamente para desarrollar la producción e integrar la nación tras un mismo proceso de desarrollo. Por tanto, propusieron: a) constituir un Congreso Nacional formado exclusivamente por representantes de las "clases productoras" (eliminando la 'clase política' profesional); y b) abolir el Ejército Permanente, ya que éste, en lugar de unir a los chilenos, masacraba una y otra vez a la mayoría popular, asumiéndola de hecho como "enemigo interno". No unía sino, más bien, *dividía*. Era un estorbo.

Por eso las traiciones eslabonadas de los "caudillos" Alessandri e Ibáñez abortaron el intento civilista de construir un genuino Estado 'nacional-desarrollista', re-imponiendo a cambio una versión retocada del fracasado Estado de 1833, lo cual justificaron diciendo que con ese Estado se resolvía el dilema constitucional (de fichaje puramente oligárquico) entre el régimen 'presidencialista' y el 'parlamentarista'.

<sup>33</sup> Véase HOBBSAWM E, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1995, *passim*.

<sup>34</sup> SALAZAR G, *Mercaderes, empresarios y capitalistas. Chile, siglo XX*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2009, Capítulos V y VI.

Y le impusieron a Chile un Estado 'liberal' que fue la antípoda del que la ciudadanía propuso y del que objetivamente se necesitaba. Creyeron solucionar el 'atraso' con la misma medicina que, por 100 años, lo habían estado precisamente produciendo y profundizando. No era, por tanto, una solución sino una trampa.

### Breve historia de la trampa estatal

El imperativo histórico de industrializar el país e integrar la sociedad en un mismo proyecto de modernización permaneció suspendido, como espada de Damocles, sobre el Estado de 1925. Como promesa incumplida. O crimen sin castigo. Todos los actores sociales burlados en su soberanía, expulsados del Estado y enviados a la calle a ejercer el 'constitucional' derecho a petición, sintieron que aquel imperativo era para ellos cuestión de vida o muerte, de desarrollo o miseria, de humillación o dignidad. Por eso continuaron exigiéndolo, pero sin esgrimir ya el estratégico poder constituyente (como entre 1919 y 1925), sino el mendicante "derecho a petición". Ya no como ciudadanía soberana sino como plebeyizada *masa* electoral, protestataria y peticionista. Ya no en función de roles participativos sino en roles "agitativos" (que eran más afines con la violencia callejera que con la deliberación soberana)<sup>35</sup>.

Los políticos comprendieron que si querían seguir jugando a la representatividad y a la democracia 'electoral' debían tomar en serio el peticionismo callejero y recoger sus demandas para filtrarlas, una a una, en el apretado tamiz del Estado 'liberal'. Lo que implicaba sortear el tenaz obstruccionismo interpuesto por la vieja oligarquía desde el Senado. Y como en el Congreso Nacional se encontraron arando en el mar, se agarraron del Gobierno, dotándolo de astutos "resquicios legales" para, desde allí, en oblicuo, hacer lo que no podían hacer parlamentariamente. Es que el Congreso, que en 1925 fue modelado en términos prístinamente políticos (no productivistas) y liberales (no nacionalistas), se enfrascó en la guerrilla política 'profesional' entre la Derecha, el Centro y la Izquierda, la que, para los efectos de avance del proyecto-país era, lisa y llanamente, pérdida de tiempo<sup>36</sup>. Y si cada proyecto de ley encendía esa guerrilla en el Congreso, cada petición y cada elección la encendían también, magnificada, en las calles. ¿Era eso lucha de clases? ¿O competitividad inherente al Estado liberal? ¿O reflejo social de la inflación galopante? Para obviar ese desgaste inútil, los gobiernos de centro-izquierda posteriores a 1938 *centralizaron* las tareas desarrollistas en agencias dependientes del

<sup>35</sup> SALAZAR G, *Violencia política popular en las grandes alamedas. Santiago, 1947-87*, Editorial Sur, Santiago, 1990.

<sup>36</sup> MOULIAN T, *La forja de ilusiones: el sistema de partidos, 1932-1973*, FLACSO, Santiago, 1993.

Ejecutivo, operantes por decreto-ley más que por ley congresal (siguiendo el modelo implantado por Ibáñez en su dictadura y por la República Socialista en sus 100 días). Así se crearon la CORFO, el Banco del Estado, la Corporación de la Vivienda, la Corporación de la Reforma Agraria, el Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario, la Oficina de Planificación Nacional, la Oficina de Promoción Popular, etc. De este modo, dado que el Estado de 1925 no era en sí desarrollista, le injertaron, en torno al Ejecutivo, 'prótesis desarrollistas'. Ventanucos y troneras para gobernar de adentro hacia fuera y de arriba hacia abajo. Así, el populismo neoibañista se volvió tecnocrático y planificador. Y los políticos devinieron en 'empresarios de Estado', y también, por supuesto, en infalibles 'vanguardias' de masas.

Desde esos ventanucos se 'industrializó' al país. Pero el llamado Estado-Empresario no era ni verdadero Estado (eran sólo prótesis estatales) ni verdadero Empresario (los empresarios estaban en la calle, haciendo uso de su derecho a oposición, conspiración y petición). Peor aún: la industrialización resultante (llamada ingenuamente "sustitutiva de importaciones") se concentró en la producción de bienes de consumo, no en la de bienes de capital (maquinaria, herramientas, tecnología, etc., sector extinguido entre 1909 y 1930), razón por la cual, mientras más se multiplicaban las fábricas de bienes de consumo más aumentaba la necesidad de importar del extranjero maquinaria y herramientas. Por tanto, el desarrollo industrial comenzó a depender estratégicamente de la capacidad importadora del país y de la oferta extranjera de bienes de capital. Se desató entonces el hambre de divisas (dólares), pues Chile había vendido su cobre a bajo precio durante la guerra como ayuda a las potencias liberales aliadas, y también la frustración y la rabia porque Estados Unidos se negó a vender maquinaria nueva y conceder préstamos libres para comprarla. Bloqueado en esos frentes, el desarrollo industrial comenzó a tropezar en ciclos cortos de expansión y depresión, mientras era azotado por una inflación galopante que llegó al 40, 50 y hasta 70% anual. Así que no hubo *take off* (despegue industrial) sino estancamiento, inflación y crisis crónica. Fue cuando la juventud, por los años '60, sintió que el deforme Estado Empresarial que había crecido como hongo sobre el impotente Estado liberal de 1925 ya no servía.

Pero eso no fue todo: el populismo neoibañista, al tecnocratizarse en torno a prótesis centralizadas, acentuó la condición mendicante y peticionista de las masas callejeras. El Estado se agigantaba a través de sus ventanucos, exigiendo respeto, credibilidad, apoyo y sacrificios. La soberanía popular, sumida en su 'condición de calle', convertida en masa militante, disciplinada y obediente, esperaba. Aguardaba. Creyendo... Tanto más si el célebre Código del Trabajo (liberal) decretado por Ibáñez en 1931 –disparando contra las sociedades mutuales– mandó, taxativamente,

que los sindicatos debían constituirse de modo funcional, gremial, exclusivamente abocados a negociar los conflictos laborales en cada centro productivo, con la prohibición expresa de *hacer política*. Así de una parte se recluyó a la clase trabajadora en la ‘lucha económica de clases’ dentro de la fábrica y, de otra, en el clientelismo político fuera de ella, *dividiendo en dos* al sujeto popular y privilegiando a la vez, para todo efecto político neto, el trajín estatista de los partidos. De este modo, al no producirse un efectivo *take off* industrial, el peticionismo económico (huelgas) y el clientelismo político (agitación callejera) entraron en erupción sostenida. Y fue apareciendo en las calles un enorme monstruo peticionista (1957), rugiéndole a un Estado (empresario y social-benefactor) que, en su impotencia, no halló nada mejor que hincharse como un monstruo tecnocráticamente superobeso e históricamente “eunuco”. La ilegitimidad notoria de su nacimiento era, a fines de los años ‘60, una deformidad hipertrófica extendida sobre todo el país. Ante eso, la ciudadanía que, por la varita mágica de los caudillos, había sido convertida en un “flujo y reflujo de masas”, descubrió en sí misma, con ayuda de callamperos y pobladores, el imperativo del *poder popular*...

Fue dentro de esa trampa estatal donde Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende Gossens intentaron jugar sus respectivas cartas “revolucionarias”, con total respeto y honesta lealtad (o sea ‘liberalmente’) hacia el texto constitucional de 1925...

## Las víctimas

Los “caudillos”, mañosamente, con el apoyo mercenario de los generales Prieto y Bulnes (Diego Portales Palazuelos) y la credulidad ingenua de la oficialidad joven (Arturo Alessandri Palma), levantaron un Estado liberal ilegítimo, usurpando la voluntad ciudadana. Y dejaron como legado textos constitucionales espurios e inútiles para el desarrollo nacional. Con respecto a esos textos, los jueces de toga no han sido sino *criaturas de la ley*, no creadores de ella. Los policías y la burocracia estatal, lo mismo. Y también los políticos que administraron el Estado así constituido, puesto que *no* cuestionaron su ilegitimidad, ciegos por el orgullo de tener una mínima cuota de “representatividad electoral”. Por ello, los partidos –promotores de la ‘carrera política’– son también criaturas de Ley, pues nunca han cambiado por iniciativa propia las constituciones espurias ni en el siglo XIX ni en el XX ni, al parecer, en el XXI.

Esto prueba históricamente que sólo la ciudadanía, por detentar de modo inalienable el poder constituyente, escapa a la servil condición de ser ‘criatura de ley’. Pues está por encima, antes y después de la ley. Tiene paternidad legítima sobre ella. Pero esto no lo aceptan ni reconocen la clase política civil que administra el Estado ‘tal como lo encuentra’, ni la clase política militar, que lo impone por la fuerza y lo deja.

Por eso los políticos civiles tienden a tomar como legítimo lo ilegítimo, a confiar en lo inconfiable e incluso a tener ‘fe’ en que la legalidad vigente ‘da el ancho’ de sus utopías (que creen ser las del pueblo ciudadano). Algunos, en su ingenuidad, han creído incluso que la legalidad es capaz de atentar contra su identidad de nacimiento; esto es: hacer la *revolución* contra sí misma.

Uno de esos políticos fue, sin duda, Salvador Allende Gossens. Él fue formado por el ‘estado de derecho’ establecido por la Constitución (ilegítima) de 1925. Creyó que ese derecho *era* democrático. Que, por tanto, su liberalismo tenía la flexibilidad suficiente para ir contra sí mismo. Que podía, por ende, recoger en extensión, profundidad y longitud la voluntad soberana del pueblo. Que esa ley, por ser ley, estaba por encima de las fuerzas armadas, al punto que éstas no la tomarían jamás por asalto. Que el respeto al orden legal, creado a comienzos del siglo XIX por Diego Portales, seguía aún vigente a mediados del siglo XX. Que un ejemplo de ese respeto lo había dado el presidente José Manuel Balmaceda, que se suicidó defendiendo la legalidad. Que la Derecha política respetaría ese mismo orden, puesto que era el suyo. Que por tanto él, si se jugaba a fondo, en conciencia, hasta el final –desde los ventanucos y troneras de las ‘prótesis estatales’– por las necesidades largamente frustradas del pueblo, podría, por fin, satisfacerlas en toda justicia. Porque ése era y debía ser su destino político. Su deber revolucionario.

Y se jugó por entero, a patria o muerte. Y la trampa estatal lo atrapó, apretando todos sus tentáculos. Y el estado de derecho de 1925 ‘no dio el ancho’. Ni el alto. La derecha conspiró y asesinó al General en Jefe del Ejército. Convocó al poder extranjero. Violó la ley. Y no hubo desarrollo industrial sino una tasa récord de inflación. Y el pueblo en las calles, a gritos, pidió cerrar el Congreso Nacional y crear la Asamblea del Pueblo. Pero Allende siguió confiando, hasta el último día, en la sacralidad de la Ley. Entonces, en el clímax de su honestidad política, las bacterias armadas de la coraza estatal dispararon contra él. Y por eso, como Balmaceda –su arquetipo político–, se autoinmoló en el falso altar de la Ley. Fue la primera víctima heroica del monstruo estatal de 1925<sup>37</sup>.

El pueblo ciudadano, que aguardó en vano en sus poblaciones y cordones industriales, fue la víctima segunda. Y la mayor.

El pueblo merece justicia.

La Reina, diciembre 24 de 2009

<sup>37</sup> SALAZAR G, “Las coordenadas históricas de Salvador Allende”, en Fundación Salvador Allende (Ed.), *Salvador Allende, fragmentos de una historia*, Santiago, 2008, pp. 241-272.

## Concierto en el foro

En Chile, desde hace ya dos siglos, en el largo y angosto escenario estatal del espacio público, las estatuas declaman, a coro, cítara en mano, los himnos de su Ley. Bajo su pedestal mitológico, en formación espartana, las 'criaturas de la Ley' (jueces, policías, funcionarios), sincopadamente, llevan el ritmo, de pie. En el trasfondo, en sordina, los ruidos de sables vigilan el compás. El concierto, épico, rumboso, casi marcial, resuena armónicamente en el pasado y en el presente, aquende y allende las montañas. Excepto por uno que otro díscolo que, llevado por sueños de solista, se cambia de pentagrama; o por uno que otro trueno subterráneo, del bajo fondo social. Mientras, como ángeles de escultura gótica, los apóstoles de la ciencia graban los acordes (sólo acordes, no atonías) de todo lo cantado, para oídos de la posteridad. O del recién nacido. Y en los escalones intermedios, unidas bajo el armiño rojo del poder, las elites se reverencian mutuamente, con galanías de Estado, de Iglesia y de Mercado...

El concierto, de potente gobernabilidad acústica, resuena y domina el auditorium, ancho en latitud y longitud. Raptando todos los oídos. Silenciando las voces. Reprimiendo la atonía. Pues el flujo musical, como el ojo panóptico de Foucault, desde su altisonante batuta mágica, avasalla todos los escondrijos del auditor. Con inapelables cabalgatas centrífugas. La solemnidad wagneriana (o portaliana) del 'orden' concertante, circular y pomposa, ruge sobre sí misma. Pues, como el cielo de las walkirias, es redonda, de ida y vuelta. Tras 200 años de reflejo continuo, sólo queda su propio mármol, como Narciso.

Los Estados chilenos de 1833, 1925 y 1980 se han integrado en un mismo concierto monocorde. En un valle longitudinal de dominación acústica. Monopolizando el auditorium de la patria. Nutriéndose del largo silencio de los caídos. Y del foro vacío del ciudadano ausente. Y del hueco servil del auditor desprevenido.

Tras 200 años de narcisismo estatal ¿qué ha sido y qué es de la voz y del oído ciudadanos?

## Conversaciones lejanas

Cuando desde la meseta castellana el Rey de España blandió el cetro del Imperio y clavó en Santiago el báculo de su reino, los oídos coloniales sintieron eso desde

<sup>38</sup> En *La Nación Domingo*, 10 de enero de 2010.

lejos. Desde los villorrios, los pueblos, las aldeas, los lugares 'de provincia'. Allí donde la altísima voz del Rey –duplicando la de Dios–, atravesando el Atlántico, la cordillera, los valles, las estepas... llegaba en flecos tenues, desvaídos... Sin autoridad eficiente para acallar –o sojuzgar– la *conversación de los productores*: el canturreo crepuscular del campesino, el martilleo sincopado del herrero, el tintineo metálico del comerciante, la tonadilla melancólica del arriero, el polvorazo alentador del minero, el vozarrón patronal del estanciero, la algazara de los niños en la calle, el platicar de lavanderas en la plaza, el avemaría bucólico del cosechero...

En las fronteras provincianas del Imperio la conversación de los productores se oyó, en todo el valle, sólo a sí misma. Repasando, en silencio para cada una, todas sus leyendas. En un compartido anochecer de sombra y vela, de mate y vihuela. Hasta comprender que eran ellos, todos, los dueños de la tierra. El patriarca y la matriarca de sus ranchos, sus estancias, piques, niños, ganados, yuntas, acequias y sus siembras. Estando juntos, la tierra respondía fértil, generosa. Conversando entre ellos, dialogaban con los cerros, con el agua, con la vida y el futuro. Eran señores en su comuna.

Fue ese concierto social el que, un día, se volvió Cabildo Abierto. Producción, participación, soberanía. Fue allí donde se cantó por primera vez, con polifónica voz comunitaria, el primer canon 'sociocrático' del Estado. Donde se intuyó, cara a cara, la concepción federativa y descentralizada de la soberanía productiva de 'los pueblos'.

Y esa soberanía cabildante es la que fue descuartizada en 1829 por el ejército mercenario de Santiago, en la batalla de Lircay. Fue esa conversación ciudadana la que el Estado de 1833 acalló por dos siglos, recolectando a balazos la audiencia nacional requerida por el aria solista de la capital. Por la voz políglota de los mercaderes. Por el *do* sostenido mayor del autoritarismo central. De modo que el largo silencio comunal impuesto por el 'orden nacional' fue más imperialista e invasivo que el que pudo construir el 'orden colonial' de los productores...

## La fiesta en el margen

Si en el siglo XIX la hegemonía mercantil fue, por arriba, un centralista, parisino y voraz esqueleto clavado como sanguijuela en las riquezas del país, por abajo, en los intersticios, márgenes y baldíos proliferaron, como hordas plebeyas, montoneras de mestizos sin derechos, bandadas de niños huachos sin amparo, peones jóvenes sin tierra ni contrato, mujeres sin pacto matrimonial, baldados sin valía, desertores sin patria ni destino... sumando 60% de la población. Eran mayoría. Pero sobran. Constituían un ancho y espeso "desecho social".

Las sobras viven, e incluso se ríen, en el estiércol. Los marginales se equilibran sobre el abismo. Huyen por el filo de la navaja. Entre la vida y la muerte. Entre ser y no ser. Entre la humanidad y la deshumanización. Por eso, en el largo siglo XIX, los jueces dictaminaron: “no tienen Dios ni Ley”. Y como no tenían nada de eso, las elites estimaron que era elegante no respetarlos. Por tanto, se les podía azotar, hombre o mujer, en el rollo de la plaza pública; o colgar de las vigas, en la hacienda, por el capataz. O en la mazmorra de la Inquisición. O en las calaminas del salitre. Se les podía forzar, como presidiarios de jaula, a trabajar. O ir a la guerra encadenados del cuello, pues eran vagabundos, carne de cañón. ¿Para qué pagarles dinero metálico si eran bárbaros? Y si eran mujeres sin familia ni matrimonio ¿por qué no violarlas sin culpa y preñarles huachos sin padre? ¿Y por qué no deportarlas a “casas de honor” para redimirlas, trabajando “a mérito”, sin salario? Y si eran “niñitos y niñitas” capturados por el Ejército en Arauco ¿por qué no venderlos o regalarlos a los amigos, como semillitas de servidumbre?... Pues no eran ciudadanos ni vecinos ni civilizados ni compatriotas ni nada: eran “humanoides”. Mercancía. Andrajos. Blanco de fusil.

Por eso, ellos, los “rotos”, se fueron a los cerros, al desierto, a las pampas, a California, a Perú, a Australia, a la Patagonia. Buscando. Patiperreando. Emborrachados por los “derroteros” giratorios de la fortuna. Perseguidos por los jueces, los patronos, el Ejército. Pero fue inútil su diáspora permanente: tuvieron que regresar, cabizbajos, humillados, condolidos... Entretanto ellas, las “abandonadas”, se habían arranchado en los suburbios, llevando en sus pretinas bandadas de chiquillos. Amasando. Cocinando gredas. Destilando sidras, chacolíes. Tejiendo ponchos. Vendiendo hospitalidad, cazuela, canto, baile, sexo. Hasta incendiar los suburbios con sus fondas y “chinganas”. Y fue en éstas donde ellos, poco a poco, bajando de sus horizontes perdidos, se fueron encontrando, los unos a las otras, las otras a los unos. Buscándose; como si recién se conocieran. Ellos, los “rotos”, cansados de soledad, de rabia, de cerros lejanos, de maltratos y silencio. Ellas, las “abandonadas”, repletas de vida, de huachos, canto, comida, calor humano, baile, y de zamba y de canuta.

Y allí todos *conversaron*. Juntando las infinitas memorias del silencio. Intercambiando leyendas lejanas y cercanas, amores frustrados y odios eternos, hazañas y mentiras. Al calor del fogón, del aguardiente y la cazuela. Fundiéndose en un solo cuerpo, en una gran familia extendida de cordillera a mar, de desierto a ventisquero. Y fue allí donde los niños huachos descubrieron que no tenían padre pero sí ‘pueblo’. Una clase popular completa para sí. Una cultura marginal caliente, salida del horno, pan identitario para cada día. Un carnaval sin término ni comienzo. La eterna fiesta de la vida difícil.

Hasta que, en el centro del baldío, se sintieron libres y altaneros. Llenos de sí mismos. Hasta desafiar al ‘sistema’, poro por poro. Acechándolo día a día. Un insulto por aquí, un asalto por allá, una montonera en plena plaza, una amenaza delictual para cada domicilio, un siglo de bandolerismo y más. Lava subterránea que la policía portaliana jamás pudo controlar.

Era la ciudadanía del margen. La soberanía revolcándose en desechos. El temible Arauco mestizo. El socialismo en útero materno.

Temeroso hasta el bolsillo, el Estado de 1833 recurrió entonces a su exorcismo favorito: el Ejército en formación de batalla. Y a la Virgen María ‘cuadrada’ como ángel de la guarda. Y disparó sobre los rotos cuantas veces lo exigió la salud de la Patria. Hasta exterminar el escándalo moral de las chinganas. Hasta excomulgar inquisitorialmente el pecaminoso carnaval popular. Y el festival de la chueca. Y la epifanía de las challas. Imponiendo por doquier, a balazos, la obediencia a la ley (ilegítima), la virginidad mariana (a las mujeres violadas), las letanías a Dios (a los que clamaban soberanía), el terror a la ametralladora (a los que vivían de sus manos).

O sea: hasta que el bajo pueblo ciudadano olvidó celebrar la fiesta de la vida, el carnaval de su identidad, la conversación de su soberanía...

### Desde el fondo de las masas...

El margen contiene dentro de sí más humanidad de la que se cree. Tanto más porque allí la humanidad está comprimida, aplastada contra sí misma. Allí, los hombres y las mujeres están obligados a estar juntos todo el día, apretados unos contra otros. Olfateando su piel, cuchicheándose al oído, tomándose las manos. Abrazándose. No hay mayor sensación de humanidad que cuando, en el límite de la nada (en el fondo del hambre o la tortura), los hombres y las mujeres se unen bajo una misma fatalidad. Y de esa humanidad lateralizada, comprimida, puede brotar todo. Cualquier cosa. Cualquiera solidaridad, arte o cultura. Cualquier proyecto profundo de re-humanización...

Esa humanidad profunda, apretada contra sí misma, es el “topo de la historia” (Karl Marx). La chispa que no muere. La luz que no se extingue. Y hay que estar allí, en el margen, en el fondo del abismo, para sentir en las venas el *big-bang* que ella contiene. Por eso, los vencidos nunca son vencidos completamente. Los muertos no se extinguen (en la memoria). El cirio de la vida, bajo el vendaval de la injusticia y el olvido, se vuelve hoguera. Magma que excava nueva historia. Esto —que no lo saben ni lo creen los vencedores— es, sin embargo, el maná de la derrota, que desde lo profundo, oculto a los ojos del sistema, alimenta a los vencidos...

Y fue ese maná el que nutrió también, sin que nadie supiera cómo, a las ‘masas’ que fluían y refluían disciplinadamente bajo el mando del Estado ‘desarrollista’ (crecido hipertróficamente de las entrañas del Estado ‘liberal’ de 1925). O sea: a los que esperaban todo (¡todo!) de la digestión estatal; de los resquicios legales, del goteo populista y el cabildear de los caudillos. Pues en el fondo íntimo de las masas titilaba también la luz de la soberanía. Y por eso, un día otoñal de 1957, se aburrieron de la estitidez estatal y se “tomaron” el centro de la capital. Y relució, a plena luz del día, el cuchillo brillante de la “acción directa”. El zarpazo súbito de la soberanía marginal. Eran los discípulos de los cesantes del salitre que, albergados en la inmundicia, habían salido a la calle a “tomarse” los eriazos, a levantar callampas, cobachas y ranchos para vivir. Y robaron, de los tendidos, su propia luz. Y del río los caudales necesarios para su larga sed. Y los pobres crónicos que los miraban aprendieron de ellos. Y la ciudad se cubrió de costras y rancheríos. El ejemplo cundió después como reguero de pólvora: los estudiantes se “tomaron” las universidades; los campesinos, los fundos; los obreros, sus fábricas; los católicos, sus catedrales; la juventud militante, sus partidos. Y la “toma”, para funcionar, necesitaba decisión, audacia, organización, control, vigilancia, orden interno, orientación, producción de objetivos. O sea: soberanía... ¡Y funcionó!

La ‘conversación marginal’ estalló en todos los frentes. Sobre todo entre 1967 y 1973. A contrapelo del Estado, de los líderes, de la revolución ‘oficial’. Y aparecieron los cordones industriales, las juntas de vigilancia comercial, los comandos comunales, las asambleas del pueblo. Sin que nadie lo ordenara. Sin que ninguna ley lo promulgara. Sin conexión con los programas populistas. Era “poder popular” puro y simple. Punto. Una erupción soberana que atravesó el río revuelto de la revolución legal. Un primer puñetazo de revolución verdaderamente ciudadana.

Los caudillos se indignaron. Y alzaron en sus puños el breviario de la Ley. Las masas, inflamadas de aguardiente soberano siguieron su camino, impertérritas... Era mucho. Fue entonces cuando las armas de la patria, fieles a su rito ancestral, salieron del cuartel atropellando todos los records de represión y tortura, en una sucia “guerra a muerte” contra las raíces de la soberanía y la nacionalidad. Y por tercera vez en 150 años esas raíces fueron barridas como escoria hacia el margen de la sociedad y de la historia...

¿Lograron congelar, por fin, el magma interno de lo barrido?

## La marcha del topo

El golpe militar de 1973 arrancó de cuajo, brutalmente, el populismo que creció como callampa en la cresta del Estado liberal (ilegítimo) de 1925. A cambio, instaló en 1980 un Estado liberal (ilegítimo) que abjura del populismo y –dado que su máxima aspiración es globalizarse– también del nacionalismo. Sin embargo, trata a la ciudadanía lo mismo que su antecesor: como *masa electoral-peticionista*, esperando que ésta fluya y refluya disciplinadamente según mande el *rating* neoliberal de la gobernabilidad. El viejo populismo ofrecía a las masas desarrollo, ideología, tecnocracia e incluso revolución. El nuevo, abjurando del populismo y del nacionalismo, espera que ‘las masas’ lo sigan donde quiera que vaya, ofreciéndoles a cambio, sólo, simpatías televisivas, besitos electorales, bonos paliativos para cualquier apuro, discursos de estofa iletrada, currículo de especulador exitoso, estéticas de cartel callejero, autocomplacencias mediáticas, batucadas de ocasión. Y esto porque la única propuesta eficaz que permite el modelo actual para resolver los problemas nacionales son los flujos y reflujos automáticos del capital financiero mundial. Además, claro, los laureles ganados como socio del club privado de las 30 economías neoliberales más equilibradas del mundo (OECD); lo que equivale a repetir, un siglo después, el arribista “viaje de estudios” del patriciado chileno a la corte imperial de Napoleón III. Al París cosmopolitizado por el barón Von Haussman. Cuando se creía que el elitismo de las elites era la mejor panacea para el desarrollo nacional.

La oferta más eficaz, en todo caso, ha sido el crédito de consumo. La tarjeta *mall* (la mentirosa “ficha-salario” del siglo XXI). Endeudarse para no verse pobre en el espejo. Consumir para no mostrar la explotación oculta. Porque si antes se ofrecía como utopía a bajo precio una revolución completa, hoy se ofrece como utopía a elevadas tasas de interés una alienación sin término, sobre cuya neurosis –esto es: sobre la insidiosa ‘plusvalía de circulación’– se construye el imperio globalizado del capital financiero. Y lo que es peor: las mercantiles ventajas del sistema educativo.

¿Están las ‘nuevas masas’ alienadas sin remedio? ¿Es que el general Pinochet asesinó de verdad la soberanía popular?

Los hechos indican que las mujeres populares iniciaron una larga y localista *conversación* desde 1973. Que los jóvenes populares de hoy –que día a día invaden más y más los campus universitarios– están conversando (y cantando), entre ellos, lo pasado, lo presente y lo futuro. Que los escolares saben más que nunca de asambleas, de revocación de cargos, de purificar la representación democrática, del debate consciente, de la nueva perspectiva nacional. Que los marginales han

retejido sus redes, sus prácticas, sus tácticas de asalto. Que los profesionales de municipio saben más que nunca que las políticas sociales neoliberales rebotan en la base, sin remedio. Que la policía está siendo sobrepasada en el norte, en el centro y, sobre todo, en el sur del país. Que todo ciudadano sabe que las elecciones son una farsa, que lo único que tiene real sentido histórico y político es su capacidad y poder para construir por sí mismo –sin intrusión de políticos profesionales ni militares armados– el Estado que este país realmente necesita...

Porque es bueno que se sepa: el topo de la historia no muere ni es jamás vencido. Si no se ve en el espacio público es porque, debajo de éste, en el espacio local y cultural, excava su propio camino... Noche a noche. Al tranco del pueblo. Porque nunca ha sido verdadera 'masa' ni mero oleaje de mar, sino un extenso y abigarrado sujeto soberano. Porque si no hace política convencional es porque prefiere hacer historia...

La Reina, enero 3-4 de 2010

## ELECCIÓN PRESIDENCIAL EN EL BICENTENARIO<sup>1</sup>

La historia no se repite ni es circular, pero en aquellos países donde el Estado ha sido construido y reconstruido del mismo modo una y otra vez (caso de Chile), se producen situaciones que se repiten hasta el hastío. Una de ellas es, por ejemplo, la celebración periódica de elecciones presidenciales intrascendentes, en las que nada importante se juega en perspectiva histórica. Y eso ocurre cuando todos los candidatos están cortados por un mismo patrón conductual, bajo la bandera de una misma lógica 'política' de flaqueo convencional. Las elecciones presidenciales del periodo pelucón (1831-1871) y de la mayor parte del periodo dominado por la fusión liberal-conservadora (1871-1920, más o menos) fueron de ese tipo: la oligarquía aristocratoide ponía sus delfines matemáticamente, sin falta, en la Presidencia, para que el elegido hiciera en ella, matemáticamente, lo mismo que su antecesor. A menos que surgiera, por equivocación, un delfín demasiado liberal (como Domingo Santa María) o con demasiada ética cívica (como José Manuel Balmaceda), en cuyo caso la oligarquía en pleno, biblias y armas en la mano (respectivamente), atacaba a los 'intrusos'.

Convertidas esas prácticas, entre 1900 y 1920, en liturgia de poder, las elecciones presidenciales se volvieron soporíferas. Sólo la de 1920 fue distinta, no porque Arturo Alessandri Palma se hubiera atrevido a hablar de la "canalla dorada", sino porque los actores sociales, ya en el límite de su aburrimiento, pusieron contra la pared al conjunto de la oligarquía política. Alessandri ganó la elección, pero como *era* oligarca y *no* "líder de la chusma" (como dijo), traicionó groseramente a la ciudadanía y dejó todo igual que antes. Matemáticamente. Tanto, que sólo en 1964 y, sobre todo, en 1970, se jugó en las elecciones algo *un poco* más profundo: 'revoluciones' en el marco de la ley. Y sólo 'un poco' porque, durante ambos

<sup>1</sup> En *The Clinic*, 14 de enero de 2010.

gobiernos (el de Frei y el de Allende) la Constitución de 1925 permaneció *intacta*. Lo mismo podría decirse de la elección presidencial de 1990, que puso término a la dictadura militar pero que *no* alteró la Constitución (dictatorial) de 1980... Como puede colegirse, las elecciones presidenciales, en Chile, se han enrolado más en el continuismo funcional que en el cambio histórico real...

La elección presidencial del bicentenario (2010) clasifica, en grado conspicuo, en el rango de las soporíferas. Pues no hay nada en juego. Todo es continuismo. Un candidato, por ejemplo, habla del “cambio” como quien promete cambiar de dentrífico. Otro proclama que “vamos a vivir mejor” como quien se lustra los zapatos. Y la razón es que el modelo neoliberal chileno *es* extremista y yace sobre el mercado como una odalisca en estado de perfección. A la que no se le puede agregar ni quitar nada, pues su belleza es totalitaria. Sólo cabría tomar algunas medidas de cuarta categoría: dejar sin empleo, por ejemplo, a los funcionarios de Estado que están “a contrata” y militan en la Concertación; privatizar lo poco que queda sin privatizar; recortar otro poco los presupuestos sociales, educacionales o de Derechos Humanos, o en el extremo, mercantilizar los servicios religiosos (el Espíritu Santo no cobra, hasta hora, por sus dones y posesiones). O poner en la cúpula del Estado al más conspicuo de los especuladores del mercado nacional. Pero *no* se puede quitar ni reformar nada que tenga sesgo neoliberal: si se solidariza la Ley Educacional, por ejemplo, o se socializan las AFPs o las Isapres, o se re-nacionaliza el cobre, se corre el riesgo de deshuesar el edificio neoliberal completo. Serían cambios anonadantes. Suicidio en pleno mercado.

Lo que hoy realmente importa en Chile no son, por cierto, los *flatus vocis* que emiten los políticos de Gobierno o de Oposición (todos viven aquejados por una crisis de representatividad terminal), ni las leyes o decretos que pueda emitir ‘este’ Estado (todo lo que promulgue no mejorará un ápice su ilegitimidad de nacimiento), sino lo que ocurre en y con la gran masa ciudadana, que está notoriamente cansada, tras 200 años de monotonía elitaria. Desde 1993, tal vez (año del “desencanto”) la ciudadanía chilena está viviendo su propia *transición por abajo*, localmente, barrialmente, metida en sus redes sociales, culturales y delictuales. Atizando el tráfico clandestino y el mercado negro de su soberanía. Empujando un proceso lento de aprendizajes, de adquisición de capacidades autogestionarias, sociocráticas, de efectivo poder popular. Deslizándose por allí desapercibido, como el topo de la historia. Es evidente que necesita tiempo histórico hábil para completar su aprendizaje y su empoderamiento. No le sirve, por tanto, engolfarse en una guerrilla convencional con algún más legítimo creyente neoliberal que le pueda en suerte caer encima. Está embarcada en una caminata histórica lenta y sorda, pero

trascendente, de horizonte largo. No va a la esquina, por cierto. Y es, en muchos sentidos, un rumbo inédito. No puede distraerse en cuestiones baladíes.

Por eso necesita tiempo histórico abierto. Y que, en esta enésima elección rutinaria, gane el candidato que la distraiga menos. Sobre todo quien, por su tradición doctrinaria, *debiera* jugarse por una mayor apertura hacia ‘lo sociocrático’, apartándose de la línea obsecuentemente neoliberal que su bloque político ha seguido en los últimos 20 años. Tanto más, si ‘ese’ candidato no tiene, por sí mismo, la estatura de estadista necesaria para liderar la transición ciudadana y llevarla al triunfo final. Su proclamada tradición doctrinaria y sus déficits liderales permitirían a la ciudadanía, en caso de triunfar en la elección, presionarlo a fondo y así avanzar tramos sustanciales en su transición bajo tierra. Su derrota eventual y el triunfo del candidato opositor, en cambio, provocarían, una confrontación política prematura que la distraería de sus tareas de auto-educación y empoderamiento. Ya que el pueblo ciudadano no está aún preparado para exponer e imponer su propuesta reconstitutiva del Estado, del Mercado y de la Sociedad. A menos que acelere, apretando puños, su tranco y ritmo de caminar...

En esta elección, por tanto, no se trata de votar por este candidato o el otro, ni por este bloque o el otro, sino *por la ciudadanía*. Y ésta, sin duda, requiere aún de más tiempo histórico para avanzar dentro de sí misma. Sebastián Piñera, de ganar, abrirá un plazo histórico ‘prescriptivo’, de confrontación política creciente (se gastaría mucha energía y tiempo en neutralizarlo y anularlo). Eduardo Frei, en cambio, de ganar, será “más de lo mismo”, pero la energía y el tiempo gastable en ‘desviarlo’ del rumbo neoliberal puede ser menor y potencialmente más favorable para que la ciudadanía complete el plazo ‘adquisitivo’ en el que, con relativa lentitud, se mueve hoy.

La Reina, enero 11 de 2010

## ¿NEOLIBERALISMO RECARGADO?<sup>1</sup>

“En lo ajeno reina la desgracia” dice la sabiduría popular. La Concertación (nacida en el pasado de raíces social-cristianas, socialistas revolucionarias y demócrata-radicales) tomó prestado para sí, en 1990, el extremista modelo neoliberal que dejó como herencia la brutal dictadura del general Pinochet. Y durante 20 años lo administró con tal fe de carbonero, que todas las “clasificadoras de riesgo” (hetairas del capital financiero mundial) *rankearon* a Chile en el nivel superior AAA, hasta dejarlo instalado en el selecto club (*top thirty*, neoliberal también) de la OECB. Por tanto, desde la perspectiva del hegemónico capital financiero mundial, los cuatro gobiernos de la Concertación fueron, sin lugar a dudas, ‘satisfactoriamente’ neoliberales...

Vestirse con lo prestado es, como se sabe, un juego riesgoso. Creer, más encima, que lo prestado es la identidad histórica de uno mismo es lisa y llanamente alienación. Incluso esquizofrenia. Y dejar como legado, de una parte, un Museo de la Memoria (para recordar los crímenes de la dictadura), y de otra, el modelo chileno instalado en la Arcadia Neoliberal de la OECB es, en lógica pura, deambular por la historia sin rumbo fijo. O sea: girando en círculos. Centrifugando “díscolos” a derecha e izquierda. Levantando líderes de rostro petrificado (por lo repetido), simulando vida y renovación. Por añadidura, en 1998, un informe del PNUD declaró que los chilenos estaban siendo corroídos por un grave “malestar interior”. El mismo que ha corroído el alma histórica de la Concertación y la confianza de la ciudadanía progresista en ella... ¡No! No se puede hacer política con ropa prestada. Ni pretender ser social-cristiano o socialista cuando, de la mañana a la noche, y todos los días, se *es* neoliberal. Negándose a reconocer la mentira.

<sup>1</sup> En *Las Últimas Noticias*, 18 de enero de 2010.

Gracias a eso la coalición *genéticamente* neoliberal –la que apoyó al candidato hoy triunfante– disfrutó de una vacación política de cuatro lustros: su oponente gobernó impecablemente, *como si* fuera también genéticamente neoliberal. De modo que pudo desplegar una inédita oposición populista. Tanto, que por primera vez, desde 1932, una coalición de derecha llegó a la Presidencia con mayoría absoluta. Pese a que el 68% de los chilenos tiene hoy sólo un contrato laboral precarista; a que otro 68% obtiene un ingreso mensual inferior a \$ 180.000; a que el 60% de los niños que nacen son “huachos”; a que el 46% de los adultos padece de neurosis o depresión; a que el 66% no leyó ningún libro el año pasado; a que la tasa de delincuencia atemoriza a la mayoría; a que las forestales han logrado militarizar la Araucanía, etc. El gobierno genéticamente neoliberal que se inicia este año tendrá, pues, que lidiar con los males generados por el mismo neoliberalismo, sin salirse de las pautas de decencia legal exigidas por la OECDE, por los 68 tratados de libre comercio y por las inefables clasificadoras de riesgo. Si la Alianza triunfante se juega por mantener su ‘identidad neoliberal’, tendrá pues que enfrentar todos esos problemas *sin* poder suprimir las ‘causas neoliberales’ que los producen (lo que ya experimentó la Concertación). Por eso, como no podrá cambiar nada –sería suicida hacerlo– no hará nada nuevo. Será más de lo mismo...

Por tanto los ciudadanos ‘progresistas’ que, mareados por el remolino de la política actual, votaron neoliberalismo *recargado*, no verán resueltos sus problemas. Tal vez los verán complicarse, por redundancia simple y circularidad compuesta... Y ya no habrá más “museos de la memoria”: el neoliberalismo recargado funciona mejor con el olvido. Disimulándose tras los velos de Salomé. Lo cual, sin duda, será una invitación para que la ciudadanía valore más su memoria viva: aquella que la conecta hacia el pasado con la Dictadura y hacia el presente-futuro, con los estropicios que genera el Mercado...

En lo que hace a una memoria cívica *recargada*, es mejor que el nuevo gobierno sepa precaverse... Porque allí, agazapada, expectante, late la verdadera soberanía popular...

La Reina, enero 17 de 2010

## EL CONFLICTO CULTURAL DEL BICENTENARIO: MERCADO *VERSUS* FRENTE SOCIAL<sup>1</sup>

Actualmente Chile está viviendo una guerra irregular y prolongada entre dos bloques culturales: en un bando, el formado por el Mercado (que ataca desde lo global con bombas de racimo tipo créditos de consumo) aliado con la Ley General de Educación (que inyecta competitividad niño tras niño) y, en el otro, el *frente social* constituido por la Juventud Popular, que resiste domiciliada en las poblaciones (y en la Universidad), apertrechada hasta los dientes con un arsenal de culturas identitarias y también, de algún modo, con una no menos atrevida y novedosa cultura socio-delictual.

La ‘cultura de Mercado’, como se sabe, no tiene más espesor humanístico que la nerviosa adicción consumista por mercancías de rango simbólico (ropa, celulares, *lap-tops*, motos, autos, MP3, CDs, etc.), nutrida por el insidioso placer individualista de sacar mejores notas que el condiscípulo, el orgullo clasista de asistir a “colegios o universidades de excelencia” (acreditados por la revista *Qué Pasa* o *El Mercurio*), la soberbia de tener un cartón profesional con capacidad para vaciar el *red bank* de la especulación financiera o el jugoso retorno del *retail*, o el amodorramiento de almorzar en Borde-Río o viajar con el *jet set* LAN, TAM o Air France...

La ‘cultura del Margen’, por el contrario, tiene el grueso espesor humanístico de las identidades construidas a pulso y golpiza; la anchura de las solidaridades tejidas en precariedad y represión; la inteligencia que aprende a potenciarse colectivamente; el saludable orgullo de ser disidente y crítico; la rebelión que conlleva utopía, camaradería y futuro. Es decir, todo aquello que es más propio del ‘ser’ que del ‘tener’...

<sup>1</sup> En *El Periodista*, 22 de enero de 2010, pp. 8-9.

La 'cultura de Mercado', como fuerza de proyección histórica, no tiene otro magma interior que las burbujas crediticias infladas *ad infinitum* por los magos del *retail*; que son, como lo demostró la crisis que comenzó en 2008, frágiles, inestables y explosivas. La 'cultura del Margen', en cambio, se nutre de una fuente sinérgica circular: la que parte con la deshumanización que exuda la economía de Mercado, y sigue con la porfiada re-humanización con la que se defienden a empellones los jóvenes de todas partes. Por eso la trascendencia histórica del Mercado, pese a su mundialización, es inestable, volátil y, por lo mismo, pobre. La del Margen, por el contrario, pese a su aparente deprivación y a su rabia interior, es aluvional, densa, lenta, profunda e inminente...

¿Qué hará el gobierno del Presidente Piñera frente a este conflicto cultural?

Es evidente que no podrá perfeccionar la cultura de Mercado, porque ésta ya alcanzó (desde el 2008) su *peak* histórico (aunque el cobre sigue de fiesta). Con el agregado de que el sobreconsumo producido por el sobrecrédito (con tasas de interés superiores al 50% anual y neurosis proporcionales al endeudamiento) *no tiene culminación, ni ética ni utópica*. Y no la tiene por la sencilla razón de que el consumismo no se sustenta ni en valores sociales ni en procesos de solidarización cívica. Porque no es un *élan* humanizador del ser histórico sino un temblor nervioso de la estadística individual. Porque no conlleva socialidad sino competitividad. Ni fraterniza: jerarquiza. Selecciona, como en la selva. Por eso, si el gobierno de Sebastián Piñera se propone *intensificar* la cultura de Mercado, no hará sino intensificar la individuación, la competitividad, el malestar interior y la neurotización colectiva. Y con ello, vitaminizará el caldo de cultivo donde se nutre, ávida, la cultura del Margen...

La Concertación cometió el error estratégico de vestir ropa ajena. Y abandonó el social-cristianismo, el socialismo revolucionario y el democratismo radical, para vestir, jubilosa, el sayo tejido por el Consenso de Washington. Y vistió ese sayo durante cuatro lustros con tal desplante, que, cuando perdió la elección presidencial del Bicentenario, señaló con elegancia que, sin duda, había perdido la presidencia, pero "con la frente muy alta". Y no recordó ni aludió, ni aun de soslayo, al hecho de que, al vestir el dicho Consenso, viró en 180° su identidad de origen, puso de cabeza su ADN valórico y trastornó su perfil histórico. Es decir: había roto sus viejos lazos de fraternización con el Frente Social del Margen... Sin reconocer que fue *la ruptura de esos lazos*, y no otra cosa, la que provocó, de verdad, su derrota. Ni que con ello mordía su propia alma, pues aquella fraternización había sido, desde su nacimiento, su virtud histórica teologal...

¿Cuánto puede durar históricamente una apostasía? ¿Cuánto tiempo puede soportar la ciudadanía (del margen) la alienación de sus representantes 'históricos'?

Es claro que ni la alienación de los representantes apóstatas ni la paciencia política de los ciudadanos traicionados son fenómenos de duración infinita... Más pronto que tarde, impulsados por el "malestar interior" que los consume y consumirá, los ciudadanos necesitarán *desalienarse*, y los 'conversos' ajustar el alma de su empoderamiento... La desalienación es, siempre, lenta y trabajosa. El ajuste de conciencia, retorcido y espinoso. Pero la historia no tiene apuro...

Para salir del atolladero la Concertación deberá abjurar de su inoportuna conversión neoliberal. Tendrá que deshacerse de los dirigentes que apostasiaron, ignorar los 'cantos de sirena' con que querrá seducirla el bloque vencedor y, sobre todo, dejarse inflamar de nuevo por los flujos culturales de la soberanía popular. Por su parte, el frente social que se nutre de la 'cultura del Margen', a la inversa de sus desgastados 'representantes', no necesita pasar por el vía crucis de un *mea culpa* sino, simplemente, perseverar en las rutas de su empoderamiento. Seguir calentando el magma de la identidad. Acerar la autogestión comunitaria. Ensanchar la invasión popular en las universidades. Acelerar ida y vuelta la cultura social... Pues si se avanza de ese modo, no por el círculo vicioso del Mercado sino por la historicidad longitudinal de la Sociedad Civil, dará vida y forma a los poderes múltiples que necesita esgrimir hoy la base social. Y si hace eso, los 'representantes conversos' bajarán de nuevo, contritamente, hasta su verdadero eje gravitacional, y hacia el verdadero norte de sus caminos...

Amén.

La Reina, enero 19 de 2010

## EL DERECHO A ENFIESTAR LA EXCLUSIÓN<sup>1</sup>

El pueblo chileno no tiene carnaval. O sea: no tiene fiestas liberadoras ni de su alma ni de su conciencia ni de su cuerpo ni de la vida. No sabe, por eso, ser locuaz, elocuente, extravertido. Ni expresar, fluida y generosamente, lo que siente, lo que quiere, lo que piensa. Por eso su palabra sale y llega con dificultad, a empujones, como boxeando. Por eso le resulta difícil, cuando es necesario, ser en plenitud ciudadanía soberana...

Es que, siglo tras siglo, ha sido monótonamente reprimido. O por la cruz o por la espada o por la Ley o por todo lo demás. Así por ejemplo, cuando, desde el siglo xvii, el bajo pueblo hizo del juego de la chueca un masivo carnaval deportivo mezclando ejercicio, baile, comida, bebida, canto y sexo, el obispo Alday, escandalizado porque las mujeres jugaban sus partidos desnudas de la cintura para arriba y porque en las ramadas se bebía, bailaba y se “ofendía a Dios” coyuntando los cuerpos que el mismo Dios les había dado, levantó en alto su cruz condenatoria y prohibió la chueca. Y también levantó su cruz para execrar las carreras ‘de a caballo’ y todas las fiestas populares en que hubiera alegría, baile, canto y *cuervo*. Porque el mal del alma estaba en el cuerpo. Y como entonces la Iglesia y el Estado convivían en yunta de dominación, la policía secundó brutalmente lo que los prelados prohibían a nombre de su Dios...

De ese modo, cuando Chile inició su vida independiente, el bajo pueblo continuó encadenado a los anatemas que le prohibían manifestarse en las calles, en las plazas y pampillas. El carnaval (“la challa”) fue excomulgado para siempre. Justo cuando ese pueblo no tenía trabajo estable ni reconocimiento social como vecino y ciudadano (el pueblo mestizo estaba estigmatizado y desterrado por huacho, afuerino y vagabundo). El impulso natural a la asociatividad, a la expresión y a la liberación, potenciado por la exclusión, tuvo que refugiarse así en lo privado,

<sup>1</sup> En *The Clinic*, 29 de enero de 2010, p. 23.

en lo comunitario, *rancho adentro*... Y allí escondido, pudo estallar en fiesta propia, dando vida y salud a las célebres y múltiples “chinganas” que, juntas y revueltas, incendiaron por medio siglo todos los suburbios del país. En ellas la mujer popular, de cuerpo y también de alma, hizo girar en torno a sí el universo completo del peonaje masculino y, aun, buena parte del mundillo patricial. Las mujeres pobres y abandonadas, aprovechando que el Rey de España había concedido a las viudas de los soldados permiso para levantar “bodegones”, se autorizaron a sí mismas para hacer lo propio con sus ranchos. Allí escondidos (“chingana” significaba madriguera, en quechua) “rotos” y “abandonadas” dieron rienda suelta a toda la vida que llevaban dentro. Y allí conversaron, comieron, cantaron, bebieron, gritaron, se emborracharon... hasta hacer debida justicia a sus almas y respectivos cuerpos. Y por décadas, las chinganas constituyeron el fogón de la identidad popular, la matriz donde surgió la cocina chilena, la música chilena, las leyendas de la tierra. El crisol donde se forjó, atrevidamente, la primera ‘conciencia de clase’. Rebosantes de legitimidad, pese a la policía sacerdotal, las chinganas tuvieron un éxito social y cultural resonante. Por eso atrayeron como moscas no sólo a los hombres de toda condición social sino también, por lo mismo, a todos lo que vieron allí una oportunidad *comercial*. De este modo, mordisqueadas desde dos frentes, por el lado de la represión moral-policial y por el lado voraz del apetito mercantil, las chinganas, gradualmente, se fueron extinguiendo. Hacia 1890 habían desaparecido...

La fiesta identitaria del bajo pueblo, sin embargo, no podía morir. Menos si la miseria y la expoliación aumentaban y los conventillos asfixiaban familias enteras, como ocurrió hacia 1910. Fue necesario, de nuevo, desahogarse, liberarse, reencontrarse en algún lugar con la maltratada identidad de los excluidos... ¿Qué hacer? Fue entonces cuando aparecieron y se multiplicaron las “casas de asiladas” (prostíbulos), cada una de ellas provista de su respectivo *salón* –emulando al de los “futres”–, donde se volvió a conversar, beber, bailar, gritar, etc. Fue allí donde, por otro medio siglo (1900-1973, más o menos), la clase trabajadora buscó refugio para reavivar y celebrar, bajo techo, el ‘carnaval’ de su identidad. Para reencender la sangre del cuerpo y la historicidad del alma... Pero después de 1973 ese refugio fue también desmantelado. Por eso cabe preguntarse: ¿qué tenemos hoy? Pues, entrando al siglo XXI, Chile *no tiene carnaval popular*, ni puertas afuera (en las anchas alamedas) ni puertas adentro (en el tierral de la chingana o en el “salón” de los prostíbulos) ni en la plaza de la ciudad (como ciudadanos) ni en el callejón de la vuelta (como vecindario). Sólo hay ‘carnavales’ religiosos. Romerías eclesiásticas. Y desfiles militares en el parque...

La represión ética, transmutada a lo largo de dos siglos en represión cultural, alcanzó, pues, su cenit. O sea: la dominación total. Su *peak* histórico. Por eso, hoy, en las mercantilizadas “casas de masaje” –que surgen con disimulo, como callampas–, *no hay fiesta*: sólo hay venta de cuerpo femenino, por minuto de placer y centímetro de piel. Sin alegría. Ni rebelión. Ni comunidad... Y en los circunvalantes moteles del suburbio sólo hay “egoísmo para dos”...

Excluida por completo del espacio público, la ‘fiesta’ popular estalla ahora en cualquier parte, de cualquier modo, a propósito de cualquier cosa, con más violencia que alegría. Con más agresividad que liberación. A mansalva, sin rodeo seductor. Aturdida por estupefacientes. Sin palabras de por medio, sin diálogo enriquecedor. Paralizando la conciencia. Desmembrando la comunidad.

La justicia social exige, también, el derecho a enfiestar comunitariamente las miserias de este mundo. La sinergia de todos, del cuerpo y del espíritu.

La Reina, enero 28 de 2010

## BICENTENARIO EN CHILE: BALANCE HISTÓRICO, TAREAS PENDIENTES Y AUTOEDUCACIÓN CIUDADANA<sup>1</sup>

En nuestro país la mayoría de los expertos define el proceso educativo como un problema 'técnico-global', que necesita ser resuelto del mismo modo y simultáneamente en todos los países del mundo. Modo que consiste en el aprendizaje obligatorio de un 'saber funcional de globalización', que requiere ser aplicado y evaluado, por tanto, a través de patrones internacionalizados. Por eso se le debe asumir como un sistema de *rendimientos comparables* y 'competitividad' a *todo* nivel: de alumno a alumno, de colegio a colegio, de clase social a clase social, de país a país. Lo que se expresa y mide, como es lógico, en puntajes y porcentajes. Produciendo por esa vía escalas, rankings y jerarquías. De prestigio público y captación individual. De aranceles más y aranceles menos (sumables en dólares o pesos) y de 'derechos privados' a una subvención 'fiscal' mayor, o menor...

Podríamos reducir esa concepción globalizante de la Educación, en consecuencia, a la siguiente ecuación econométrica:

Generalidad y Globalización + Rendimiento y Productividad +  
Competencia e Individuación + Éxito y Acumulación = MERCADO

¿Es eso *educar*?

A decir verdad, la ecuación educativa que actualmente nos domina se asemeja más al método patronal *taylorista* (que se aplicó al trabajo industrial en la época de Charles Chaplin) que a un proceso educativo diseñado para proteger, cuidar y formar la humanidad en su primera eclosión etaria. Tanto más, si se considera que la educación se mueve en este siglo trastabillando sobre un farrago que inunda todo, lastrado por el mundo agónico de ayer, revolcado por el mundo caótico de

<sup>1</sup> En *Docencia*, Colegio de Profesores, Santiago, mayo de 2010, n° 40, pp. 4-11.

hoy: memorias de escena clausurada, identidades a medio diluir, valores bajo la par, utopías castigadas al horizonte, solidaridad en sospecha policial, sentimientos intoxicados hasta el fin, usuras de subjetivación creciente, neurosis de discontinuidad continua, pobreza consumista, terrorismo de Estado disfrazado de Mercado, violencia de amor adentro, microculturas de calle afuera, femicidios en cuarto creciente, afectos en cuarto menguante, tráfico fetichizando lo que venga, ética de capilaridad agresiva, redes juveniles destapándolo todo, niños huachos masturbándose en la Ley, alcohol a tajo abierto, drogadicción a risa bloqueada, madresolterismos al desnudo, plagas televisivas erosionando la intimidad, contratos precarizados hasta el mínimo, deudas hipertrofiadas al máximo, delincuentes en la torre de marfil...

El taylorismo fue, como se sabe, una fórmula 'de aprendizaje' aplicada a los obreros de fábrica para maximizar la plusvalía absoluta y la rentabilidad del capital. La Historia enseña que en la primera fase de su aplicación la burguesía taylorista incrementó efectivamente sus ganancias al máximo, pero después, en segunda fase, cuando bajó la demanda, cayeron los precios y aumentó la cesantía, estalló la lucha social, explotaron masacres obreras y se llegó, con el conflicto tensado al máximo, luego de pasar por la amenazante revolución soviética, a la profunda crisis mundial de 1930... El taylorismo, diseñado expresamente para privilegiar al capital expropiando sin asco los valores producidos por el obrero industrial, forzó a los trabajadores a desafilarse de la lógica capitalista y a contragolpearla de vuelta con huelgas, boicot a la oferta y sabotaje general. Incluso con bolchevismo. El taylorismo logró maximizar —como quería— la productividad *per capita* y la rentabilidad por fábrica, pero también maximizó —lo que no quería— la propensión revolucionaria de los trabajadores... Es que éstos, bajo el impacto brutal de la educación taylorista, encontraron que su única salida racional era *autoeducarse en rebeldía socio-política*...

La educación taylorista, tanto en su versión industrial (tipo 1910) como en su versión mercantil (tipo 2010) ha beneficiado a los hijos del capital, no a los del trabajador. Porque, como lo ha demostrado la versión mercantil vigente en Chile, *no integra* los diversos grupos sociales en un mismo estándar de vida ni desarrolla la solidaridad colectiva sino, por el contrario, estratifica, aumentando la distancia social entre una clase y otra, *disparando* los quintiles de ingreso en direcciones opuestas. Por eso, así como los obreros de 1910 decidieron no desenvolver su identidad estando subyugados al régimen taylorista, asimismo hoy muchos niños y jóvenes chilenos están prefiriendo enrolarse en la autoeducación de *rebeldía social y cultural que les ofrece la calle*, pues ésta es, para ellos, un aula más auténtica,

identitaria y realista que la guerrilla competitivo-mercantil que ofrece como panacea cultural el sistema educativo actual. Y ésa es la razón por la que la 'educación taylorista' no experimenta en Chile ningún progreso significativo en términos de rendimiento escolar internacionalizado. Tanto así, que su tasa de desarrollo neto, histórica, es claramente menor que el progreso mostrado a vista y paciencia de todos por la autoeducación popular *en situación de calle*... En la competencia entre el aula global y la calle real, gana la calle... Son las inexorables leyes del Mercado, operando de revés...

Por eso resulta instructivo comparar las denuncias de la revista *Qué Pasa* sobre el estancamiento observado en los resultados de las pruebas SIMCE y PSU, con las denuncias de la consultora Paz Ciudadana sobre el aumento constante de los índices de delincuencia y el perfeccionamiento de las técnicas de robo armado (alunizajes, arrastre de cajeros automáticos, desvalijamiento de bodegas, asalto a camiones de seguridad, etc.). Y es instructivo contrastar también el notorio eclipse de las juventudes militantes de partidos políticos con el empoderamiento creciente de las juventudes poblacionales (pingüinos, piños, raperos, centros culturales, etc.); o el ocaso de las tesis estudiantiles referidas a los Padres de la Patria o a las Leyes de la República frente al aumento exponencial de las tesis referidas a pobladores, redes sociales, narcotráfico, *hip-hop*, barras bravas, "choros" de población, etc. La juventud poblacional, de hecho, está *usando* las universidades de hoy —en las que constituye más del 30% del alumnado— para entender, construir y desplegar su propia identidad. De hecho, el *boom* de matrícula de la 'educación superior' se explica, en buena medida, por la masiva entrada de esa juventud a ese nivel educativo. Cabría investigar más en detalle qué *provecho concreto* está extrayendo de sus estudios 'superiores'. Cómo integra esos estudios a su autoeducación de calle. Pues considerando el hermetismo autorreferencial de las elites y el excluyente alto mercado, es poco probable que esos jóvenes irruman, a punta de grados y posgrados, en las estratosféricas burbujas de los quintiles IV y V de la sociedad mercantil. En cambio, precisamente por ese hermetismo, es más probable que *inviertan* sus estudios superiores en la potenciación y perfeccionamiento de sus identidades locales reales, capacitándolas para 'hacer historia'... Mientras la inversión en innovación tecnológica industrial (R&D, *in English*) permanezca en Chile bicentenariamente a la baja, la inversión de los jóvenes de los quintiles I y II en rebeldía social (R&S, *in Spanish*) estará al alza en proporción matemáticamente inversa...

La educación taylorista no ha hecho otra cosa, en sus dos grandes versiones históricas, que generar una *crisis deflacionaria de rendimientos* (en el mercado industrial, hacia 1910; en la ilustración escolar globalizada, en el 2010).

Y, por añadidura, ha empujado a sus educandos (obreros, en 1910; jóvenes pobladores, 100 años después) a adoptar la callejera *autoeducación en rebeldía* (violencia socio-política en 1910, autonomización socio-cultural en 2010), la cual, considerando el sistema de dominación de turno, no puede surgir ni prosperar sino marginalmente. Informalmente. Agazapada en los bordes del sistema. Empoderándose en el mundo olvidado de la subjetividad real. Precisamente contra el mundo fetichizado de las mercancías...

Por eso cabe preguntarse: ¿por qué no educar sistemáticamente a los jóvenes conforme lo requiere el mundo de la *vida real*?

\* \* \*

Desde mediados del siglo XVIII (el “siglo de las luces”) la historia de la ‘vida real’ ha mostrado que los pueblos del mundo, cada vez con mayor ahínco, se han volcado a realizar ciertas tareas, proyectos u objetivos que apuntan a mejorar sus condiciones generales de vida. Y la energía y voluntad que han puesto en ello ha dado como resultado la gran carrera histórica de todas las naciones para alcanzar el desarrollo social y la modernización. Por ello, en los últimos 200 años se observa un gran despliegue de energía y voluntad humanas dirigidas a construir, en el futuro, una humanidad mejor. Y esa energía se ha desplegado sobre un conjunto de tareas específicas, urgentes, simultáneas y entrelazadas, a saber: a) el despegue industrial; b) la construcción de un Estado democrático-participativo; c) la integración de la sociedad en torno a un mismo patrón y nivel de vida; y d) el establecimiento de un acervo educativo y cultural destinado a crear y potenciar las *capacidades sociales necesarias para realizar con éxito las grandes tareas históricas de la modernidad*.

En esa gran carrera histórica algunas naciones se adelantaron a todas (Inglaterra, Francia, Holanda, Estados Unidos), razón por la cual se expandieron por el mundo vendiendo productos industriales y exigiendo a los demás países abrir sus puertas comerciales (libremercado), mientras a retaguardia, en su casa, consolidaban un Estado Liberal no-intervencionista (la iniciativa privada lo había hecho todo), y una sociedad que compartía multisocialmente las ventajas de su hegemonía económica mundial. Otras naciones, en cambio, partieron más tarde (Alemania, Italia, Japón, Rusia, China, India), razón por la que, al tropezar con

varios imperios industriales ya arraigados en el mercado mundial, tuvieron que consolidar la ‘unidad nacional’ (no la iniciativa individual-privada), practicar el ‘proteccionismo industrial’ (no el libremercado) y el manejo ‘centralizado’ del proyecto nacional de desarrollo (no el Estado ‘liberal’, sí el Estado ‘nacional-desarrollista’). Y por último otras naciones, más atrasadas aún (los países de origen colonial), tuvieron que comprometerse, para progresar, en guerras nacionales de liberación y, además, en guerras revolucionarias para el desarrollo social (África, América Latina).

Por tanto, cada grupo de países tuvo que *autoeducarse de manera distinta* para llevar a cabo el mismo objetivo general de desarrollo y modernización. Las potencias anglosajonas se autoeducaron en todas las formas del liberal-individualismo y en la producción continua de hallazgos científicos e invenciones tecnológicas (ha sido la base de su hegemonía mundial). Los países que partieron con retraso relativo, en cambio, tendieron a autoeducarse primero en función de una cultura nacionalista, estatista y socialista, y después en la cultura tecnológica que les ha permitido competir de igual a igual con las potencias liberales en el mercado mundial. El problema de los países colonizados, en cambio, ha sido distinto: se han autoeducado *ambivalentemente*, o bien empapándose obsesivamente de la hegemónica cultura liberal anglosajona, o bien, como pudieran, de la cultura estatal-socialista, e incluso, llevados por sus recuerdos, de las culturas autóctonas del indigenismo. En los procesos históricos de largo plazo casi todas las excolonias han quedado sujetas a la eventual intervención imperialista —directa o indirecta, conspirativa y violenta, o no— del capitalismo liberal anglosajón, que ha sofocado en *todas* ellas, de un modo u otro, el desarrollo de las alternativas nacionalistas, socialistas o indigenistas.

Chile clasifica en ese último caso. En efecto: en *tres* coyunturas históricas distintas las tendencias políticas esgrimidas por los actores vinculados a la producción industrial y al desarrollo social han sido derrotadas por los grupos mercantiles vinculados a las potencias anglosajonas (en 1829, por los mercaderes de Diego Portales; en 1925, por los políticos liberales acaudillados por Arturo Alessandri Palma, y desde 1973, por los economistas y empresarios neoliberales amparados primero por la dictadura de Pinochet y luego por las coaliciones políticas postdictatoriales). Esos tres triunfos consecutivos del libremercado han determinado que, a lo largo de sus 200 años de vida, la República de Chile se haya autoeducado *según el paradigma liberal anglosajón*. Así, de un lado, la mitología nacional se ha centrado en los héroes, próceres y prohombres que han asegurado, a lo largo del tiempo, el triunfo interno del paradigma liberal. Los conceptos globales de este

paradigma (“ideas G”) han estructurado en grado mítico el imaginario histórico de las clases políticas (vencedoras) civil y militar. La capacitación laboral derivada del libremercado (manejo de máquinas importadas en lugar de generación colectiva de nuevas tecnologías) se ha encarnado en el ‘ser productivo’ de la clase trabajadora. Los textos escolares, por su lado, se han saturado con ‘la’ cultura, ‘la’ ciencia y ‘el’ modo de vida anglosajón... Es decir: en Chile, en los últimos 200 años, la autoeducación nacional no ha sido otra que la *educación re-colonizadora* del capitalismo liberal anglosajón.

\* \* \*

¿Cuál ha sido el resultado efectivo de esa bicentenaria práctica educativa (que, en estricto rigor, debería llamarse ‘heteroeducación’, opuesta a la ‘autoeducación’)? ¿Cuál debe ser el criterio para evaluar esa larga práctica?

Obviamente, el único criterio efectivo de evaluación (vinculado a la ‘vida real’), que se desprende de la historia mundial de los dos últimos siglos, es el que establece como patrón de medida la ejecución exitosa o no-exitosa de las grandes ‘tareas históricas’ que emprendió la humanidad a partir, más o menos, del siglo XVIII. En este sentido, el balance bi-secular que arroja el paradigma educativo aplicado en Chile es, en verdad, catastrófico. Considérese el escrutinio siguiente:

— *No nos hemos construido como país ‘industrial’*. La historia económica de Chile muestra un largo y espasmódico proceso de sofocamiento y represión de los grupos sociales que han intentado impulsar la industrialización endógena del país. Primero fueron los nutridos grupos de artesanos que, entre 1825 y 1870, aproximadamente, dieron vida a un movimiento popular de industrialización, que fue sofocado por el patriciado mercantil enquistado en el Estado construido por Diego Portales & Cía. en 1830. El conflicto consiguiente dio lugar a las guerras civiles de 1829, 1837, 1851 y 1859, al asesinato del mismo Portales y a una docena de insurrecciones y motines protagonizados por el artesanado y sus aliados. En segundo lugar fueron los mecánicos, técnicos e ingenieros extranjeros (sobre todo europeos) los que, entre 1850 y 1914, lograron levantar un importante ‘sector industrial’ –que incluyó una poderosa *industria pesada*–, probablemente el más importante que ha tenido Chile en toda su historia. Este intento fue progresivamente desprotegido, desgastado y

disuelto por las políticas liberales aplicadas obcecadamente por la oligarquía parlamentarista que controló el Estado entre 1891 y 1938. Finalmente, fue el intento realizado por los gobiernos de centroizquierda del periodo 1938-1973 para industrializar el país bajo la dirección y empuje del Estado Empresario (CORFO). Este intento fue aplastado por la dictadura de Pinochet, que aplicó, por tercera vez en nuestra historia, una corrosiva política desindustrializadora. Hoy día *no existe* en Chile un sector industrial digno de tal nombre. A cambio, se alzan los faraónicos ‘templos mercantiles’ del *retail* (Falabella, Almacenes París, Walmart, Jumbo, Ripley, Johnson’s, las cadenas de farmacias, las clínicas privadas, las corporaciones universitarias, las sociedades inmobiliarias, etc.), que dominan por completo el mercado interno de la economía chilena. El eclipse del sector industrial y la presencia avasalladora del *retail* (en todas sus variantes) ha producido a su vez la *degradación* en casi todas sus dimensiones modernas (contrato, salarios, previsión, sindicalización, etc.) del proletariado industrial.

— *No hemos construido ni un Estado ‘desarrollista’ ni un Estado ‘democrático-participativo’*. En tres oportunidades (1829, 1925 y 1973) el Estado nacional ha sido construido a partir de golpes militares (el primero y el tercero de ellos extremadamente sangrientos), con usurpación de la soberanía ciudadana y para reconstruir, una y otra vez, el mismo paradigma liberal anglosajón (o sea: las ‘ideas G’ del mercado). La ciudadanía no ha ejercido *nunca*, por tanto, su soberanía, y ha sido reducida una y otra vez al uso degradante del “derecho a petición”, como también a la periódica elección individualista de los candidatos designados y controlados mayoritariamente por la clase política liberal. Por eso, en lugar de una clase trabajadora y profesional consciente de sus *poderes cívicos*, capacitada para producir y generar *tecnología*, se ha consolidado una masa social peticionista, incapacitada laboralmente, proclive al violentismo sociopolítico y de creciente irresponsabilidad cívica. Con el agravante de que 2/3 de esa ciudadanía vive de un empleo precario e inserta en gran medida en una economía informal, en que predomina el tráfico negro de diferentes especies y servicios. Es decir: no hemos construido ni un Estado verdaderamente democrático ni ciudadanos soberanos ni verdadero mercado interno.

— *No hemos construido una sociedad igualitaria*. Al principio existió una diferenciación ‘imperialista’ entre colonos, indígenas y mestizos. Después, en el siglo XIX, existió una estratificación ‘pre-capitalista’ entre el pequeño patriciado mercantil y el masivo peonaje roto. Más tarde, durante el primer centenario, hubo ‘otra’ categorización pre-capitalista entre la oligarquía liberal

decadente y el “lumpen” de los conventillos. Entre 1938 y 1973, en cambio, cuando se intentó promover el desarrollo industrial, la diferenciación fue entre patrones y trabajadores. Y desde 1973, en pleno capitalismo mercantil, entre el minoritario ‘Quintil 5’ (el de los condominios) y el mayoritario ‘Quintil 1’ (el de las poblaciones)... Por eso Recabarren habló de “ricos y pobres”. Y el almirante Merino, con sorna, de “humanos y humanoides”. Y el glorioso Ejército chileno, después de cada masacre de trabajadores (en su brillante hoja de servicios se contabilizan veintitrés) ha hablado patrióticamente de ‘los amigos’ (la oligarquía mercantil) y del “enemigo interno” (los mapuches, los rotos, los trabajadores, los marxistas, etc.); de los que *no* tienen derechos (torturables) y de los que *sí* los tienen (no torturables). No es extraño que al día de hoy Chile tenga una polarización y una desigualdad de ingresos que está *rankeada* entre las tres más altas del mundo. Y por eso mismo, en honor a la tradición, las actuales autoridades hablan de chilenos ‘sociales’ (con derecho público) y de chilenos ‘anti-sociales’ (con Ley Antiterrorista).

— *No hemos constituido una cultura nacional de autoeducación y desarrollo.* Hemos tenido, desde la era colonial, una sobreimpuesta cultural ‘occidental’ (bajada de España primero y después del mundo anglosajón) y una subyugada cultura ‘popular’. La primera es la que las elites, a todo lo largo de su historia dirigente, han imitado y copiado del hemisferio norte, tratando —sin mucho éxito— de nacionalizarla; la segunda, en cambio, en lo que tiene de ‘criollo’, es la que conserva la clase popular en los rincones de su pobreza material y ciudadana y en los escondrijos de sus tradiciones. En cuanto a la cultura llamada ‘chilena’, que está pegoteada en calidad de escudo simbólico a ‘lo nacional’, ha sido armada por las elites dominantes como un *puzzle* barato: con recortes escamoteados selectivamente de la cultura popular. El resultado de esta operación ha sido un paquete de estereotipos de perfil más bien grotesco, como es el caso sobresaliente de “Los Quincheros”. Por eso, la llamada cultura ‘chilena’ *no es*, propiamente, cultura: es, sólo, la señalética simbólica del poder dominante (fue el patriado santiaguino el que creó, por la fuerza, la ficción “Chile”). Por eso, en relación con la cultura ‘occidental’, que ha sido el alma identitaria de la dominación librecambista, la cultura ‘chilena’ no ha sido sino un edulcorante pendón *folklorista* apuntalando los flancos de la cultura hegemónica. Sin embargo, debajo del escudo ‘nacionalista’ la verdadera cultura popular se ha generado y reproducido sin cesar como cultura de sobrevivencia, de agitación social y proyección al cambio estructural. Y como tal se ha extendido por las calles, márgenes y suburbios del sistema, en las cárceles políticas,

en las poblaciones, en las faenas laborales y, aun, en la universidad. Como célula porfiada y recarga seminal de un siempre latente poder revolucionario...

En suma, no hemos realizado a cabalidad *ninguna* de las grandes tareas históricas que la humanidad se propuso llevar a cabo desde que alcanzó, podría decirse, su madurez como especie. De lo cual se desprende que, si bien se puede celebrar la fecha (o sea: el *cumpleaños*) de la independencia de Chile respecto del Imperio Español, no tendría justificación alguna celebrar el *balance histórico* de lo que *no* hemos hecho con nuestra ‘independencia’ desde 1810 a 2010. El balance neto de estos dos siglos puede resumirse en la frase: “hemos arado en el mar”, de Simón Bolívar. Es decir: está casi todo por hacerse.

Por tanto: es preciso prepararse, de una vez por todas, para hacer lo que aún debemos hacer. Y esto significa que, ahora, debemos *autoeducarnos en serio*.

\* \* \*

¿Qué hacer?

Primero que nada, debemos autoeducarnos para *reconstruir la soberanía ciudadana*, que ha sido dañada y empobrecida desde que Diego Portales, con su ejército mercantil mercenario, logró imponerse sobre Ramón Freire en la batalla de Lircay (1829) y construir el Estado no-participativo que nos domina hasta el día de hoy. La heroificación de Portales ha simbolizado en Chile la degradación de la ciudadanía. La triple perpetuación del Estado portaliano ha excretado la amnesia pública sobre la verdadera democracia. Por tanto, la tarea educativa fundamental, en el aula y en la calle, entre los niños y los adultos, es practicar el estudio de la vida real, el escrutinio socializado de sus problemas, el debate colectivo de las alternativas de solución y la realización mancomunada de las soluciones propuestas. Porque la soberanía ciudadana no es individual sino comunitaria, y no electoral sino, sobre todo, deliberativa, propositiva, ejecutiva y realizadora. Y el principal proyecto a realizar es, sin duda, reconstruir socioculturalmente el poder cívico local y el poder cívico nacional y, desde ellos, el Municipio y el Estado. Porque la principal función de la soberanía ciudadana es ejercer el *poder constituyente*, que es la fuente y la sustancia de la verdadera política. Se trata de un proceso autoeducativo complejo y largo. No se trata de convocar *ya* a una Asamblea Popular Constituyente,

y menos *demandar* que las actuales autoridades la organicen. No es una tarea de corto plazo ni corresponde realizarla a las clases políticas, ni debe hacerse improvisada y precipitadamente. En nuestra situación, exige una autoeducación *profunda*.

En segundo lugar debemos orientar la autoeducación al *productivismo*, lo cual significa no sólo promover talleres de tipo industrial sino incentivar la movilización social para cambiar las políticas librecambistas que hoy favorecen más al importador que al productor; o sea al mercader, no al verdadero empresario. La promoción en abstracto del 'emprendimiento' (como hacen hoy los gobiernos neoliberales en Chile), sin orientación hacia el *productivismo* y sin acción *política* para privilegiar el proteccionismo sobre el librecambismo, no conduce sino a consolidar el régimen de monopolios (cadenas del *retail*) sobre una masa de empresas PYME cuyo desarrollo global y real *continuará bloqueado*. Bloqueo que, a su vez, impide que la masa de trabajadores de esas empresas (que componen más del 80% de la fuerza de trabajo ocupada en Chile actual) pueda tener un efectivo desarrollo contractual, social y, al mismo tiempo, técnico. La promoción del emprendimiento debe ir más allá de la mera iniciativa individual: debe incluir el trabajo cooperativo dentro de la faena, incentivos para la creación colectiva de nuevas tecnologías, apoyo crediticio, y movilización política para proteger el proceso y reducir o eliminar la competencia extranjera. Todo ello requiere de un Estado que hable el mismo lenguaje, es decir, que promueva el nacionalismo, el productivismo y el cooperativismo en faena, razón por la que la ciudadanía debe proponerse construir por sí misma el Estado que necesitará. Naturalmente, el nuevo nacionalismo no puede ser a ultranza, como tampoco el industrialismo. En primer lugar, porque la globalización es una realidad que permanecerá por mucho tiempo, y en segundo lugar porque la nueva industrialización está limitada por la necesidad de mejorar el equilibrio ecológico. Se trata de promover el nacionalismo y el industrialismo de un modo inteligente y equilibrado, pero a la vez firme e intransablemente, porque se trata de recuperar *el tiempo perdido*.

En tercer lugar, el único modo de construir el *poder social y cultural* necesario para realizar las tareas inconclusas teniendo el tiempo en contra (los plazos históricos naturales están vencidos hace mucho tiempo), es creando y potenciando la *sinergia interna* de la sociedad, es decir, desarrollando y multiplicando los mecanismos de cooperación y las prácticas de solidaridad. A todo nivel: dentro y fuera del aula, dentro y fuera de la faena, dentro y fuera del Estado. Pero no a objeto de resucitar el 'nacional-industrialismo' de comienzos del siglo xx (taylorista, imperialista y belicista) sino un nacionalismo 'local' sustentado en un *socialismo de*

*bases*, no en un *nacional-socialismo de Estado*. O sea en un socialismo de actores sociales soberanos y de comunidades locales dotadas de autonomía relativa. No se debe ni se pueden repetir las experiencias nacionalistas y fascistas que llevaron a las guerras mundiales del siglo xx. El nuevo Estado Nacionalista debe sacar su fuerza de las sinergias soberanas de la base social, no de ideologías o símbolos abstractos o de chovinismos racistas. La autoeducación que se necesita es, como se dijo, la que fortalece en todas partes y a todo nivel los lazos de cooperación productiva y la solidaridad local comunitaria –fundamentos de la soberanía ciudadana– y no el rendimiento individualista y la competencia insolidaria que orientan la educación actual (que es el fundamento de la soberanía global del Mercado).

Por último, *todo proceso autoeducativo debe asumirse a sí mismo como práctica política*. La educación que Chile requiere hoy es, en gran medida, esencialmente, el re-aprendizaje de la 'política popular'. Porque lo que se requiere aprender es *construir y ejercer poder ciudadano* en todos los ámbitos. Participativamente. Por tanto, los objetivos bosquejados más arriba exigen deliberación y acción popular inmediata sobre las "terminaciones locales" (Foucault) del sistema de dominación. Por ejemplo, se requiere luchar para eliminar a corto plazo la subvención estatal a *todos* los establecimientos privados de educación, para invertir el presupuesto fiscal, exclusivamente, en potenciar la educación pública gratuita (los contribuyentes no tienen por qué seguir co-financiando la educación de los ricos, y la educación privada debe demostrar que su excelencia se debe realmente a la gestión y al financiamiento privados). También se requiere recuperar, a corto plazo, el control popular de los millonarios *fondos sociales* de la clase trabajadora (hoy administrados exclusivamente por compañías extranjeras o monopolistas nacionales a través de las AFPS e ISAPRES), a objeto de mejorar la previsión social e invertir esos fondos con criterio solidario y no para beneficio del capital financiero mundial, como ocurre hoy. De igual manera, urge socializar el 10% de las exportaciones de CODELCO (hoy cedidas a las Fuerzas Armadas) para destinarlo al mejoramiento de la salud y la educación públicas. En la misma línea va la necesidad de nacionalizar las minas de cobre que hoy son propiedad del capital extranjero. Y también urge que las comunidades locales tomén progresivamente el control y protección del sistema educativo público (desplazando al Estado, a los Municipios y a los grupos privados), a objeto de adecuar las mallas curriculares, la administración escolar y los sistemas de evaluación de profesores y alumnos a la realización progresiva de *las grandes tareas históricas* que el pueblo chileno debe, ahora, concluir. Las universidades, por su parte, deben reformar sus respectivos institutos pedagógicos, para formar profesores que operen eficientemente en la formación y acción

destinadas a cumplir las tareas históricas pendientes. La ciudadanía debe, pues, autoeducarse en la teoría y la práctica de una eficaz *política soberana*.

El pueblo chileno, por tanto, tiene mucho que recordar, reflexionar, debatir, decidir y actuar. Precisamente para hacer lo que no hemos hecho en estos últimos 200 años. Es el único modo de ‘celebrar’ adecuadamente nuestra memoria.

La Reina, abril 30 de 2010

## TASAS DE INTERÉS MERCANTIL: BICENTENARIO DE LA *PLUSVALÍA TOTAL*<sup>1</sup>

*Estimado:*

Las tasas de interés que se han aplicado al endeudamiento de productores y trabajadores han constituido, históricamente, el mecanismo de succión mercantil más aniquilante que las elites empresariales chilenas han utilizado para maximizar su tasa local de acumulación. Más aún: puede decirse que ha sido la viga maestra de su bicentenario hegemonía económica, demostrando con ello, patentemente, la naturaleza *especulativa* del capitalismo que practican.

En el siglo XIX, por ejemplo, las tasas de interés que se aplicaron a los pequeños y medianos agricultores del Valle Central, lo mismo que a los pirquineros del Norte Chico, fueron suficientemente *usureras* (fluctuaban entre 80 y 120% anual) como para infligirles la pérdida de sus tierras, yuntas de bueyes, minas, herramientas y otros medios de producción, hasta arrojarlos, ya raquíticos, a las largas filas del peonaje vagabundo (rotos). La Iglesia Católica, que durante el periodo colonial había anatematizado la usura como un pecado gravísimo —razón por la que ella misma concedía préstamos a largo plazo *sin* tasas de interés—, después de 1840 (o sea desde que se consolidó el régimen mercantil-autoritario de Portales) encarpitó su anatema, abriendo con ello una útil oportunidad de conciencia a los grandes prestamistas, que comenzaron a operar con absoluto libertinaje ético y desembozado poder político, para expoliar impunemente a sus deudores. Sobresalieron en esta práctica, de modo notorio, los tristemente célebres “diezmeros” (que recaudaban, precisamente, los impuestos eclesiásticos). Y cabe agregar que casi todas las familias de la “aristocracia” portaliana especularon año a año, doctrina

<sup>1</sup> Colaboración solicitada a título personal por una periodista de *La Tercera* el 7 de mayo de 2010, para aclarar la perspectiva histórica sobre el problema de endeudamiento de los chilenos.

por doctrina, con el remate de diezmos. La Ley de Bancos de 1860, que intentó regular los monopolios privados del crédito, no resolvió el problema. Sólo a partir de 1927, con la promulgación de varios decretos-leyes, Carlos Ibáñez del Campo estableció algunas instituciones de crédito para los productores, las mismas que en su segundo gobierno reunió en el Banco del Estado. Pero eso fue apenas una grieta en el cuello de botella crediticio que había asfixiado, por más de un siglo, a las clases productoras del país.

Si ese tipo de crédito fue el “cuerno de la abundancia” del patriciado mercantil en el siglo XIX, actualmente ese papel lo está jugando la avasalladora oferta de créditos para el consumo. En el siglo XIX el crédito directo de mercader a consumidor no existía, excepto, como se sabe, en las haciendas del Valle Central y en las oficinas de la Pampa Salitrera, donde los patrones (que a la vez eran comerciantes “pulperos”) concedían créditos de consumo a sus trabajadores a través del llamado *truck-system*, esto es, uniendo en circuito cerrado el pago de fichas-salario con la compra a crédito en la pulpería-almacén de la misma empresa. Este circuito era, de hecho, un monopolio dual (de pago y compra; productivo y comercial), hermético, local, circular y represivo. El *truck-system* permitió a los patrones no sólo maximizar la plusvalía absoluta (productiva), sino sumar a ésta la plusvalía usurera extraída del crédito de consumo (circulacional), logrando con ello la hazaña de administrar *plusvalías totales*. En éstas el ‘costo’ del salario, en los libros de contabilidad patronal, se reducía a cero, siendo sobrepasado por la ‘deuda’ que el trabajador mantenía en la pulpería, la cual crecía *ad infinitum*. Bajo este sistema, al trabajador no se le echaba al camino sin más, como en cambio ocurría a menudo en las haciendas, sino al revés: se le *ataba a la empresa de por vida*, atrapado por una deuda que convertía milagrosamente el salario en ‘otra’ fuente de ingresos para el patrón. Se observa, por tanto, que el *truck-system* escondía, bajo su apariencia contractual moderna, un tipo de esclavitud peor que la de los “culíes chinos”, ya que ésta era temporal...

En el Chile de hoy, si se observa cómo opera el crédito de consumo, se constata que tras los computadores de las ultramodernas pulperías comerciales (*malls*) se agazapa y oculta una nueva versión del *truck-system*. Reorganizado eso sí con mayor astucia, pues ahora se paga el salario en dinero real y no en fichas (en cualquier caso, en torno a un mínimo que asegura ya una alta tasa de plusvalía absoluta), pero *agregando* al pago salarial una aluvional oferta de tarjetas y líneas de crédito, que le permiten al trabajador-consumidor adquirir mercancías por un valor que supera de tres a siete veces (según diversos cálculos) el monto neto del ingreso anual que recibe. De este modo, la explotación laboral que conlleva el

salario mínimo se disimula tras un poder de compra inflamado por el crédito a escalas gigantescas. Este renovado *truck-system* está insuflando en Chile una gran burbuja consumista (los economistas la toman por ‘desarrollo’), que flota sobre la circulación de al menos 15 millones de tarjetas de crédito (el monto total varía de un informe a otro en el cuerpo B de *El Mercurio*), para una población que no supera los 8 millones de trabajadores.

El ajuste de su estrategia ‘bicentenario’ ha permitido al patriciado mercantil de hoy incrementar su tasa de acumulación a niveles sin parangón en el pasado, sobre todo en el sector denominado *retail* (grandes tiendas, supermercados, cadenas de farmacias, etc., pero también universidades y clubes deportivos). Gran parte del ‘desarrollo’ actual del país (que alcanzará, según se dice, tasas de 6 a 7% en el 2011) no se debe, pues, a la industria sino a este sector particular, que ahora se vuelca jubiloso a conquistar mercados externos. Es preciso señalar, sin embargo, que la hegemonía del *retail* no se debe sólo a la oferta récord de créditos de consumo sino también a las *tasas de interés* que hoy están aplicando los mercaderes al endeudamiento de su clientela. Está registrado que la tasa de interés para créditos de consumo fluctúa actualmente entre 3 y 5% mensual y entre 40 y 60% anual, lo cual duplica los precios reales que paga el comprador. Las tasas de ganancia anual que reconocen las grandes empresas en su balance semestral coinciden con esos porcentajes. Esto significa que el posmoderno ‘patriciado mercantil’ chileno está operando en el siglo XXI del mismo modo que durante el siglo XIX, a saber, basando su acumulación en créditos de consumo y en tasas de interés *usureras*. Que fue lo que hicieron, a la perfección, las oficinas salitreras de 1900 y las haciendas de 1840. La diferencia está en que ahora la perfección se manipula electrónicamente... Ante esto, los obispos del colonial siglo XVIII podrían pontificar, desde sus tumbas, que el gran empresariado chileno ha vivido durante dos siglos revolcándose en un gravísimo estado de pecado mortal (¿no sería tiempo de enviarlo al infierno?)...

Pues atiéndase a lo siguiente: en el siglo XIX los trabajadores del salitre recibían una ficha-salario semanal, digamos de \$ 100, en la ventanilla ‘A’ de la empresa patronal, pero debían pagar, acto seguido, \$ 130 semanales en la ventanilla ‘B’ de la pulpería patronal. Así cerraban una operación aritmética que sumaba exactamente *plusvalía total* para el patrón y endeudamiento perpetuo para el obrero pam-pino. Actualmente el trabajador-consumidor recibe, donde quiera que trabaje, un salario mínimo mensual de \$ 150.000 pagado en dinero efectivo, pero se endeuda (con pago a futuro) a favor del *retail* en una cantidad anual que dobla o triplica su ingreso real en igual periodo. ¿No es éste ‘otro’ caso de *plusvalía total*?

En el siglo XIX el *truck-system* operaba a través de burdas fichas-salario de circulación restringida a la pulpería monopólica controlada por un *patrón* determinado. Hoy opera a través de millones de tarjetas de crédito (cada trabajador puede tener tres o cuatro) de libérrima circulación, canjeables en los colmillos de una jauría de casas comerciales, supermercados, farmacias, cajeros automáticos, compras en red, etc., para beneficio simultáneo de *todos los patrones* del sector mercantil-financiero. Lo que antes eran bolsones privados hoy es, pues, un sistema nacional. Y mundial. Y a mucho orgullo.

El patriciado mercantil chileno completó, pues, 200 años acumulando *dinero sobre dinero* (nunca lo ha hecho a través de la productividad industrial), flotando sobre una burbujeante especulación comercial y una neurotizante plusvalía total. Lo grave del sistema actual es que, aparte de reducir el *costo* del trabajo a cero (igual que antes) y de convertirlo en glosa de *ganancia neta* (igual que antes), ha logrado esconder esta vez la socialmente explosiva 'sicología de la deuda' detrás de una aparentemente gozosa 'sicología del consumo', configurando así la alienación patológica de donde brota ese opaco "malestar interior" que el PNUD, con sus estudios sobre "desarrollo humano", ha descubierto en el alma de los chilenos. Por ello la ganancia neta del viejo y siempre ávido patriciado mercantil no es sólo económica sino también *política*: la protesta y la rebelión de la ciudadanía popular han logrado ser adormecidas. Subjetivadas más que nunca. Escondidas mejor que siempre.

Ante esto, la pregunta obvia, sin embargo, es: ¿por cuánto tiempo? ¿No es y será ese escondite —como ocurrió en el pasado— 'otra' bomba histórica de explosión diferida?

Atentamente.

La Reina, mayo 7 de 2010

## ¿"NUEVA MANERA DE GOBERNAR"?<sup>1</sup>

Los gobernantes de la Derecha de antaño (por ejemplo Arturo Alessandri Palma en su segundo gobierno, su ministro Gustavo Ross Santa María o el propio Augusto Pinochet) solían llamar las cosas directamente por su *nombre patronal*: riqueza para los ricos, pobreza para los pobres, garrote (como decía Portales) para demócratas, subversivos y "humanoides", etc. De modo que nadie se llamaba a engaño respecto a quién tenía "las riendas del poder", quién comandaba las armas de la Patria y qué podían esperar de ese quién los hombres y mujeres libres de la patria. O los pobres y marginados. Fue por medio de ese directo y desembozado modo patronal como fue 'montado' (es la palabra exacta) en 1973 el modelo neoliberal más extremista del mundo. O —si usted es patronal— el más adecuado y transparente...

Eran otros tiempos y "otros hombres, más hombres, los nuestros" (diría Gardel)...

Desde 1990, sin embargo, cuando se elige un gobierno en Chile, la ciudadanía vota por algo o por alguien, pero *elige de hecho cualquier otra cosa*: votó repetidamente, desde 1990 a 2010, por ejemplo, centro-izquierda, pero una y otra vez 'le salió' derecha... Desconcertada, en 2010 eligió, después de medio siglo, un gobernante que debía ser, por fin, uno 'patronalmente' derechista y le ha salido... ¿qué? Un presidente que ha jurado erradicar la pobreza en 4 años, crear un millón de empleos para los pobres, capacitar a 5 millones de trabajadores, aumentar desde \$ 150.000 a \$ 200.000 las pensiones solidarias, construir 600.000 nuevas casas, eliminar las horas de espera en los consultorios, duplicar el gasto en investigación y desarrollo, eliminar el 7% del gasto en salud para la tercera edad... Es verdad que sólo son promesas (¿está todavía en campaña?), pero ¿y si fuera cierto? ¿No están usando, para todos esos efectos, parkas rojas y no camisas pardas? ¿Es que estamos en presencia de un nuevo Frei Montalva o un redivivo Allende Gossens?

<sup>1</sup> En *Las Últimas Noticias*, 22 de mayo de 2010, p. 8.

Si todo *no es* como parece –es el carácter de la política actual en Chile– entonces no está demás tratar de inspeccionar qué hay debajo de ese ropaje ‘enrojecido’. Y, lupa en mano, prestar atención a lo que NO DIJO el Presidente en el mensaje del 21 de mayo y a lo que se está viendo después... Y entonces usted se encuentra, por ejemplo, con: a) el proyecto que concesiona a privados varias decenas de hospitales públicos; b) la propuesta de privatizar en ruleta abierta las empresas eléctricas y sanitarias del Estado; c) la obsesión por recortar aún más los recursos para la educación pública y solidaria; d) la decisión de profundizar la militarización del territorio mapuche; e) el imperativo contable de exonerar a los empleados y profesionales no-derechistas de la administración pública; y f) reprimir por cuestiones de seguridad del Estado a los trabajadores subcontratados en huelga, etc. Para todo lo cual, por cierto, se potencia –son las medidas más concretas del Mensaje– el aparato burocrático de la represión (Ministerio del Interior y Seguridad Ciudadana), se aumenta en 10.000 plazas el Cuerpo de Carabineros, y en 1.000 la Policía de Investigaciones...

¿Es que la “nueva manera de gobernar” consiste en dar besitos (de paso) en las mejillas de los pobres, mientras se toman decisiones según la ‘información estratégica’ que entregan reservadamente los poderosos *think tanks* neoliberales de fuera y dentro del país? ¿Blufando, como en el póker? ¿Con el rojo del socialismo en la ropa y el blanco-invierno del viejo derechismo represivo en los hechos? ¿Desplegando un populismo faranduloso de tallerinadas, bicicletadas, zambullidas y alojamiento en mediaguas, siempre y cuando la TV esté encima captando todos esos guiños, pasos y traspasos? ¿Es que los patrones de hoy quieren desdoblarse entre el ser que realmente son, y el *clon* ectoplásmico que les permite, para las cámaras, ser más populistas que Frei Montalva o Allende Gossens?

La cuestión de fondo, sin embargo, es: ¿cómo debería actuar la ciudadanía ante la “nueva manera” de gobernar? ¿Jugando también a las escondidas? ¿Vitoreando a los balcones de La Moneda, por ejemplo, mientras prepara, con una sonrisa obsecuente en los labios, un tremendo *mazazo popular* por detrás?... Como quiera que sea la nueva manera de gobernar, lo realmente necesario es, ante las dolencias del Bicentenario, que la ciudadanía implemente ya, con toda decisión, maneras contundentes –directas y transparentes– de imponer soberanía...

La Reina, mayo 21 de 2010

## LA VERDADERA POBREZA DE HOY<sup>1</sup>

“Luego de recorrer un largo pasillo del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, se llega hasta la oficina de Gabriel Salazar. En su despacho, lleno de libros y apuntes, espera para responder nuestra entrevista. Afuera la mañana está fría y gris, pero a los pocos minutos eso se olvida. Y es que el discurso de este historiador chileno –uno de los más destacados exponentes de la historiografía social y política contemporánea– es potente.

Hace una semana la famosa encuesta CASEN reveló que hay más pobreza y que los ricos son más ricos y los pobres más pobres. En este sentido, Salazar sostiene que mientras no se reformule la manera de construir Estado las políticas sociales del gobierno de turno no serán más que paliativos. Y acuña una interesante definición de ‘pobreza ciudadana’: una que no se funda en la escasez de bienes materiales sino en la neurosis que genera la competitividad desgarradora que empieza ya desde las aulas. Personas endeudándose tres veces más que el sueldo que ganan, empleos precarios y una guerra diaria por obtener recursos. Incluso, comenta que las políticas sociales lo que han hecho es ‘tirar plata’ a los pobres, con “bonos” que en nada solucionan el problema en su raíz.

Gabriel Salazar, quien fue Premio Nacional de Historia en 2006, habla también de las polémicas que suscita este tipo de premios y desmenuza además lo que sucedió con los indultos Bicentenario, sobre todo en materia de derechos humanos. Ese tema, el de los indultos, le llega de cerca, ya que estuvo detenido en Villa Grimaldi y Tres Álamos. Mientras estuvo encerrado, entre 1975 y 1976, Salazar desarrolló un curso de Historia económica chilena, que después se convertiría en el libro *Historia de la acumulación capitalista en Chile*.

<sup>1</sup> Entrevista realizada por la periodista María José Cabezas y publicada en el diario *El Centro*, sección “Entrevista de la Semana”, bajo el título “Hoy los pobres tienen *blue jeans* de marca y celular”, Talca, domingo 1 de agosto de 2010, pp. 2-3.

*La última encuesta CASEN 2010 reveló que hay más pobres y que la brecha en la distribución de los ingresos empeoró. ¿Cómo explica la paradoja del interés de los gobiernos por la justicia social y los resultados de estas mediciones?*

Hay que diferenciar lo que son las políticas sociales de lo que son las estructuras constitucionales. La Constitución de 1980 y, en general, los decretos de la dictadura determinaron que nos domine hoy un modelo neoliberal. Y una cosa es lo que ese modelo produce, que a mi juicio es pobreza, y otras son las políticas sociales que procuran *reducir* el impacto que ese mismo modelo genera. Para mí las políticas sociales son meros parches que se sobreponen a los problemas que genera la estructura constitucional del Estado. Éste no es un Estado nacional-desarrollista que se haya propuesto industrializar el país y establecer la justicia social. La aplicación concreta del modelo neoliberal ha generado, por eso, un tipo de pobreza que es diferente a la pobreza tradicional. La imagen que tengo de la pobreza desde mi infancia es la persona que tocaba la puerta pidiendo un pedazo de pan. Y los chiquillos que pedían andaban a pie pelado, desarrapados, sucios. Esa era la pobreza tradicional, la que se definía por una severa privación de medios materiales para subsistir. Hoy, en mi opinión, el pobre no se define por esa privación. Hoy día los pobres andan con zapatos, tienen *blue jean* de marca, celular, parka, etc. Así mirada, la pobreza se ve reducida o anulada, pero lo que realmente ocurre es diferente. Las personas compran hoy todo tipo de cosas, pero *endeudándose*. De hecho, los chilenos de los quintiles pobres están endeudados hasta más de tres veces su ingreso anual. Eso implica que viven *para* la deuda, y viviendo endeudados la pobreza se torna invisible, o no aparece. Si la pobreza debe definirse en relación con la época en que se vive, según el contexto histórico real, entonces se debe definirla de un modo distinto a como lo hace la CASEN. La pobreza de hoy tiene que ver, por ejemplo, con el empleo precario, que abarca casi los 2/3 de la fuerza de trabajo. Tiene que ver con que ese tipo de empleo no genera el ingreso suficiente para levantar una familia, razón por la que la gente se casa menos que antes...

*¿Cómo debería verse hoy la pobreza?*

La pobreza de hoy no hay que definirla según lo material solamente, sino también, y sobre todo, según lo *inmaterial*: por la desintegración de la familia tradicional, por la expansión del madresolterismo, por la explosión de niños huachos, que hoy son más, incluso, que en el siglo XIX. La pobreza de hoy se mide por la inseguridad afectiva, por la no proyección óptima de la vida futura, por el debilitamiento de

los lazos comunitarios. La pobreza de hoy es sobre todo inmaterial, y por eso es una '*pobreza ciudadana*'. Todas las cifras de la CASEN reducen la pobreza sólo a lo material. Pero la pobreza ciudadana existe, es más grande que nunca, y puede aumentar y explotar, porque es precisamente esta pobreza la que sostiene —a través del endeudamiento— *toda* la economía. De modo que, a la menor perforación de la burbuja crediticia, puede producirse un estallido general ¿y cómo va actuar entonces esta nueva masa de 'pobres'? ¿Alguien puede predecirlo?

*¿Cuáles son las consecuencias de la pobreza ciudadana?*

Primero, un impacto hacia adentro: la angustia que producen los ingresos bajos, los contratos precarios o temporales. O sea produce una crisis subjetiva. Esto explica la altísima tasa de neurosis que afecta hoy a los chilenos, el consumo de antidepresivos y de drogas. Y cuando tú te neurotizas tiendes a explotar en reacciones violentas. Por eso dentro de las casas se registran altos índices de violencia doméstica, lo que explica también la explosión delictual y la propensión a flor de piel a destrozarse todo lo que se pilla. Por eso la pobreza real que tenemos no es material y se expresa en la violencia ambiental existente.

*La CASEN y otras encuestas ¿no le toman entonces el pulso a lo que socialmente pasa?*

No, no le toman el pulso. La Concertación estuvo 20 años declamando que su política de reducción de la pobreza material era un éxito. Pero bajo esa aparente reducción, al mismo tiempo, estaba sembrando bombas de tiempo, que son las que han explotado recientemente en la zona sur, tras el terremoto, con saqueos, etc. Cualquier tropiezo o desequilibrio del sistema que nos gobierna traerá consigo una explosión social del mismo tipo. Y ante esa inminencia, los gobiernos agregan, sólo, más y más policías... Que no solucionan el problema.

*Usted sostiene que las nuevas generaciones están siendo educadas con una cultura que viene de afuera y que no se ajusta a la realidad chilena.*

En la era de la globalización todo compete con todo, y la competencia requiere medirse, por tanto, con parámetros internacionales. Y ahí aparecen entonces las "clasificadoras de riesgo" midiendo todo en cada país, hasta la educación, para ver si son aptos, competitivos o no... Por eso nuestros gobernantes diseñan y evalúan nuestro proceso educativo aplicando modelos externos... Vivimos comparándonos

con Dinamarca y Finlandia, por ejemplo, porque lo que en Chile se enseñe *debe ser* 'lo europeo', 'lo norteamericano' o 'lo asiático'. Y la ciencia occidental será muy ciencia, pero *no* refleja la realidad de nuestros niños "en situación de calle", en su casa, en su población, etc. Por eso, a final de cuentas, vivimos apretados entre dos culturas en conflicto entre sí: la de los jóvenes en la calle (que tiene mucho sentido para ellos, porque allí construyen sus identidades reales), y la del aula, donde reina la cultura occidental y las evaluaciones internacionalizadas... Y si el joven, esforzándose, llega a la Universidad, se dará cuenta recién que su empleo más probable será precario e inestable, de modo que no podrá asegurar ningún ingreso óptimo al futuro...

*Las hordas de gente que saqueaban tiendas luego del terremoto, o los destrozos postcelebración del Mundial ¿tienen que ver con esa pobreza social y ciudadana que impera?*

Hay dos elementos que concurren en la ocurrencia de esos hechos. Primero, hay que considerar que, por tradición, siempre hemos tenido una masa marginal empobrecida que ha luchado contra la clase pudiente para obtener recursos. Cualquier desequilibrio económico ha desatado esta 'guerrilla de recursos', que es una institución secular en la historia de este país. Por otro lado, hay un factor importante: es cierto que después del terremoto hubo robo de alimentos, pero la mayor parte fue robo de artefactos electrónicos. Lo electrónico tiene hoy doble significado: es un factor *simbólico* que representa integración a la modernidad (no soy pobre porque tengo aparatos electrónicos) y por otra parte es el objeto o mercancía que *mejor se transa* y mayor rentabilidad tiene en el mercado negro. Ambos factores concurren en los robos del sur.

*¿Servirá para paliar la pobreza la creación de un Ministerio Social?*

Para mí la creación de 'otro' ministerio no resolverá nada, no cambiará la naturaleza real de la pobreza producida por el sistema económico-social que nos domina. Que sea FOSIS, MIDEPLAN o cualquier otra repartición no cambiará nada, da lo mismo, y lo más que harán será distribuir bonos, o sea: tirarles plata a los pobres, al más viejo estilo limosnero-patronal. Y no creo que Piñera vaya a modificar en sustancia ese estilo.

*¿Qué falta para erradicar la pobreza ciudadana?*

Habría que cambiar el 'modelo país'. El modelo vigente ha multiplicado por todas partes el empleo precario y la pobreza ciudadana. Ha introducido con fórceps el crédito de consumo, a efectos de suplir los déficits del empleo precario. Lo que engendra endeudamiento y angustia subconsciente. El conflicto social, que antaño estallaba con las masas en la calle, hoy estalla al interior de las personas, en la subjetividad de cada uno, en el alma de la baja sociedad civil, de donde escapa bajo forma de agresividad social y delincuencias de todo tipo.

*¿Qué le parece el indulto propuesto por la Iglesia y que ha desestimado el presidente Piñera para los condenados por los DD.HH.?*

Por un lado, la Iglesia Católica, a mi modo de ver, ha perdido por completo el rumbo en muchos ámbitos... El gran conflicto actual se ha subjetivado y convertido en una cuestión de temas valóricos que reclama el tratamiento por parte de sicólogos, policías y otros 'expertos'. En este sentido, el soporte ético de la sociedad fue, durante mucho tiempo, la Iglesia Católica, pero ésta, ahora, ha perdido en buena parte su antigua credibilidad. Y esto profundiza aún más la crisis que se encarna en la 'pobreza ciudadana'. Creo que la propuesta de indulto de la Iglesia estuvo inspirada en el *humanismo inercial* de la Iglesia, que tan bien conserva en su persona el actual Cardenal, que es bonachón, meloso y devoto declarado del amor comprensivo y la reconciliación. Pero en el Chile neoliberal de hoy 'eso' no tiene cabida. Los dilemas y antagonismos en juego son todavía muy profundos. Por eso, hasta Sebastián Piñera se echó el Cardenal al bolsillo, por razones que son obviamente políticas: si el Presidente perdonara como el Cardenal quisiera, perdonaría de hecho a todo el Ejército, dejando impune su histórica conducta criminal, que muchos chilenos no olvidan. Si *no* indultara, entonces, como hombre de Derecha, perdería respaldo castrense... Por eso ignoró lo del Cardenal y optó por resolver, sobre el indulto, caso a caso... eludiendo el dilema de fondo.

*¿Por qué los Premios Nacionales despiertan tanta susceptibilidad, como ha ocurrido con el de Literatura e Isabel Allende?*

Estamos en una sociedad de mercado y aquí todo incita a vender, a competir, a desplazar a otros y a olvidar la solidaridad cotidiana. En el plano de los Premios Nacionales hay también bastantes codazos, miradas torvas y críticas solapadas que transforman el tema en algo poco agradable. Hay gremios intelectuales

particularmente competitivos, donde la perspectiva del premio deviene en un infierno chico. Oscar Wilde decía que los celos entre intelectuales son peores que los de las esposas con sus maridos. En el gremio de historiadores se da también algo de eso. Pero aquí lo importante es analizar cómo los jurados evalúan a los postulantes para otorgarles el Premio. Tienen varias alternativas: pueden decidir en función de la calidad científica o artística, o en función de la aceptación general del público y los lectores. O bien, pueden decidir según quién lleve a cabo el *lobby* más efectivo... O se premia por calidad intrínseca, o por popularidad efectiva o por el *lobby* simple. Lo ideal sería que el universo de *los pares* eligiera. O los que verdaderamente leen... En este caso, creo que el Premio de Literatura debiera dársele a Isabel Allende. Sería muy grotesco que de nuevo la postergaran. Casi odioso”.

## REMINISCENCIAS DEL PODER CIUDADANO (CHILE, 2010)<sup>1</sup>

En Chile la ‘memoria oficial’ conmemora y obliga a recordar, una y otra vez, a los jefes de Estado, los ministros, los generales, los partidos políticos, las victorias militares y las elecciones presidenciales de antaño y ogaño... Los ‘medios de comunicación’, a su vez, presentan todos los días, a toda hora, y en vivo, esos mismos personajes y su mismo (alto) *rating*. Los ‘textos escolares’, como eco paternal, repiten todo eso y exigen a los niños aprender y memorizar, curso tras curso, letanía tras letanía, lo mismo de lo mismo. Deletreando, claro: “me-mo-ri-cen-todo-lo-relativo al Estado, a los poderes fácticos, a la Ley, a los presidentes y ministros... ¡Todo!”.

De esa manera, década tras década, la ciudadanía ha sido inducida y obligada, de modo sistemático, desde su niñez, a *olvidarse de sí misma*. A no proclamar su opinión, a no proyectar sus movimientos, a no hacer valer sus propuestas, a no ejercer sus poderes locales y, menos que todo, a no imponer su *soberanía popular*.

De ese modo se ha negado en Chile la existencia y sepultado el protagonismo de la ciudadanía, en tanto actor ‘supremo’ de la República. Haciendo espacio para que las elites hagan y deshagan, con y en el Estado –o sin él– todo lo que les parece de alto contenido patriótico: mantener el inmortal orden portaliano, el librecambismo de siempre, la gobernabilidad de antaño, etc. Todo, cualquier cosa, con tal que la soberanía popular *no se ejerza*. Como si fuera una masa marginal peticionista que solicita ser llevada de la mano a donde ella no sabrá nunca ir por sus propios medios. Que, por lo mismo, debe esperar con paciencia infantil a que sus líderes –cuando logren ponerse de acuerdo– resuelvan los problemas cruciales del país (por ejemplo, los estragos del terremoto-maremoto, o el impacto laboral corrosivo que ha traído consigo la des-industrialización del territorio). Y

<sup>1</sup> Texto escrito presentado como insumo en el Cabildo Abierto de Ciudadanos celebrado en la ciudad de Talca el 3 de agosto de 2010. Fue solicitado por el Centro de Estudios Sociales SUR (sede Talca).

que escuche y acepte sin chistar los artilugios estadísticos que le ofrecen como explicación a la cuestión de por qué, tras 200 años de jubilosa independencia republicana, tenemos aún ‘bolsones’ de pobreza material y llanuras enteras de pobreza ciudadana, uno de los peores índices mundiales de distribución desigual del ingreso, altísimas tasas de delincuencia, records planetarios en materia de niños huachos, un sistema educacional que, procurando parecerse al de Finlandia, se vuelve desvergonzadamente clasista, etc. De tal manera que, si la masa ciudadana *osara*, con atrevimiento subversivo, protestar o tomar la iniciativa por sí misma, lo ‘correcto’ sería (como ha sido, es y será) aplicarle éste o aquel artículo de la Ley de Seguridad Interior del Estado, acusándola de antisocial, anarquista o terrorista, según convenga. Hasta recuperar la gobernabilidad ‘democrática’ exigida por el capital extranjero...

Desde 1829 (batalla de Lircay) las elites dirigentes de este país han estado arrojando grandes paletadas de olvido sobre la autonomía ciudadana. Lápidas de amnesia y bloques de granito, para que no se levante jamás. Para que no mueva ni su mente ni su voz ni sus músculos... Con todo, el terremoto del 27 de febrero, sin quererlo, agrietó la mole del olvido oficial. Y por las fisuras abiertas la soberanía ciudadana comenzó a chisporrotear, de cualquier modo, como lava o amago de incendio, sobre la superficie del espacio público... Algunos años antes las secuelas sísmicas de la “crisis asiática” también abrieron fisuras, por donde se filtró, para espanto de las elites, entre 2005 y 2006, la “revolución pingüina”... Y desde mucho antes están reventando también, en el sur, centenares de volcanes mapuches, con chispas de fuego soberano... Y la ira vecinal, intoxicada de pólvora mercantil, de angustia crediticia y alud especulativo, reventó también en las ciudades del Biobío, del Maule, del Itata, saqueando todo a su paso, convertida en maremoto social... Hasta que ayer, culminando todo eso, en las aldeas de emergencia, o a lo largo de las calles escombradas del Valle Central, los vecinos decidieron, al fin, tomarse de las manos para sentir de nuevo correr en sus venas la sangre olvidada de su autonomía...

Por eso hoy, 2010, es tiempo de recordar. Pues es necesario que la ciudadanía recuerde *por sí y para sí misma*. Que evoque su verdadero y legítimo pasado. La historia que ha tejido, en sub-terra y en sub-sole, a lo largo del tiempo republicano... La Nueva Historia de Chile, que surgió precisamente para acompañarla y coadyuvarla en esa tarea, ha investigado y retenido ese pasado, el mismo que hoy podría, en cabildo ciudadano, recordar, compartir y difundir. Hasta llenarnos de verdad y de viejas y nuevas sinergias. Colectivamente.

No podemos hoy, sin embargo, recordar *toda* esa larga, enterrada y olvidada historia. Ni el espacio es suficiente, ni el lugar el adecuado. Pero sí podemos anotar, al menos, los grandes hitos. Y evocar cómo, en 1822, por ejemplo, *la ciudadanía en pleno*, de sur a norte, derribó sin disparar un tiro la abusiva dictadura de O’Higgins, forzándolo a abdicar. Cómo ejerció, después de eso, su “poder constituyente”, hasta dictar por sí misma la Constitución (democrática) de 1828. Cómo se amotinó ocho veces contra la dictadura de Diego Portales, hasta fusilarlo en 1837. Cómo se amotinó dos veces, armas en la mano, contra el “tirano” Manuel Montt. Cómo se organizó luego en sociedades mutuales y mancomunales (donde aprendió a generar y administrar recursos propios, a manejar sus propias imprentas y periódicos, a autoeducarse y democratizarse puertas adentro, etc.) hasta volcar lo aprendido en un gran proyecto de Constitución Política desarrollista y democrática, que trató de imponer entre 1918 y 1925. O cómo, por último, hastiada de la esterilidad parlamentarista, levantó el “poder popular” entre 1969 y 1973, el mismo que lanzó contra la dictadura militar entre 1983 y 1987 hasta obligarla a negociar...

Para recuperar sus poderes soberanos y el protagonismo que ha demostrado tener en la historia nacional, la ciudadanía necesita –como antes– dialogar consigo misma, *autoeducarse*, difundir su pensamiento y sus acuerdos por todos los medios posibles (periódicos, revistas, panfletos, mensajes de texto, internet, libros, charlas, conferencias, asambleas, cabildos abiertos, murales, videos, etc.) y, sobre todo, *proponer e imponer por sí misma* las soluciones más eficientes a los problemas que le aquejan. La historia ciudadana chilena demuestra, en el pasado, que eso se pudo hacer. No en vano convocó y eligió democráticamente a los delegados de *dos* Asambleas Constituyentes (de productores, asalariados e intelectuales): en 1828 y en 1925. La primera fue anulada por el sangriento golpe militar asestado por los mercaderes y mercenarios de Diego Portales. La segunda fue traicionada por ese avieso y mentiroso político que fue Arturo Alessandri Palma. Y la Nueva Historia de Chile está mostrando también cómo, desde 1925, primero, y ahora desde 1973, las elites han echado cemento y concreto, palada tras palada, sobre la memoria de todo eso...

Hoy, 2010, es tiempo de desenterrar la verdadera historia. Y tener legítimos recuerdos de lo que somos y lo que podemos. Pues con la memoria social *saneada* es posible ponerse de pie, asumir el pasado y echar a andar de nuevo la verdadera soberanía popular... Por las grandes alamedas...

## CULTURA-OBJETO Y CULTURA-SUJETO EN LA HISTORIA DE CHILE<sup>1</sup>

Por lo común se habla de 'la' cultura como un sustantivo general, abstracto, en un registro tan amplio que es, prácticamente, indefinible. Parece conveniente, pues, especificar el concepto a fin de introducirlo en la corriente sanguínea de la historicidad nacional, en el acontecer social concreto y, en este sentido, puede ser productivo hacer una distinción entre lo que podemos llamar cultura-sujeto y lo que es cultura-objeto.

¿Por qué 'cultura-sujeto'? Porque, en última instancia, la expresión 'cultura' viene de '*cultivo*'. Lo que implica que la cultura humana es, en su origen primero, autocultivo de la humanidad. O sea: humanización del ser humano por el mismo ser humano. Y esto puede dar lugar a procesos de gran trascendencia histórica. En efecto, el autocultivo del ser humano puede asegurar –por ejemplo– sobrevivencia y vida digna en condiciones de extrema pobreza y exclusión, pero también, en otro extremo, la transformación de un individuo-masa (que es el movido como títere por los caudillos, las vanguardias o el mercado, o el que vive aislado y solo) en un sujeto social consciente de sí mismo, abierto a deliberar con otros individuos para tomar decisiones colectivas, soberanas. La 'cultura', por tanto, en tanto autoeducación, humaniza desde un nivel mínimo (sobrevivencia) a uno máximo (transformación de un sujeto individual en actor social, y la de éste en ciudadano soberano). Así, el perfeccionamiento de la humanización de cada individuo puede generar un proceso de empoderamiento, que le permite –por ejemplo– *liberarse* de la condición de 'víctima alienada' en la que lo mantienen los sistemas que se han

<sup>1</sup> Exposición efectuada en la VI Convención Nacional de la Cultura realizada en La Serena entre los días 20 y 23 de agosto de 2009. Publicado en *La construcción cultural de Chile*, Gobierno de Chile, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Santiago, septiembre de 2010, pp. 69-80. Otros expositores: Elicura Chihuailaf, Alfredo Jocelyn-Holt, Mateo Martinic y Sonia Montecino. El texto publicado correspondió a una transcripción directa de la exposición oral. El presente está corregido por el autor.

construido dictatorialmente sobre él (situación que registra una alta frecuencia en nuestra historia nacional) y, aun, *construir cívicamente* un sistema alternativo más humano y menos victimizador. No hay mayor derecho humano ni mayor cultura humana que la que permite liberarse de la victimización sistémica para construir el orden social que garantiza la humanización plena.

La 'cultura-sujeto', pues, involucra trabajo, la realización de una tarea, una lucha que comienza como un proceso subjetivo, pero que no se completa como tal si no llega a compartirse con otros iguales. Es, por eso, *vida*, pero a la vez interacción social, puesto que para liberar y construir es necesario acumular y desplegar *poder*, y el poder necesario para eso no puede ser sino la asociatividad y la proyección accional colectiva. El sujeto 'culto', por tanto, es el que conlleva en sí mismo la capacidad cultivada de producir *socialmente* la realidad que se requiere. En cualquier momento. En todo trance. Por ello, la 'cultura-sujeto', en este sentido, es siempre un "capital social" que se retroalimenta en y desde cada sujeto individual, pero que se realiza como tal en el metabolismo interaccional de aquél con la *comunidad*. Un sujeto sin comunidad puede autocultivarse pero no generar la cultura liberadora y generadora de un nuevo orden social. La soberanía, por eso, si se genera como tal en el autocultivo de los sujetos individuales, sólo se realiza y actúa en una 'comunidad-sujeto'. Por eso, sólo los 'pueblos' (comunidades-sujeto) que se emancipan o luchan por su emancipación, pueden ser y son cultos... Si el pueblo mapuche está luchando por su emancipación o reconocimiento es porque es, en este sentido, eminentemente culto...

La 'cultura-objeto', en cambio, no es sino el conjunto de *productos* que van dejando a la vera del camino los procesos vivos de emancipación y empoderamiento. O sea: a la vera del autocultivo individual y comunitario de los seres humanos. Son productos objetivados y/o materializados, que pueden ser ropa, ponchos, armas, cuadros, cánticos, sinfonías, bailes, palacios, tradiciones, comida, libros, ciencia... En Chile casi todas las autoridades entienden cultura *sólo* en ese sentido específico. Es decir, como masa ilimitada de objetos culturales ya hechos, que están allí, disponibles, terminados. Que se pueden, por tanto, comprar, exponer, coleccionar, vender, 'aprender' o pagar un *ticket* para verlos o escucharlos. O sea mercancías de consumo ocasional o cotidiano. Bienes de mercado que se transan y circulan con precio, etiqueta y prestigio social. Se puede, por lo mismo, 'tenerlos y llevarlos', exhibirlos como condecoración o símbolos de distinción, prestigio y 'de clase'. La mayor parte de los objetos culturales de mayor apreciación entre nosotros viene del hemisferio norte, y constituyen una variante central del 'consumo conspicuo'. Se concentran, sobre todo, en las mansiones de la elite. Y en Chile se ha entendido

siempre que la Educación consiste precisamente en el aprendizaje sistemático de los 'objetos culturales' señeros venidos... del extranjero. Ojalá nórdicos... "M'hijito, léase esto porque es un cuento de los famosos hermanos Grimm, aprenda las matemáticas de Pitágoras, o estudie esto otro porque lo escribió nada menos que Michel Foucault, o vaya a ver ese cuadro porque es de la escuela francesa, o use este artefacto electrónico porque lo fabricó Sony"...

En Chile se ha educado siempre en función de la 'cultura-objeto' (símbolo distintivo de la clase alta), atiborrando la memoria de los niños con 'mercancías culturales' de cotización internacional creciente y humanización local decreciente. No es extraño que esta educación, que se ha importado del mercado mundial, haya terminado en el siglo XXI mercantilizada por completo; de modo que cada grado de 'internalización' (el aprendizaje se mide en tramos de 'calidad') tiene marca y precio diferenciado... Por eso en estos 200 años ninguna autoridad le ha dicho al niño popular, por ejemplo: "mira, voy a educarte para desarrollar tu condición local de ser humano, a fin de que te liberes de la pobreza y la alienación, y para que construyas la sociedad que todos necesitamos"... Lo que se le ha dicho es, en cambio: "memoriza hasta donde puedas lo que nosotros, la elite de este país, hemos ya memorizado de modo ejemplar". O sea: yo imito, tú me imitas: *that is the question*... Se comprende así que la cultura-sujeto, que está obligada a crear para vivir y a no-imitar lo que no le asegura vida, sea ignorada y desechada: la 'cultura-sujeto' huele a peligro...

Allá por 1890 vino a Chile un periodista norteamericano, Theodore Child, que recorrió el país observando la sociedad chilena. De sus observaciones escribió dos informes, y en uno de ellos señaló que, en las calles y plazas de las ciudades que él visitó, pudo registrar dos personajes típicos contrastantes: los hombres y mujeres de clase alta, y los hombres y mujeres de clase popular. De los primeros informó que eran sujetos "pálidos", sin carácter ni color cultural propio: imitaban y emulaban todo lo que sabían de Europa, al punto que parecían ser europeos y no chilenos. En sus casas reproducían los estilos arquitectónicos, los muebles, cuadros y costumbres de Francia, Inglaterra o Italia. Trataban de hablar francés o inglés. Y que, por todo eso, su notoria tendencia imitativa era —a los pies de los Andes— extemporánea. Eran meros *consumidores de cultura* (ajena), razón por la que no tenían la autenticidad y refinamiento propios de los verdaderos creadores de lo que imitaban. Ciertamente, lo que Child descubrió en la clase alta chilena a fines del siglo XIX era el predominio (mercantil) aplastante de la 'cultura-objeto'.

En los sectores populares (compuestos por el pueblo mestizo y el pueblo mapuche), en cambio, halló que los hombres y las mujeres estaban henchidos de

*carácter y colorido propios*: vestían “ropa de la tierra”; hablaban con propiedad, creatividad y soltura el “idioma de la tierra” y denotaban asertividad y confianza en lo que eran y demostraban ser. Tenían las “identidades de la tierra”. Irradiaban fuerza cultural. Eran, pues, “cultos”.

En las elites chilenas se ha cultivado durante siglos el refinamiento in-auténtico del consumismo cultural. En el bajo pueblo, por el contrario, el refinamiento auténtico de la autoeducación identitaria (“hombre culto es aquel en que no se nota que ha estudiado, cuando ha estudiado, y que no ha estudiado, cuando no ha estudiado” decía el profesor Sergio Munizaga, del viejo Instituto Pedagógico). Producto de la obsesión importadora que padecen, las elites chilenas han impulsado desde hace siglos un mismo proceso de ‘hetero-modernización’, es decir: un proyecto-país basado en: a) la importación permanente de productos culturales nórdicos; b) en la consiguiente política libremercadista (apertura al capital extranjero); y c) en la dominación de una elite que se identifica más con los centros metropolitanos del mercado mundial (España, Inglaterra, Estados Unidos, etc.) que con la concreta realidad nacional. Por todo eso es que han ignorado siempre la conminatoria frase que el historiador-latifundista Francisco Antonio Encina difundiera en 1911: “consumimos como civilizados y producimos como bárbaros”. El vértigo colonialista sigue, pues, manteniendo a la clase dirigente chilena atada al remolino centrípeto de los imperios nórdicos.

En cambio, el ‘bajo pueblo’ ha necesitado autohumanizarse, mayoritariamente, en márgenes y fronteras, en lo hondo del territorio, en el límite de la deprivación, sujeto a sospecha y con sistema dominante en contra... Al partir su historia desde cero, o de un *mínimum* proteico, el bajo pueblo ha estado sujeto al imperativo categórico de *autoeducarse en todo*: en la sobrevivencia física, en la exploración milimétrica de la geografía y la sociedad, en el manejo flexible de las relaciones humanas desde nidos de inferioridad crónica, en el tráfico bajo cuerda de bienes de consumo, en amores y camaraderías ‘al paso’, en ámbitos inestables no regulados ni por la ley ni por la institucionalidad, etc. Esa condición lo ha obligado a sembrar la tierra en valles perdidos, a traficar y faenar ganado ajeno, a recorrer huellas por montañas y desiertos, a explotar yacimientos mineros “al pirquén”, a dormir a la intemperie, a trabajar por un salario en cualquier faena, a ser llevado como “leva” a las guerras patronales... El ‘bajo pueblo’ tuvo, pues, que *crear* sus condiciones materiales y sociales de existencia y *forjar en sí mismo* la capacidad y el poder para hacer todo eso. Por tanto, se mimetizó con el paisaje real, con los paisanos reales y con el proyecto de vida que conllevaba el imperativo ineludible de producir por sí mismo, localmente, el mejoramiento de las condiciones reales de

existencia. Por esto, el bajo pueblo, al circular y al arrancharse donde fuera lo hizo sembrando las semillas de un legítimo proyecto popular de *auto-modernización*... O sea: no basado en el consumo pasivo sino en la permanente *producción* de una vida mejor (marginal). Y a la vera de ese proceso fueron quedando miles y miles de ‘objetos culturales’ de bajo precio y alta humanidad (hornos de barro, ramadas de matanza, ranchos de todo tipo, arados de palo, ponchos y marayes, chichas y vihuelas, cacharros y pellones, etc.) que, apilados uno sobre otro, después de haber formado parte de la vida, han constituido la masa material, arqueológica y típica del “folklore”... Pero el bajo pueblo no sólo apiló folklore, porque su cultura era, por sobre todo, un *modo de vida* que tuvo y tiene intensa vitalidad y longeva continuidad. Como tal, ese ‘modo de vida’ ha puesto en movimiento, como río manso pero caudaloso, proyectos y alternativas de ‘país real’ que han dado forma y presencia histórica (incluso política) a dos o tres componentes básicos de lo que puede entenderse como ‘automodernización’.

Entre esos componentes cabe destacar: a) un modo de vida de larga duración, que se ha configurado como una peculiar ‘identidad de clase’; b) un proyecto-país centrado en movimientos locales social-productivistas; y c) una cultura marginal horizontal y contestataria, que ha punceteado y acribillado sin cesar, por abajo y por el costado, al sistema dominante general.

— Los pobres y marginales han sido, en Chile, mayoría. Desde el siglo XIX han compuesto, hasta hoy, cerca del 60% de la población. La vida de esa mayoría, en el margen y en exclusión, generó una cultura-sujeto popular extendida a todo lo largo del país, con variantes de región a región y de una época a otra, pero henchida siempre de ‘carácter propio’, como observó Child. Las ‘instituciones’ de esta cultura (el rancho, el telar, la chingana, el horno de barro, la ramada, el vagabundaje, el bandidaje, el conventillo, el baratillo, la casa de asiladas, la callampa, el campamento, la toma de terrenos, el saqueo, la masa callejera, etc.) le han dado una presencia histórica, una identidad cultural y un comportamiento público casi homogéneo, ‘como si’ fuera una *clase popular* estructurada en el sentido de Marx (tiene un “en sí” vital y un notorio “para sí” sociocultural), pese a no estar totalmente asalariada ni vinculada orgánicamente a la producción industrial. Su existencia histórica real demuestra que las clases sociales pueden articularse en sí mismas luchando día a día, año a año, por humanizarse al margen ‘en la medida de lo posible’; lucha que, al mismo tiempo, las enfrenta conflictivamente, de un modo u otro, con el sistema de dominación. Tal enfrentamiento no es necesariamente ‘lucha de clases’ en sentido ortodoxo (donde se enfrentan ‘a dos’ el capital y el trabajo asalariado), pero

constituye un movimiento popular y un conflicto que plantean problemas de fondo, relativos al 'cambio social'. Debe considerarse que en Chile el capital industrial no está plenamente desarrollado ni es hegemónico. Es un tema que obviamente necesita mayor análisis teórico<sup>2</sup>.

— Es un hecho que dentro de la clase popular ha existido y existe un masivo microempresariado productor, que ha marcado, a lo largo de 200 años, una clara tendencia a promover un *proyecto social-productivista* de país. En esa dirección trataron de moverse los miles de mestizos que se arrancharon en tierra ajena (los inquilinos), en tierra adentro (los labradores) y en tierras aleñañas (los chacareros), donde han producido los bienes agroganaderos básicos para la subsistencia del país. En el mismo sentido se movieron los "buscones" y "pirquineros" que descubrieron y trabajaron, primero que nadie, las minas de oro, plata y cobre que convirtieron a Chile en uno de los más importantes exportadores mundiales de productos mineros. Y en las ciudades miles y miles de artesanos levantaron sus ranchos, sus fraguas y chimeneas para producir las manufacturas necesarias a la subsistencia y crecimiento de las ciudades... Todos ellos se identificaron social y culturalmente con *la producción* y se movilizaron para fomentarla y defenderla<sup>3</sup>. De hecho, el cívico proceso constituyente del periodo 1823-1829 y la larga lucha de resistencia contra el Estado mercantil de 1833 (que se extendió por más de 30 años) se debieron, sobre todo, a la movilización activa del microempresariado productivo de la clase popular. Del mismo modo, el movimiento popular-ciudadano del periodo 1918-1925 levantó las banderas y propuestas tradicionales del social-productivismo, en oposición al librecambismo mercantil de la oligarquía dominante<sup>4</sup>. Más aún: cuando la clase obrera emergió como sector trascendente en la clase popular, al margen de su lucha directa contra los patrones, debió suscribir, como *proyecto político*, la formación de un Estado 'social-productivista' (es lo que intentaron hacer los partidos de centroizquierda entre 1938 y 1973), asumiendo la misma lógica,

aunque no en la misma forma, planteada en las coyunturas de 1823-1829 y de 1918-1925. La reiterada propuesta popular por la construcción de un régimen social-productivista ha sido el más consistente movimiento ciudadano tendiente a promover en Chile lo que hemos llamado 'automodernización'.

— La amplia y abigarrada 'clase popular' ha contenido y contiene, también, entremezclada con todos, una gran masa de individuos que *no* se ha vinculado de modo orgánico a los procesos productivos *ni* a la vida cívica institucional, sino al tráfico interlope de supervivencia, al comercio ambulante, a las redes delictuales, a la economía casera y al denominado "bajo fondo" urbano. No son pocos los políticos e intelectuales (incluso 'de izquierda') que han calificado este sector de un modo despectivo y estigmático: "lumpen", "desecho social", "anti-sociales", "bárbaros", etc. Pero son sectores que están ahí —y siempre han estado 'ahí', al alcance de todo— participando, tal vez más que nadie, de los procesos autohumanizadores en el margen, sobre el filo de la ley. Desafiantemente. Es decir, impulsando lo que es, en su origen más oscuro, la verdadera cultura popular. Desde esa frontera, luchan —como al principio— contra el Imperio. De cualquier modo. Individualmente, en pandillas o en montoneras. Atacando por sorpresa, como bandidos de la montaña. O saqueando de improviso, en momentos de caos institucional. O situándose insolentemente fuera de la cultura 'objetiva', de la civilización 'objetivada' y los sistemas 'objetivados'; fuera de todo, precisamente para exaltar su marginal, vilipendiada, pero siempre indeclinable *cultura-sujeto*... Las masas marginales se han sumado siempre, en coyunturas críticas, al movimiento social-productivista del microempresariado productivo y del proletariado industrial. A su manera: amenazando, saqueando, gatillando la violencia social o política. Por eso las elites las temen más que a nadie: el miedo al saqueo atraviesa toda la espina dorsal de la clase dirigente chilena, desde el periodo colonial hasta hoy. Y por eso mismo, la presencia y el tipo de movilización de este componente de la clase popular patentiza, a ojos vistas, la necesidad urgente de realizar en Chile un *cambio social*. Un cambio a fondo de las estructuras. La compulsión o al desarrollo efectivo o al riesgo de la revolución. Fue la presión de las masas marginales (a las que se sumó a menudo el pueblo mapuche) lo que agudizó el conflicto entre 1848 y 1859; entre 1903 (toma de Valparaíso) y 1907 (invasión de Iquique); en 1957 (Santiago); entre 1969 y 1973 (poder popular); entre 1983 y 1987 (jornadas nacionales de protesta) y en 2010 (terremoto-maremoto y saqueo). La masa marginal, quiérase o no, lleva la crisis al límite de la violencia revolucionaria.

<sup>2</sup> El autor ha estado años trabajando en ello, sobre la base de construir primero, hasta donde se pueda, la historiografía de la 'clase popular'. Véase *Labradores, peones y proletarios* (1985); *Violencia política popular en las grandes alamedas* (1990); *Los pobres, los intelectuales y el poder* (1995); *La sociedad civil popular del sur y poniente de Rancagua* (2001); *Las ferias libres* (2002); *Ser niño huacho en la historia de Chile* (2003); y los volúmenes 1, iv y v de la *Historia contemporánea de Chile* 1999-2003, con Julio Pinto). Después, luego de terminar otros trabajos sobre el tema —que se publicarán próximamente— elaborará un estudio teórico-político al respecto.

<sup>3</sup> Véase SALAZAR G, *Mercaderes, empresarios y capitalistas. Chile, siglo xix*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2009, Capítulo iv.

<sup>4</sup> Ídem, *El poder constituyente de asalariados e intelectuales. Chile, siglos xx y xxi*, LOM Ediciones, Santiago, 2009, Capítulo i.

Y en cualquier caso, la única respuesta positiva a la crisis así agudizada por ella ha sido y es siempre la misma: aplicar en integridad el proyecto *social-productivista de sociedad...*

La multicentenario 'cultura-sujeto' de las clases populares en Chile ha sido, pues, suficientemente coherente consigo misma y con la realidad local como para *no ser, de ningún modo, políticamente eunuca*. Al contrario: ha proporcionado siempre los gérmenes sociales y culturales de la automodernización, y además esa violencia limítrofe que estimula a dar el salto revolucionario. Sin embargo, la 'cultura-objeto' de las elites (y sus poderosos aliados externos) ha frenado una y otra vez el desarrollo pleno de esos gérmenes, reinstalando por la fuerza (incluso con terrorismo de Estado), la majadera hetero-modernización... Tan majadera como para que haya importado *también* los objetos culturales 'políticos' que esas elites han usado en Chile para anunciar e intentar seudo-revoluciones y practicar, en consecuencia, seudo-políticas de cambio social: el liberalismo decimonónico, por ejemplo; el nacional-desarrollismo 'liberal' del periodo 1938-1964; la revolución legal (con Constitución 'liberal') del periodo 1964-1973; el bolchevismo 'parlamentario' ('liberal') de la izquierda marxista, etc. Comodines demagógicos utilizados para *no* alterar en nada el orden constituyente (liberal portaliano) ni, a final de cuentas, la heráldica genealógica de apertura plena (liberal) al mercado mundial. El liberalismo, en Chile, no ha sido otra cosa que la alienación cultural crónica de nuestras clases dirigentes, la consolidación heroica de su barbarie pre-moderna (sólo 'consume' modernidad), la deslocalización esquizoide de su identidad, la inconsistencia congénita de su seudo-patriotismo, etc.

Mientras persista el barbarismo oligárquico en Chile (es probable que permanezca más allá de lo razonable) los procesos autoeducativos y automodernizadores de la clase popular continuarán, sin embargo, ebulliendo subterráneamente y aflorando aquí y allá (naturalmente en anonimato televisivo). Ningún aparente éxito neoliberal extinguirá ese magma ciudadano. Ninguna fanfarria mediática eliminará las alienaciones generadas en Chile por la dictadura bicentenario de la 'cultura-objeto'. Los procesos de humanización surgen de necesidades profundas, y no se venden ni se transan como 'bienes' de mercado. Por más que le pongan precio, no son mercancías. Por eso, si Chile no llega aún —ni llegará— al pleno desarrollo humano, si las elites nos siguen manteniendo en la pre-modernidad cultural (a nivel de sistema político y económico), el "bajo pueblo" no dejará de existir ni la Historia Social dejará de seguirlo a todas partes ni la soberanía ciudadana dejará de crepitar ni la masa marginal dejará de delinquir... Por eso, el supuesto

'posmoderno' siglo XXI seguirá siendo, en Chile, el mismo 'pre-moderno' siglo XIX, el siglo más largo y gelatinoso de nuestra historia.

Ante eso, sólo una reactivación consciente, sistematizada y, sobre todo, persistente de la autoeducación popular, en el sentido progrediente de la 'automodernización' (a nivel de país), puede contrarrestar y desmontar la inercia alienante de nuestras elites. Las leyes antiterroristas podrán seguir arrinconando al pueblo mapuche y al pueblo mestizo a punta de fusiles, pero no podrán nunca, exactamente por lo mismo, eliminar la 'cultura-sujeto' que brota y late con la misma vitalidad de siempre en ambos pueblos. Pues la cultura-sujeto es el alma (y el arma) inmortal de la soberanía popular...

La Serena, agosto 23 de 2009

“Durante los últimos meses el historiador Gabriel Salazar ha estado metido en un trabajo de enanos, según dice: grabar una serie de conversaciones con Carlos Altamirano para la publicación, en octubre próximo, de unas ‘memorias críticas’ que le ha encargado la editorial Random House. Recibe en una sala de reuniones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, donde dirige el Programa de Doctorado en Historia. Sirve el café él mismo, en jarros prestados, y alaba el nuevo sabor del Nescafé instantáneo, mientras se echa hacia atrás y espera la primera pregunta con atención y amabilidad. Pese a lo recientes, varios de sus libros ya son clásicos, indispensables para explorar nuestra historia ‘desde abajo’: *Labradores, peones y proletarios* (1985), *Violencia política popular en las grandes alamedas* (1990), *Historia contemporánea de Chile* (1999, en colaboración con Julio Pinto), *Ser niño huacho en la historia de Chile* (2006), *Mercaderes, empresarios y capitalistas* (2009).

*¿Está preparado para la polémica que surgirá con el libro de Altamirano? Cada vez que abre la boca hace mucho ruido... Sobre todo cuando analiza la UP, el golpe y la renovación de la izquierda...*

Altamirano es un intelectual. Así lo descubrí. Es el más intelectual de los políticos chilenos. En relación con la UP, su visión tiene que ver más que nada con la ingenuidad de lanzar un proyecto revolucionario a fondo a través de un Estado que no daba el ancho, y de promover un proceso de ese tipo cuando el mundo se dividía entre Estados Unidos y Unión Soviética, estando nosotros en el corazón del ‘patio

<sup>1</sup> Entrevista realizada por Paulo Ramírez, quien subtítulo: “Gabriel Salazar es el historiador de izquierda más reconocido por la intelectualidad chilena. Hoy escribe un libro sobre Carlos Altamirano, describe del progresismo criollo y considera que la pobreza –que es su campo de estudio– cambió drásticamente: ‘ya no es material, es cívica’...”. En *Qué Pasa*, 3 de septiembre de 2010, n° 2056, pp. 58-64.

trасero' de los estadounidenses, que no querían una segunda Cuba. Eso era de una ingenuidad enorme. Dice también que, sabiendo que eso era así –ingenuo, riesgoso– no procuramos organizar la defensa de ese proyecto, o sea, fue una revolución desarmada. Y eso, dice él, condujo al desastre.

*¿Y qué visión le plantea sobre Salvador Allende?*

Altamirano dice que todos, incluido él mismo, procuraron ser leales al programa de la Unidad Popular. Allende también. Pero Allende, en el fondo, quería morir más que organizar la defensa. Más que atacar al enemigo que lo atacaba, él optó por pensar: 'Me van a derrotar... ¡pum!... me suicido'.

*¿Como opción desesperada de último momento o esa idea le venía de antes?*

Según Altamirano, Allende tenía una concepción fatalista del final del proyecto. Por eso admiraba a Balmaceda. Y cuando apareció la posibilidad del golpe, él se dijo: 'de La Moneda me sacan con los pies para adelante'. Fue como si en la revolución bolchevique Lenin se hubiera suicidado en el momento clave.

*¿Y cuánto se reconoce Altamirano en lo que más tarde hicieron algunos de sus discípulos en la Concertación?*

Dice que él inició la renovación, pero no pensó que la renovación que él propuso se convertiría en un proyecto neoliberal. Porque hoy eso es el Partido Socialista para él: un partido neoliberal. Y eso es traición.

*¿Y usted coincide con esa mirada?*

En general, sí. Es evidente que el PS actual y la DC actual olvidaron sus fundamentos sobre los cuales se constituyeron como partidos. El PS con toda la trayectoria del Frente de Trabajadores, la revolución latinoamericana distinta de la moscovita... Y la DC, que surgió también con eso de la opción preferencial por los pobres, Jacques Maritain, Juan XXIII, *Pacem in Terris*, todo un pensamiento humanista cristiano en pro de la justicia social. Todo ese discurso, que caracterizó al primer gobierno de la DC, hoy nadie lo menciona. Ninguno de esos discursos se menciona... Hoy son todos neoliberales.

*¿Los socialistas se olvidaron de los trabajadores y los demócratacristianos se olvidaron de los pobres?*

Claro, todos administraron el modelo neoliberal de Pinochet, y en su misma lógica. Y eso explica el descontento de las bases, porque son partidos de cúpulas.

*En los 20 años de la Concertación aparecen cifras objetivas que avalan su proyecto. Un ejemplo claro es la reducción de la pobreza. ¿Usted no reconoce esos avances?*

Las cifras avalan eso si mantenemos las mismas definiciones de pobreza. La pobreza siempre se definió, en el mundo que yo conocía, como carencias materiales. Yo vivía en una población obrera, la Manuel Montt, en el barrio Independencia, rodeada por poblaciones callampas y conventillos. Allí llegaban los pobres a pedir 'un pedacito de pan por amor de Dios'. Y les dábamos pan duro. Yo eso lo vi. ¿Quiénes eran los niños?: 'Cabros patipelaos', o sea, sin zapatos, con los mocos colgando, desarrapados... tú les dabas un camisita y quedaban felices. O mujeres pobres, piñinientas, todas sucias, hediondas, con un saco al hombro donde metían las cosas. Ésa era la pobreza por la cual luchamos y por la cual cantamos *La Internacional* y todo eso.

*Una pobreza que hoy difícilmente se ve...*

Sí; pues. Hoy el pobre tiene una posibilidad que no tuvo en los años 40 y 50: el crédito. Tú ves a cualquier señora y tiene cuatro o cinco tarjetas de crédito de casas comerciales. ¿Cuál es el pobre típico de hoy? Ya no es el cabro harapiento y sin zapatos, no es la vieja con el saco y pidiendo lechugas: el pobre de hoy es el *flaite*. Y el *flaite*, que no estudia, es una especie de vago, tiene *blue jeans* de marca, zapatillas de marca, polerón de marca, celular, peinado con estilo que necesita de una serie de cuestiones para dejar el pelo parado. Y, por tanto, no se siente pobre.

*¿Hay que hacer una redefinición completa de la pobreza?*

Claro, porque la pobreza es relativa al contexto. Hoy la pobreza no tiene que ver con esos bienes materiales, y por eso cae en las estadísticas. Hoy no se define por materialidad. Se define, por ejemplo, a partir del endeudamiento. Se mide por la capacidad de responder a una serie de exigencias: si te casas debes pagar por una vivienda, si tienes hijos debes pagar por su educación, si se te enferman debes pagar por la salud... y no están en condiciones con 170 lucas mensuales, ni aunque

te endeudes, para mantener una familia. Entonces no me caso, y si me caso, me separo. La tasa de nupcialidad cayó 68% en los últimos diez años. Los niños huachos alcanzan hoy al doble de lo que existían en el siglo XIX, que ya era un récord mundial: está más alta que Suecia, que es el país donde hay más cabros huachos. El *madresolterismo* sobrepasa el 30%. En ese contexto, el padre de familia popular o no tiene trabajo o tiene puro trabajo temporal. Como no puede mantener a su familia y hay violencia intrafamiliar —¡vamos matando mujeres!— se separa y termina dedicándose a la droga. Si te fijas, la mayor concentración del consumo de drogas no está en el tramo etario de 15 a 20, sino entre 25 y 45, que es la etapa en que el hombre puede trabajar, casarse y tener familia. ¿Cuál es el modelo para el cabro chico? El papá no está: se fue, y es un desastre; la madre sola, trabaja todo el día. ¿Qué hace el cabro? Se va a la calle, y tenemos enormes cantidades de pandillas juveniles, cabros chicos en la calle, y ahí van construyendo su identidad. ¿Y quién es su modelo? El papá no sirve, el profesor está sometido al autoritarismo dictatorial del sostenedor y, por lo mismo, *vale hongo*: su modelo es el *choro* de la población. Porque el *choro* es audaz, valiente, tiene plata, maneja armas, se agarra a balazos con *los pacos*, tiene seguidores, le compra camisetas al club de barrio...

*Es una descripción desoladora...*

¡Pero eso es pobreza! No la llamo pobreza material, porque no es material. El *choro* tiene harta plata: por la vía del endeudamiento, del tráfico o del delito. Esto es pobreza ciudadana, cívica.

*¿Y se puede romper ese círculo?*

Es una red muy profunda... Se ve, por ejemplo, en la explosión de saqueos en el sur: cualquier desorden como el que produjo el terremoto provocará saqueos *aquí y en la quebrada del ají*...

*¿No fueron sorpresa para usted?*

Para nada. Eso está latente, es obvio. Estos cabros que consiguen recursos por las vías del endeudamiento o el robo están centrando su actividad simbólica en objetos como la electrónica; porque roban puros aparatos electrónicos. En Concepción robaron sobre todo aparatos electrónicos.

*¿El problema tiene que ver con políticas sociales equivocadas?*

Tiene que ver con que no estamos leyendo en profundidad lo que está pasando en el mundo y en Chile. Seguimos mirando los grandes parámetros macroeconómicos. Y los vemos todos sanos. ¡Pero veamos los indicadores de desarrollo humano del PNUD! ¡Ahí la cosa cambia! Se ve que existe a nivel de la población chilena una enorme sensación de inseguridad, un malestar interior: no sé si podré asegurar mi salud cuando esté viejo, no sé si podré educar a mis hijos, no sé si puedo estar en mi casa tranquilo sin que me asalten. Pura inseguridad...

*El conflicto ya no está en la calle...*

¡No, pues, está dentro de la casa! Y el régimen, feliz: estamos todos bien: vean las cifras ¡pero nadie ve el *enmierdamiento* de las personas por dentro!

*Bonita manera de llegar a celebrar el Bicentenario...*

O bien celebramos un cumpleaños o bien hacemos un balance de vida. Son dos cosas distintas. Podemos celebrar el cumpleaños 200 de la Independencia, que es probablemente lo que predominará. Pero otra cosa es un balance de lo que hemos hecho o dejado de hacer y que nos tiene con este malestar interior. Esa evaluación no se está haciendo.

*¿Cómo ve la efeméride entonces?*

Existirá un contraste muy fuerte entre el pan y circo que hará el gobierno —algo que la Concertación también habría hecho— y este otro pensamiento profundo que va por abajo y que es muy crítico.

*¿Quiénes se hacen cargo de esto?*

Nadie. Ése es el problema. La Concertación administró exitosamente el régimen de Pinochet, sin cambiarlo. Ni siquiera la Bachelet fue más radical: no hizo ningún cambio de fondo. ¿Qué hizo con los pobres? Les tiró bonos. ¿Y qué son los bonos? ¡Limosna!

*Es llamativo que la primera ley que mandó el presidente Piñera al Congreso ha sido el bono de marzo...*

Y ahora, como gran cosa, alarga el posnatal... ¡Son medidas populistas, de parche!

*Estas últimas semanas han estado tomadas por el caso de los 33 mineros atrapados en Copiapó. Usted ha estudiado la minería chilena desde el mundo del trabajo. ¿Ve antecedentes históricos en este caso?*

En Chile la minería la desarrollaron los pobres: los *buscones* o pirquineros. Chile se convirtió en una potencia minera sobre la base de una tecnología pirquinera que era baratísima. La fase extractiva de la minería estuvo en manos de los pobres; el tratamiento lo hacían los capitalistas, como Edwards y todos esos campeones, que tenían fundiciones. El transporte lo hacían los ingleses. Y los grandes explotados fueron los pirquineros... ¡los reventaron! Ellos asumían el costo del aumento del transporte y de las ganancias de los intermediarios. Esta explotación hacia abajo llevó a que se redujera la seguridad en las minas: pasó en el carbón y también en el cobre y el oro. Lo que pasa hoy en la mina San José es historia del siglo XIX...

*¿Y por qué se ha producido esta atención enorme de parte de la gente y esta dedicación tan intensa de parte del gobierno?*

Bueno, está la solidaridad que siempre han tenido las clases populares de manera horizontal. Eso es normal, no me extraña. De parte del gobierno, responde al populismo, propio tanto de los gobiernos de la Concertación como de éste, más exacerbado en este caso. Porque, en estricto rigor, éste es el gobierno de los empresarios, pero no puede ser sólo el gobierno de los empresarios: tiene que mostrar una cara populista. Piñera no puede gobernar exitosamente con lógica neoliberal, porque el modelo tocó techo. Para mantenerse en el gobierno tiene que ser populista, no tiene otra, porque la mayoría de Chile está con ese "malestar interior". Y como no hay izquierda, el voto popular se puso mutante...

*¿Con ese voto ganó Piñera? ¿No era voto de derecha, entonces?*

No, pues. Ese voto mutante crece y crece, porque los candidatos son todos neoliberales.

*Usted dice que no hay izquierda. ¿Qué pasó con ellos?*

El PS, el PPD y la DC son de hecho neoliberales. Incluso en el discurso: no recuerdan para nada su pasado *socialista*. Ni se acuerdan de los mapuches, de los *pingüinos* ni de los subcontratados. El Partido Comunista luchó para estar en el Parlamento. Y ahora lo logró: está ahí. Entró a la misma lógica del *Estado pinochetista*, igual que la Concertación. ¡Y ahora está planeando hasta un candidato único en 2014! No hay ninguna alternativa...

*¿Y Marco Enríquez-Ominami?*

Lo escuché mucho en la campaña y me pareció un tipo que no tenía claras sus ideas, que tenía una confusión total. Lo que pasa es que es joven, hijo de Miguel Enríquez, un poco patudo, un poco farandulero... de todo un poco. Encarnó la expectativa del voto mutante, porque la política se expresa a través de la imagen: la imagen de simpatía de la Bachelet, la imagen del cambio de este otro... él era la imagen de la juventud, de la gente nueva, pero MEO no tiene peso: no sabe dónde está parado.

*¿Tiene algo de esperanza para Chile?*

Para tener esperanza hay que partir de sus bases históricas. En los años '60 las esperanzas que uno tenía las agarraba de las teorías, de las ideologías, del Che Guevara, de la Unión Soviética, del Partido Comunista, del MIR, de Miguel Enríquez, de Juan XXIII... Hoy no estamos en condiciones de construir esperanza a partir de nada de eso. La única posibilidad es lo que veo entre mis propios alumnos: que los cabros se piensen a sí mismos sobre bases enteramente distintas y construyan sobre esas bases una expectativa de futuro que no pasa por tomarse el poder —este poder— sino por construir sociedad, por construir cultura, por construir poder localmente. Ahí pueden establecer bases de solidaridad, identidad, creatividad... rock de nuevo tipo, rap de nuevo tipo... todo de nuevo tipo.

*¿Y le ve viabilidad a un proyecto así?*

La pregunta es: ¿se le debe exigir viabilidad a esta realidad nueva?

*La sola pregunta es ilegítima entonces...*

Sí, no tiene validez, porque no son proyectos que se planteen objetivos a largo plazo: son proyectos que buscan construir aquí y ahora. Si llegan a conquistar o a construir Estado será por su expansión natural, no tienen apuro.

*Si entran en la lógica de los partidos tradicionales fracasarán, dice usted...*

No lo quieren simplemente: por eso hay 4 millones de cabros que no están inscritos. No están *ni ahí* con eso. Y si votan les da lo mismo, porque el voto no los identifica, no tiene importancia. El tipo de política que realizan es distinto: es política de red, de asamblea –como los *pingüinos*–: sin dirigentes, sólo con voceros. Y ahora en los colegios prohíben las asambleas, así que ¿qué hacen los cabros? Sacan celular, arman el blog y se comunican. No es la cultura de la toma ni de la revolución, ni siquiera la utopía: es puro pragmatismo.

## SER CHILENO... EN LA MEDIDA DE LO POSIBLE<sup>1</sup>

Históricamente, entre 1810 y 2010, Chile, como nación, fue construido desde Santiago por el ‘patriciado mercantil’ que se atrincheró comercial y políticamente en la capital colonial del Reyno de Chile, donde, precisamente, se habían instalado todas las magistraturas políticas y administrativas *locales* del ultra-centralizado Estado Imperial español. Por eso, al estar viviendo allí, el dicho patriciado pudo comprar, a gran precio, algunas de esas magistraturas (por ejemplo, la Superintendencia de la Casa de Moneda, la Superintendencia de Aduanas, etc.), lo que le permitió heredar la idea centralista de gobernar todo el territorio y controlar todo el comercio exterior del país. Téngase presente que la Independencia eliminó sólo la cúpula del Estado Imperial: el Rey, el Consejo de Indias, la Casa de Contratación de Sevilla, el Gobernador del Reyno y la Real Audiencia, pero *no eliminó las magistraturas inferiores del Estado Colonial*, sobre las cuales el patriciado santiaguino había echado mano desde el siglo XVIII. De aquí brotó su compulsión a construir el Estado ‘nacional’ de acuerdo al sesgo centralizante de las magistraturas que había comprado, y a establecer la hegemonía política de Santiago sobre todos los pueblos de provincia. La elite santiaguina comprendió que su destino histórico consistía en jugarse a muerte por el centralismo (de raigambre monárquico-colonial), el que finalmente instaló a sangre y fuego bajo el liderazgo golpista del comerciante Diego Portales, quien organizó un ejército *mercenario* pagado por él y otros especuladores (el Ejército patriota no era partidario del centralismo) y comandado por los jefes “felones” Joaquín Prieto y Manuel Bulnes. Ese ejército triunfó en la sanginaria batalla de Lircay (1829). Así, a través de un cruento golpe de Estado, Santiago impuso su dominación.

<sup>1</sup> En *Qué Pasa*, n° 2057, viernes 10 de septiembre de 2010.

Los restantes “pueblos” (una cincuentena) se opusieron al proyecto hegemónico de la capital y lucharon por instalar un Estado descentralizado, democrático, volcado a la producción agrícola, minera y manufacturera y no sometido a los grandes monopolios mercantiles. Tras la victoria, el patriciado santiaguino inició la gran tarea de formar una ‘nación’ (en tanto dominada por ‘un’ Estado centralista y ‘una sola’ gran oligarquía mercantil) a costa de ir borrando del mapa la soberanía productiva y ciudadana de los 50 pueblos restantes. Con ayuda del Ejército –que fue modelado en conformidad al proyecto centralista– fue aplastando la resistencia de los ‘pueblos’ de provincia (guerras civiles de 1829, 1837, 1851 y 1859), la economía regional, la cultura local y las comunidades que habían surgido en torno al trabajo productivo. La crisis y la pobreza resultantes obligaron a la población a emigrar masivamente a Santiago... Centenares de miles se fueron también del país. A dos tercios del pueblo mapuche se les despojó de sus tierras... Santiago, y sólo Santiago, era ‘Chile’... Pero los que emigraron a esa ciudad, si bien podían allí ser ‘chilenos’ (según la nacionalidad construida a sangre y fuego por la capital), no tuvieron ni suficientes medios de vida ni plenitud identitaria ni riqueza cultural autóctona ni efectiva soberanía ciudadana. Pues llegaron campesinos que habían perdido tierras, yuntas y azadones; pirquineros que habían perdido las minas que habían descubierto, y millones de huachos rotos que no tuvieron padre, etc. Y fue así como se hincharon, hasta reventar, los conventillos. Y después, lo mismo, las poblaciones callampas. Y más tarde, los campamentos. Y al fin, las atiborradas “poblaciones”... Hasta que tuvimos ganas de saquear...

Por eso, el ‘ser chileno’ es una abstracción impuesta por los comerciantes de Santiago. Y por eso los mercaderes –que siguen dominando todo– son más chilenistas que nadie, porque son más golpistas que ninguno. Son los forjadores ‘unitaristas’ de la ‘nación’. Y por eso los demás somos chilenos, sólo, “en la medida de lo posible”. Y por eso somos una *variedad enorme* de seres marginales. Tanto, que constituimos la verdadera esencia de la chilenidad (residual).

La Reina, septiembre 6 de 2010

## BICENTENARIO URBANO EN CHILE: ¿QUÉ PUEBLO PARA QUÉ CIUDAD?<sup>1</sup>

En su origen colonial Chile no tenía propiamente ‘ciudades’ sino “pueblos”. Es decir, comunidades de “vecinos con casa poblada” que tenían que trabajar productivamente para subsistir. O en las chacras, en las dehesas, en las minas, en talleres artesanales asentados en la ribera inundable del río (“chimba”), dondequiera. La complicidad vecinal era necesaria para ejercer, sobre el entorno y sobre sí mismos, una útil *soberanía productiva*. Sin ésta, no había vida ni seguridad ni futuro. Y a ella concurrían todos: los mercaderes del comercio virreinal, los encomenderos que patronizaban cuadrillas de indígenas, los chacareros de aldeaño próximo, los artesanos de allende el río y los licenciados en letras, que procuraban convertir esa complicidad en el autogobierno de todos (que, a final de cuentas, era más el *cabildo abierto* que la Capitanía General). La complicidad vecinal, hecha política democrática en el Cabildo local, hizo de los “pueblos” una realidad social más importante que el cimiento físico de su ‘ciudad’. Y en cada uno de ellos, de algún modo, esa complicidad operó como igualdad, y ésta como democrática soberanía local. Cada “pueblo” se definió a sí mismo, por tanto, antes de ser plenamente ciudad y nación, como un crepitante fogón comunitario.

Y eran cerca de 50 los “pueblos” que existían en Chile al frisar el año del nacimiento republicano: 1810. Estaban sembrados a lo largo del país, entre el río Huasco y el Biobío. Distanciados unos de otros por muchas leguas en el espacio y por semanas o meses en tiempo real. No existían caminos ni otro medio de transporte que no fuera el caballo o la cansina carreta de bueyes. Las voces, por lo mismo, demoraban en comunicarse. Las cartas y representaciones se retardaban. Las ideas, sin embargo, crecían y se consolidaban localmente, en el corazón de

<sup>1</sup> Texto publicado como Editorial, en español e inglés, para la *Revista INVI*, Instituto de la Vivienda/ Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, noviembre de 2009, n° 67, pp. 9-18.

cada pueblo. La “nación” colgaba entonces, en lo concreto, del lejano centralismo impuesto por el Rey y, en lo abstracto, de lo que pudieran hacer todos los pueblos, a futuro, a partir de la imagen de sí mismos.

Sobre ese archipiélago comunal pendían, sin embargo, nubarrones. Poderosas amenazas convergentes.

Una de ellas era la multiplicación descontrolada de los mestizos en condición de niños “huachos” *sin familia ni domicilio reconocido* (por tanto, sin estatus de “vecino con casa poblada”). Careciendo de un Derecho Público adaptado a su condición —dado que el Derecho Imperial englobaba sólo a los colonos hispánicos, a los criollos, a los indígenas y a los negroides esclavos—, los mestizos se hallaron, desde el principio, en situación de marginalidad integral, con la carga adicional del estigma oprobioso de su nacimiento. No formaron parte orgánica, en consecuencia, de los “pueblos” (salvo si se convertían en artesanos de chimba), razón por la cual engrosaron las anchas y largas alamedas de lo que fue el *bajo pueblo*. La multiplicación del bajo-pueblo en condición de marginalidad generó una abundante población vagabunda, que deambuló de un lugar a otro (las fuentes hablan de “nubes de mendigos y merodeadores”), levantando ranchos dispersos en cualquier lugar. Colgando de los cerros. En lo hondo de las quebradas. Nunca se congregaron, por eso, como “pueblo”. Nunca fueron identificados en posición de “ciudad”. Ante eso, ninguna autoridad, a lo largo de tres siglos y medio (xvii, xviii, xix y la mitad del xx) pensó en reconocerlos como “ciudadanos”. El sospechoso bajo-pueblo fue visto entonces como un pegajoso *enemigo interno*. Eso significaba que era masacrable. De derechos violables.

Por eso, el “bajo pueblo” no tuvo ciudad ni por nacimiento ni por soberanía productiva. Ni por solidaridad ni por admisión a Derecho. Su ‘ciudad’ fue así inevitablemente móvil, flotante, nómada, precaria y, por tanto, invasiva. Los pueblos indígenas, al menos, tuvieron territorio propio y país hasta el segundo tercio del siglo XIX. La ‘tierra’ fue para los indígenas, por eso su forma particular de ‘ciudad’. Y la “frontera” de su territorio fue, por tanto, su suburbio. La chilениzación forzada que el régimen portaliano impuso a partir de 1830 (sobre todo el territorio que catalogó como ‘nacional’), desterritorializó la ciudad indígena y no territorializó la ciudad flotante de los mestizos. Tampoco reconoció la soberanía comunal de los 49 pueblos que *no* eran Santiago, pues el patriciado mercantil que predominaba en la capital (que heredó el control de todo el comercio exterior y el centralismo político de las jerarquías imperiales) terminó por imponerles a todos los pueblos una ciudadanía ‘nacional’ construida *desde* Santiago y a imagen y proyección del modelo *ciudadano-súbdito* dejado como recuerdo por la coloniza-

ción española. Santiago fue, pues, la segunda amenaza que nubló el cielo de los 49 pueblos-ciudades que, durante uno o dos siglos, habían aprendido a autogobernarse en democracia comunal.

De una parte, el bajo-pueblo comenzó, poco a poco, a emigrar a los centros poblados: tenía que producir y vender sus productos para subsistir. Y prefirió, como es natural, bajar al más poblado de los pueblos: Santiago. Después que fue “pacificado” su territorio, los mapuches también se sumaron al movimiento mestizo. Así, un rancho tras otro, por duplicación geométrica, fueron apareciendo en las riberas del Mapocho, por la calle San Pablo abajo, en la periferia del barrio Yungay, por Chuchunco, a lo largo del Callejón de los Monos (Avenida Matta), en los bordes de las Cañadas... Hacia 1840 los rancheríos (o “guangualés”) rodeaban Santiago por tres de sus cuatro costados. La ciudad flotante de los mestizos se materializó así, de pronto, en un gran “aduar africano” (Vicuña Mackenna) que apretó el cuello del conspicuo Barrio del Comercio (el cuadrilátero central). Y lo asfixió con sus tendales, sus baratillos, el humo de sus fraguas, hornillas y braseros, sus cabros chicos, el griterío de todos y las palabrotas de siempre.

De otra parte, el centralismo ‘imperialista’ de Santiago despojó a los pueblos de provincia, poco a poco, primero, de sus excedentes económicos; después, de su autonomía política (abolió los Cabildos, no creó asambleas provinciales e introdujo municipalidades centralizadas), para terminar arrastrando, primero a sus elites (que emigraron a Santiago hacia 1870 y 1880) y finalmente a la masa marginal que creció en el rezago de los pueblos así descremados. La victoria dictatorial de Santiago sobre las provincias (obra culminante del régimen portaliano) fue una victoria “a lo Pirro”: todas sus víctimas terminaron agarrándose a su cuello. Pues todas ellas, bajo extorsión, habían dejado de ser “pueblo” en su patria (comunidad autónoma llena de complicidades locales) para aglomerarse en una Gran Ciudad que ya no podía ser *pueblo*...

Y la Gran Ciudad (portaliana) comenzó a defenderse contra sí misma. Vicuña Mackenna decidió salvar lo que llamó la “ciudad culta” (Santiago soñando París) desgajando de ella a la “ciudad bárbara” (los aduares de mestizos y marginales), creyendo que eran *dos* ciudades, e ignorando que Santiago, gracias al régimen pelucón, sería una Gran Ciudad Única para siempre. Y el dicho Intendente trazó el “Camino de Cintura” en los contornos y el cerro Santa Lucía en su vértice. Pero fracasó: los plebeyos apenas se movieron y continuaron atiborrados dentro del anillo. Es que los “rentistas urbanos” estaban ganando mucho dinero arrendando sitios y “cuartos redondos” al invasivo bajo-pueblo. Al por menor y por metro cuadrado. Fue necesaria una segunda ofensiva: se ordenó construir una fachada urbanizada delante de

los rancheríos. Se hizo, y surgió el “conventillo”. La ciudad, con él, perfeccionó un tanto sus peores líneas urbanísticas, pero eso significó que los plebeyos se quedaban para siempre. Además, multiplicándose *ad infinitum* dentro de los conventillos. Los rentistas urbanos se llenaron de dinero mestizo... La Iglesia Católica, viendo eso, conmovida, recomendó entonces construir casas decentes para los trabajadores, y *vendérselas* a precio módico. Se vendieron así casas de “cité” y de “poblaciones modelo”. Pero el bajo-pueblo, ya arranchado por toda la ciudad, era mucho. Demasiado para la caridad pública o privada. Se levantaron fábricas, se crearon más escuelas. Se prometió esto y lo otro. Fue inútil: las “nubes de mendigos, de obreros, de borrachos, de delincuentes, de prostitutas y, lo que fue peor, de subversivos” siguieron multiplicándose, hasta terminar adueñándose de nuevo, por completo, de la Gran Ciudad, incluso esgrimiendo proyectos socialistas y revolucionarios.

Llegamos así a 1918. Aparecieron monstruosas “marchas del hambre”. Se creó la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, para darle un ultimátum al Presidente de la República. Los estudiantes universitarios ya se habían rebelado en 1906 y se habían sumado, casi desde el principio, a los subversivos y anarquistas. Y tuvieron su primer mártir: Domingo Gómez Rojas. Y los obreros de la FOCH, los estudiantes de la FECH y los profesores de la AGPCH se unieron en 1925 junto a profesionales e industriales para organizar la *Asamblea Constituyente de Asalariados e Intelectuales*, con el fin de refundarlo todo: el Estado, la Sociedad, el Mercado, la Escuela y, por supuesto, el pueblo y la ciudad. No pudieron: los reprimieron y engañaron.

Pero la Gran Ciudad, definitivamente, estaba plebeyizada, sin vuelta. Los marginales habían tomado posesión del bastión parisino construido y defendido a balazos por el patriciado mercantil portaliano. Con una clara intención mestiza re-colonizadora.

Era demasiado. *Fue entonces cuando la elite inició su fuga de la Gran Ciudad.* Y abandonó sus palacios “cultos” (de la calle Dieciocho, de la calle Ejército, de la Alameda, del Centro) a la chusma. A lo que viniera. Y se refugió, primero, en torno al cerro Santa Lucía. Y después en Providencia. Y más tarde en El Golf, en Vitacura, en Lo Curro, en Los Dominicos, en La Dehesa. Hasta chocar con las montañas. Y siempre fue seguida, paso a paso, tramo a tramo, por la chusma, por un ejército de nanas, por batallones de comerciantes minoristas, transportistas, taxistas, delincuentes y traficantes. La masa mestiza demostró ser leal, pegajosa e indesalojable de la espalda de la elite: tenía que trabajar, vender y comer. En su desesperación, la elite se enconchó como caracol, o como señores feudales en sus castillos, y construyó condominios con murallas, vigilantes y rondines. Con perros

y alarmas eléctricas. Con miles de ‘rubios’ niños prisioneros en la elitividad de sus colegios, en la elegancia globalizada de los *malls*, en el silencio conspicuo de los parques escondidos...

Nada parecía suficiente. El vértigo de la fuga elitaria arrastró la ciudad tras de sí, en ruta hacia el Este cordillerano. Y no sólo arrastró a la pegajosa masa mestiza, sino también a los emulantes grupos medios que, sobre los escombros de las mansiones de antaño abandonadas por sus dueños, están construyendo hoy sus departamentos en altura, gozosos de participar, por retirada de los antiguos propietarios, de los blasones, prestigios y temores del *barrio alto*... Por eso, la elite de hoy, habiendo agotado las cimas habitables, perforó la cadena de cerros del norte de la capital, para escapar subrepticamente, a lo largo de iluminados túneles de concreto, interponiendo decenas de peajes carreteros, a los bucólicos valles de Huechuraba, Chicureo, Liray y Colina... ¿Podrá allí tener, por fin, su *requiescat in pacem* (R.I.P.)?

Se han cumplido 200 años de vida republicana. Que son doscientos años de ‘pueblos’ que perdieron su autonomía, de ‘bajo-pueblos’ que quisieron ser ciudad y de una Gran Ciudad que ya no puede ser *pueblo* sino fuga y persecución.

Por lo tanto, el balance histórico neto que puede hacerse de estos 200 años es que no hay verdadera ciudad si no hay verdadero ‘pueblo’ (uno integrado y solidario). Y que si no hay ni verdadera ciudad ni verdadero pueblo, postular que existe una verdadera ‘nación’ es, en lógica pura, un *flatus vocis*. Es esto lo que hay que ‘celebrar’ para el Bicentenario.

El problema no es, pues, sólo el *tipo de vivienda*. O cómo mejorar *a posteriori* la estética urbanística de una ciudad que se separa de sí misma al ritmo de una tocata y fuga en rabia y temor sostenido. Pues no se trata de extender los *malls*, las carreteras y los metros urbanos hasta donde vive, hacinado, el bajo-pueblo, que, aunque se ha apoderado de  $\frac{3}{4}$  de la ciudad, todavía no puede ser plenamente ‘pueblo’; o sea: vecino confiable, comunitario y reconocido con casa poblada, igual que todos sus vecinos. Ciudadano integral, como todos sus vecinos. Pues ¿por qué se escapan las elites? ¿Por qué se atrincheran en sus herméticos condominios? ¿Por qué no quieren ser pueblo ni hacer ciudad?

El problema real es que no hemos construido una verdadera *sociedad civil*. No hemos hecho verdadera ciudadanía ni verdadera soberanía. Todavía estamos, en este sentido, a mediados del siglo XIX. Todavía bajo la concepción portaliana del libre-comercio, del Estado liberal, del militarismo y la defensa anti-terrorista de las elites. Todavía estamos temerosos de los mestizos y de los indígenas. Todavía gobernados por colonos añorantes de la Europa globalizadora.

He ahí el verdadero problema. La ciudad no es verdadera ciudad si no es verdadero 'pueblo', como en el origen. Los arreglos cosméticos de la vivienda no pueden sanar las patologías del cuerpo social. La verdadera medicina, por tanto, se aplica donde está el pueblo alienado de sí mismo, no a la ciudad.

La Reina, octubre 24 de 2009

## TRAGEDIAS MINERAS EN CHILE: DE LA AMNESIA HISTÓRICA A LA HISTERIA MEDIÁTICA<sup>1</sup>

Gracias al plegamiento terciario de los Andes, que lo ha estructurado geológicamente de punta a cabo, Chile ha sido y es un país minero. Y si el país ha logrado ser reconocido internacionalmente como un gran país minero, ha sido y es gracias a la clase popular que, desde el periodo colonial, descubrió y explotó, primero como microempresaria, los yacimientos superficiales que descubrió y trabajó, y después, desde el siglo xx, como masa peonal asalariada, los grandes yacimientos de profundidad controlados por el capital extranjero. El oro, la plata, el salitre y el cobre saben, pues, de sobra, *quién* ha sido el que los ha extraído de las entrañas de la tierra...

Y desde el principio, los accidentes y las tragedias laborales jalonaron la historia de la minería. Pero ¿quién denunció los innumerables accidentes que experimentaron los apires cuando subían con sacos de 100 kilos de mineral por escalas de troncos alineados en zig-zag, iluminados por una vela amarrada a la punta de una pértiga, en trayectos de 80, 100 y más metros, hasta las canchas de la superficie? ¿Quién, en Chile, fuera de Charles Darwin, dejó constancia de esas faenas y de las tragedias que ocurrían en ellas? ¿Quién dio cuenta de los polvorazos y derrumbes que cegaban la vida de los barreteros? ¿Quién dejó constancia de cómo los pirquineros fueron expoliados por los "habilitadores" de minas al extremo de arrebatárles sus pertenencias y arrojarlos al desierto, convertidos en rotos vagabundos? ¿Y las múltiples tragedias que ocurrieron en las minas de carbón de Ranchillos que llevaron a los mineros a rebelarse en masa? ¿Quiénes se acuerdan de las explosiones de gas grisú en Lota, Coronel, Schwager y otras localidades? ¿Y los accidentes de los mineros del salitre, que caían en los grandes calderos, o

<sup>1</sup> Columna solicitada por *Las Últimas Noticias* el 13 de octubre de 2010. No se publicó por exceso de caracteres.

en las aspas y poleas del transporte de material? ¿Y el monopolio comercial de las pulperías, que agostaba la vida de los mineros al límite de la desesperación, forzándolos a hacer estallar en su boca una carga de dinamita? ¿Acaso se sabe que la tasa de suicidios en las oficinas salitreras obligaba a los patrones a reemplazar cada año más del 20% de sus trabajadores? ¿Y hay conciencia del centenar de mineros que murió en la mina El Teniente por emanaciones de gases venenosos?...

En Chile la voracidad acumulativa de las compañías mineras (nacionales y extranjeras) ha asumido el accidente laboral como rutina 'natural'. No como resultado de la explotación del trabajo y la negligencia patronal. Para ellos, la tragedia minera no era motivo de gran preocupación. Menos podía ser una cuestión judicial. Y en absoluto un problema de ética cívica o falta de solidaridad humanitaria: los patrones, en Chile, siempre han tenido la conciencia limpia. Como que la acumulación del capital fuera tan trascendente, tan suprema, que ni el descuido criminal ni el silencio culposo ni la falta de solidaridad cuentan dentro de su lógica. Tanto así, que también se ha silenciado (o se olvida sistemáticamente) la represión militar de que ha sido objeto el proletariado minero. Y la seguidilla de masacres que jalona de rojo su historia: Antofagasta (1906); Iquique (1907); La Coruña (1921); San Gregorio (1924); Copiapó (1931); El Salvador (1967)...

¿Por qué, entonces, el accidente de la mina San José, en 2010, ha cobrado tanta relevancia nacional e internacional? ¿Es que ha cambiado diametralmente la actitud histórica de las compañías mineras, de los patrones, de las clases política (civil y militar) y los gobiernos hacia el proletariado minero?... ¿O es que por la espectacularidad insólita del accidente (sepultamiento a más de 700 metros de profundidad) nos ha puesto ante un récord mundial? ¿Y que por el enorme desarrollo de los medios de comunicación el mundo entero puede darse el lujo de presenciar por la pantalla un salvataje 'de película'? ¿No es éste un fenómeno mediático de *rating* universal al 100%? ¿Quién, por tanto, no querrá participar de él, ver y ser visto por las cámaras, agarrar aunque sea una centésima de la celebridad que este insólito *show* desparrama en toda dirección?

Es cierto: los medios de comunicación de masa masifican y globalizan, hoy, todo lo que tocan. Sobre todo, como en este caso, si se trata de un *récord*.

Lo vergonzoso es que algunos hombres públicos tratan de capitalizar el *show* para sostener su *rating* electoral. Su imagen televisiva. Apareciendo populistas cuando son, en el fondo, capitalistas (o especuladores). Abrazando y llorando junto al pueblo cuando, tras bambalinas, se enriquecen a costa del pueblo. Jurando que ellos están cambiando todo, al lado de la "gente", cuando, de verdad, no cambiarán nada.

Es preciso estar atento, en consecuencia, a lo que viene después del *show*... ¿Qué pasará con los trabajadores de la mina que *no* fueron atrapados por el derrumbe? ¿Perderán su empleo? ¿Y qué pasará con *todo* el resto del proletariado minero? ¿Y qué, con los pescadores? ¿Y qué, con los mapuches? ¿Y qué, con el enorme contingente de trabajadores precaristas y sub-contratados de este país? ¿Y con todos aquellos que no serán protagonistas sino meros espectadores de un *show* mediático mundial como el que se ha montado en torno a San José?

¡Buenaventura para los mineros rescatados en San José! ¡Buenaventura también para todos los trabajadores de Chile!

La Reina, octubre 12 de 2010

## RESTAR PARA SUMAR: ¿EDUCANDO EN EXCELENCIA?<sup>1</sup>

El Ministro de Educación anunció que reducirá en Enseñanza Media las horas de Historia y Ciencias Sociales para aumentar las de Matemáticas y Lectura. “Es el mayor cambio que se ha hecho en años –agregó– y nos hemos inspirado en el modelo usado por la OECD y Singapur”.

Como ‘modelo de desarrollo educacional’ la medida resulta, al menos, interesante. No por su contenido pedagógico, sino por su notoria identificación con: a) modelos extranjeros de elevada intensidad neoliberal (OECD, Singapur), y b) la ingeniería comercial en uso (resta aquí para sumar allá; o bien: presta un servicio aquí ‘*atado*’ a un de-servicio allá; lo cual suma, para todo efecto neto, CERO). Es, pues, la vieja “educación bancaria” que denunciara, hace ya tiempo, Paulo Freire.

Es, por eso, un modelo cuantitativista neto, que no toma en cuenta que la educación es un proceso cualitativo. Es decir: *vida*. Vida en dos planos intersectados: el del niño y el del profesor, agregando el plano inclinado de una sociedad en *transición histórica*.

El plano de vida de los niños que van a escuelas municipales (Quintiles I y II) es concreto, crítico y compulsivo: incluye un 60 % de niños huachos. Un 68% de padres con empleo temporal. Un madresolterismo creciente. Expansiva violencia doméstica. Altas tasas de femicidios. Tráfico de todo. Droga. Delincuencia. Liderazgo carismático de “choros” de esquina. Salario mínimo y endeudamiento máximo. Culturas contestatarias de todo tipo, barras bravas, etc. Niños, por tanto, que se *autoeducan*, lo quieran o no, vayan a la escuela o no, en una inescapable “condición de calle”.

<sup>1</sup> “Posteo” solicitado por el Subeditor de *Qué Pasa* el 19 de noviembre de 2010. Se postergó su publicación por “falta de espacio y cambio de Director”.

El plano de vida de los profesores (Quintiles II y III) no es diferente: contratos precarizados de tipo peonal. Formación caótica (en todas las universidades la Pedagogía está organizada, con ojo de competencia, por el financista residente). Sostenedores dictatoriales. Drásticas evaluaciones periódicas, diseñadas en el extranjero. Perfeccionamiento inexistente. Estigmatización pública (son los responsables del retraso educacional, junto con “las familias”). Ausencia de proyectos nacionales de desarrollo que orienten el proceso educativo. *Bullying* anti-docente. Crisis ética circundante, etc.

“Debemos educar desde la vida para la vida” dijo Gabriela Mistral. Porque, si educamos desde la Globalización con la lógica clasista del Mercado, estaremos cultivando un conflicto falaz entre la Escuela y la Vida. Y en esta guerrilla, *ganará la Vida*. Y en el caso específico del Chile neoliberal siglo XXI, *ganará la Calle*. Y está ganando la calle: los rendimientos de la SIMCE no mejoran. Los de la PSU tampoco. Ni mejorarán. Y por eso mismo “los pingüinos” seguirán teniendo razón. Porque los niños, en cuestiones de realidad, son más inteligentes que el Mercado. Porque su verdadera *identidad* no encuentra eco ni solidaridad dentro del aula ni en la altura ministerial.

La Historia –sobre todo la Historia Social– es la ciencia que estudia *la vida real* de todos. Y enseña a leer esa vida en toda su crudeza y a todo lo largo de su camino. No es, por eso, ni lectura mecánica ni instrumental ni de ficción: es la intelección de la identidad, el germen racional del actor, el sustento cultural del ciudadano soberano. Las solemnnes Matemáticas, en el hogar de los niños pobres, sirven para sumar lo que falta y los intereses que hay que pagar en los templos del *retail* (¿para qué más?). En el Quintil 5, en cambio, multiplica las utilidades y globaliza el modo de vida.

Es preciso que los niños aprendan a leer, contar y razonar su vida real. Que la Escuela y la Calle se unan para desarrollar lo que verdaderamente hay *en* las poblaciones de Chile, no *en* el juego bursátil de Singapur. Que los profesores sean formados, instruidos y perfeccionados en la realidad que viven sus alumnos y ellos mismos, y en la que Chile vive hoy frente a su pasado bicentenario. Sin mentirillas mediáticas. Sin prepotencia de memoria oficial. Sin coqueteos de marketing político. Chile necesita hoy, más que nunca, sinceridad y verdad, tal como el profesor Alejandro Venegas lo dijera, con valentía, allá por 1910...

Si tanto ama el Ministro la lógica contable del Mercado y la lectura ¿por qué no ordena *restar* el IVA de 19% que recarga y encarece *todos los libros* en Chile?

La Reina, noviembre 21 de 2010

## DEMOSTRACIONES CIUDADANAS: ¿MASAS O SOBERANÍA?<sup>1</sup>

En el año 2011 es posible observar un cambio significativo en las manifestaciones sociales sobre el espacio público chileno, el cual es preciso identificar, escrutar y, con toda probabilidad, apoyar: se trata de movilizaciones en las que, junto a las rutinas ya conocidas de una típica acción *de masas* (desfiles, marchas, protestas, pancartas, gritos, consignas, cánticos, desórdenes, petitorios a las autoridades, inicio de “conversaciones”, etc.), despuntan manifestaciones propias de un movimiento *de ciudadanos*. Y si esto es así, estamos en presencia de un proceso histórico altamente significativo.

De que lo que se está presenciando hoy es, probablemente, un movimiento de ciudadanos y no uno de masas, es porque se está registrando: a) la realización de asambleas espontáneas, no convocadas ni dirigidas por grupos político-partidarios ni por agentes del Estado; b) la presión colectiva por ‘petitorios’ que, a la vez, son ‘propuestas’ complejas (re-estatización de la educación pública, definición de una política energética congruente con el medio ambiente, reestructuración del sistema universitario, etc.); c) convergencia de múltiples actores sociales sobre una misma propuesta de alcance nacional y no de mera reivindicación gremial (aumento de salarios para paliar el alza de precios, por ejemplo, como ocurría antes de 1973); d) recurrencia, con aumento progresivo, de movilizaciones múltiples sobre el espacio público; e) síntomas de desacato respecto de las autoridades locales o regionales (caso del paro comunitario de Magallanes); f) permanencia de bajísimos grados de confiabilidad y credibilidad ciudadanas en los partidos políticos y en los políticos profesionales (develados por encuestas referidas a la institucionalidad política, no sólo al prestigio de cada cual); g) popularización de la idea de convocar a una Asamblea Nacional Constituyente libremente electa, etc.

<sup>1</sup> Sistematización de los temas planteados en la entrevista realizada por el periodista Ramón Ulloa al autor en el canal de televisión CNN el viernes 3 de junio de 2011.

No hay duda: la base social se está transformando, desde su tradicional actitud *demandante y peticionista* propia del movimiento de masas (sustentada para todo efecto en la lógica de la ‘conducción desde arriba’, privilegiando el Estado), que fue propia del periodo 1938-1973, a una actitud cívica proponente, que tiende a desarrollarse conforme la lógica de la *soberanía popular*, ‘desde abajo’, privilegiando la Sociedad Civil. Es un cambio de trascendencia histórica. Y no ha sido ni es un cambio súbito, repentino: las transiciones ciudadanas, que son de naturaleza ‘cultural’ (dependen de mecanismos propios de autoeducación), son lentas, la mayor parte del tiempo invisibles, pero una vez que alcanzan, bajo tierra, suficiente densidad cultural, irrumpen en la superficie. No por casualidad, sino por una tectónica de necesidad imperiosa. Y si salen a la superficie del espacio público es porque *necesitan, pueden y deben* quedarse allí. Por eso es necesario reconocerlas, detectar su profundidad, cooperar con ellas y, sobre todo, no oponerse: son insistentes. Tienen raíces y savia propias. Y monopolizan, de facto y por derecho, el verdadero *poder*.

La transición ciudadana ‘por abajo’ que hoy está asomando sus múltiples cabezas en el espacio público no se inició ayer. De hecho, tiene una línea genealógica que se remonta, al menos, medio siglo atrás: sus primeros brotes surgieron, aproximadamente, entre 1965 y 1968, cuando la juventud rebelde comenzó a plantear la “vía no capitalista al desarrollo” y la “vía no parlamentarista al socialismo”, y cuando las múltiples ‘tomas de terreno’ de los pobladores se fueron transformando en brotes de *poder popular* (tomas de fábricas, tomas de universidades, cordones industriales, comandos comunales, asambleas del pueblo, etc.), desafiando desde la calle el *establishment* del Estado, la Constitución y los partidos políticos. Fue un proceso caudaloso, intenso, profundo, pero breve: no logró desplegar completamente sus potencialidades y fue barrido por el golpe militar de 1973. No logró generar, tampoco, su propia teoría. Sin embargo, la dictadura del general Pinochet provocó, por carambola, un desarrollo importante de ese incipiente poder: separó violentamente el Estado (populista) de la Sociedad Civil (peticionista), para instalar, entre ambos, la poco amigable mole del Mercado. Al hacerlo, aisló la base social (popular) y la volcó hacia adentro, obligándola, en cierto modo, a depender de sí misma, por sí misma y en sí misma (surgieron entonces las ollas comunes, los comprando juntos, los grupos de salud, los talleres productivos, los colectivos culturales, nuevos grupos de lucha armada, etc.). Es decir, generó condiciones para que el incipiente poder popular del periodo 1965-1973, al ser volcado de lleno sobre sí mismo, pudiera *desplegarse en diversas direcciones*. Y fue por esto mismo que el movimiento social, afincado ya en su capacidad autogestionaria, opuso 22

jornadas de protesta nacional contra la dictadura entre 1983 y 1987, al extremo que el dictador, ante eso —su método de tortura no le servía para erradicar protestas nacionales, y un genocidio masivo, en plena calle, era un suicidio político—, tuvo que ceder. Porque, con esas protestas, su hoja de servicios, en cuanto a mantener sujeta a ‘governabilidad’ la sociedad civil, estaba quedando impresentable ante las nerviosas consultoras de riesgo del capital financiero internacional. Por eso, negoció. La soberanía popular, arrinconada por la represión, pero con una identidad propia más viva que nunca, pese al costo en vidas, tortura, desempleo y hambre, *ganó, históricamente, esa partida*. Esa transición ciudadana (por abajo), fue, pues, exitosa. Y esa victoria quedó grabada a fuego en la memoria popular. Sobre todo, en la de la juventud. Y en la memoria social nada se olvida: se transforma.

La transición política de los políticos, en cambio —como se sabe— se movió en sentido contrario: se inclinó, ávidamente, ante el legado ofrecido por Pinochet, de modo que lo aceptó y, luego, lo administró. A la mirada del movimiento popular, esa transición por arriba constituyó, en su memoria, una *traición* de proporciones históricas. Pues, ante ella ¿de qué sirvieron las 22 jornadas de protesta, las muertes, el hambre, la tortura?... Y fue hacia 1993 que el movimiento popular comprendió a cabalidad lo que realmente había ocurrido. Y ese año fue bautizado como “el año del desencanto”<sup>2</sup>. La desilusión inicial respecto a los políticos y de ‘la’ política. Pero también fue el año del desconcierto. De la confusión. El poder popular luchó entre 1968 y 1973 para radicalizar el proceso revolucionario, más allá de lo que lo estaban llevando los *camaradas* que operaban en la superestructura político-estatal. Y por eso trabajó como trabajó, en la certeza de que, arriba de él, operaban otros camaradas, con los que había diferencias tácticas, pero no *experiencias de traición*. La soledad relativa en que Pinochet dejó la clase popular desde 1973 fue de este modo profundizada y agudizada por los políticos que pactaron la transición ‘por arriba’ (1986-1990), pues, con ella, la clase popular se halló en una situación inédita, que no había experimentado nunca antes, pues, esta vez, además de no contar ya con un Estado populista sobre sus cabezas, se quedó *sin Izquierda Política*. Tal vez esta soledad recargada caló más profundo que la provocada por Pinochet. Dolió más en el alma. Y obligó, por tanto, a *reconstruir la rebeldía desde fondos subjetivos e intersubjetivos inexplorados*. El desafío era nuevo y de muy difícil remonte.

<sup>2</sup> El nombre surgió en los diferentes talleres que, bajo el amparo de algunas ONG importantes (como SUR Profesionales, ECO (Educación y Comunicaciones), TAC (Taller de Acción Cultural), el TEP (Taller de Educación Popular), etc., realizaron los pobladores de Santiago y de provincias. Se refirió al hecho de que el primer gobierno de la Concertación no respondió a las expectativas creadas en la base popular después del triunfo del NO.

Por eso, desde 1993 (año del desencanto) hasta 1998 o tal vez 2000, la juventud poblacional no halló un cauce histórico pre-constituido por donde proyectar su descontento. Fue un periodo en que la ciudadanía popular, estupefacta, se dedicó a explorarse a sí misma y a ensayar cualquier cosa. Sin embargo, en su conciencia colectiva, las memorias del 'poder popular' (1965-1973) y las del periodo de las 'protestas nacionales' (1983-1987) comenzaron a mezclarse y fusionarse con la emergente *memoria fresca del Mercado en democracia neoliberal* (1990 en adelante). Lentamente. Macerando todos los múltiples recuerdos. Subterráneamente...

Fue la crisis asiática de 1997-1998 la que permitió comparar, en ese contexto, lo que crecía por dentro y lo que dolía por fuera. Y aparecieron las primeras manifestaciones sociales de nuevo tipo. El (lento) proceso autoeducativo comenzó a mostrar sus primeros frutos. Pero el magma profundo de ese proceso seguía revolviéndose, en su mayor parte, lentamente, bajo tierra. De modo que nadie previó el impensado *mochilazo* que los estudiantes secundarios, en el 2004, le propinaron al gobierno de Ricardo Lagos. Ni menos previeron que esa 'filtración' puntual tuviera, en el 2005 y aun el 2006 (gobierno de Michelle Bachelet) una primera erupción completa: la llamada *revolución pingüina*... ¿Por qué razón histórica la primera manifestación de soberanía ciudadana tuvo lugar entre los adolescentes y los estudiantes secundarios? ¿Por qué fueron ellos los que aparecieron funcionando al modo de que *todo* debía 'discutirse' en *asamblea*, todo 'decidirse' en *asamblea* y que nadie podía aparecer como 'dirigente' de nada sino, sólo, como 'vocero' de la voluntad explícita de las bases? ¿Por qué fueron ellos los que dieron vida a las redes sociales horizontales (abandonando la idea de una organización estatutaria y jerárquica), al punto que movilizaron más de un millón de estudiantes a todo lo largo de Chile, tanto de colegios públicos como privados? ¿Acaso porque nacieron y vivieron -llenando hasta el tope su memoria joven-, con prístina crudeza y en carne propia, la lejanía del Estado, la omnipresencia del Mercado, la enajenación de la Centroizquierda y la necesidad, por tanto, de hacerlo todo por sí mismo, en compañía fraternal con todos los iguales a uno?

Naturalmente, ni los adultos ni, por supuesto, los políticos profesionales supieron leer la profundidad del iceberg que traían los adolescentes. Y con un típico Comité de Notables (adultos y peritos) creyeron exorcizar el fenómeno. Y lo consiguieron, en apariencia. Pero la nueva cultura rebelde de los estudiantes formaba parte, de hecho, de una fiebre contagiosa que ya estaba extendida en muchas direcciones, bajo la piel. Pronto se descubrió que había trepado por las escaleras de la edad, y había entrado, en masa, a la Universidad. Que también la padecían, de distinto modo, la juventud popular, los profesores, los profesionales.

Y se consolidaron por doquier las mismas prácticas: asamblea y red; protesta y propuesta; debate y consenso; plática y acción. El resultado de todo eso fue patente: descuelgue general de los partidos políticos. Desdeño de 'la' política profesional. E incluso del Estado. ¿Cuán profunda ha sido la autoeducación popular desde 1965 y cuán extensa la autopercepción de autonomía social y soberanía popular que ha traído consigo?... Como quiera que sea, estalló de nuevo lo imprevisible: 2010, terremoto en el sur, destrucción de ciudades y pueblos, maremoto y... *saqueo de supermercados*. Horror ¿cómo, cómo era *eso* posible? Pero, al mismo tiempo: enorme respuesta solidaria popular (sus aportes triplicaron el de las ultra-televisadas grandes empresas) con los damnificados y para la reconstrucción; superior, de lejos, en términos cualitativos, a lo hecho por el Estado en un año y medio desde entonces. Pero los bancos, impertérritos, siguieron cobrando tasas de hasta 40% por sus líneas de crédito. Y las multitiendas, con los dientes afilados, un 15% más que los bancos. Y para no ser menos, los créditos universitarios aumentan, tras la graduación, con los intereses respectivos (ley sagrada del sistema), hasta cinco veces la deuda original. Mientras la tasa de desocupación permanece fluctuando entre el 8 y el 10% (con dudas técnicas). Los alimentos, lo mismo que el transporte público, aumentan sus precios entre un 30 y un 40%. A mayor abundamiento, habida consideración de esas mismas burbujas, los ministros se quejan porque los millones que ganan constituyen un sueldo *reguleque*. Y para colmo, dos empresas hidroeléctricas logran excepcionales privilegios para construir cinco represas en la región más agreste y natural del país (Aysén). La presión del sistema sobre la ciudadanía ha seguido aumentando, pues, de modo inexorable (pese al ingreso de Chile en la OECD), en la seguridad de que la gobernabilidad alcanzada por la Concertación en sus 20 años de gobierno es una inversión en resiliencia cívica que permite eso y mucho más. Por eso, tal vez, vino después un gobierno de Derecha... ¿No se llegó con todo eso al punto cero en que el vaso se llenó, en que la autoeducación popular tomó conciencia de su autonomía y en el que fue necesario salir a la superficie y hacer oír la voz de las profundidades?

Vino entonces la explosión comunitaria de Magallanes. Después, una, dos, tres, cuatro protestas masivas por el contrato macro-capitalista de Hidro-Aysén. Que se mezclaron con una, dos, tres, cuatro protestas por la mercantilización absurda de todo el sistema educativo. Al punto que no sólo los secundarios salieron a la calle (200 colegios en toma), sino también el Colegio de Profesores, los académicos y aun los rectores de las universidades estatales, junto a profesionales y empleados públicos. Culminando con una movilización de agricultores y un paro nacional de estudiantes... Etc.

Ha sido, es y todavía será, por tanto, un movimiento social que, de un lado, ha echado mano de su vieja cultura de masas (desfiles hacia La Moneda, interpelación a ministros, pancartas y gritos) pero, de otro, ha sacado a relucir la autonomía- soledad que ha estado acumulando desde 1965-73 (poder popular) en su memoria, para ir ensayando fórmulas de presión y propuestas propias de una ciudadanía soberana. Y es obvio, por de pronto, que se estrellará contra un Estado que no reconocerá ningún impulso soberano que venga de la calle (nunca los Estados liberales chilenos los ha reconocido) y se negará a reformar estructuralmente un modelo que, en sí, para los vencedores militares de 1973 y los ganadores políticos de 1990, es perfecto (asegura globalización). Ni es reformable, por tanto, ni es perfectible. En tal circunstancia, el movimiento ciudadano tendrá que autoaprender de sí mismo aún más soberanía: deberá volcarse de nuevo hacia adentro, esta vez para deliberar (asambleas propias), proponer leyes e, incluso, constituciones políticas. Y prepararse para *imponerlas*... Es decir: deberá ir desechando, progresivamente, sus viejos hábitos 'de masa' y perfeccionando, a la vez, el instrumental que ha estado fraguando y fogueando en su memoria y en sus comunidades locales desde 1965; a saber: el que corresponde a la verdadera 'soberanía ciudadana'. Sin duda, el proceso que hoy se vive en Chile tomó ya esa dirección y hacia ese punto seguirá moviéndose.

¿Encontrará dificultades? Sin duda. La historia de Chile muestra que, cada vez que la ciudadanía adopta actitudes soberanas y se plantea en el espacio público en ese tenor, el Estado se ha sentido atacado, de modo *privado* (miedo a los saqueos propagados por el "bajo pueblo") y de modo *público* (miedo al derrumbe del sistema político liberal). Razones de sobra para que los políticos y las elites en general (empresariales, militares y eclesiásticas) reaccionen nerviosamente, calificando el movimiento ciudadano de anarquista, subversivo, comunista, terrorista, etc. Polarizando la situación en blanco o negro. Orden o caos. Ley o anarquía. Y ante eso, defienden el Estado, se defienden ellos mismos, defienden todo (¡occidente!, ¡la libertad!); por eso, nerviosamente (porque no prima en ese punto la racionalidad política o histórica), *reprimen*. Y como no basta la policía (son los 2/3 de la sociedad civil los que normalmente se rebelan) se envía contra los subversivos el Ejército en formación de batalla. Resultado: 5 guerras civiles (siglo XIX) y 23 masacres de ciudadanos (sobre todo populares) entre 1810 y 2010. Suficiente como para que el espíritu ciudadano se asfixie en las mazmorras, en el cementerio y se pasmee en el discurso público.

Lo dicho es *una* de las dificultades posibles para el movimiento soberano de la ciudadanía. Y no es un obstáculo menor. *Otra* dificultad, de apariencia indolora

(no opera sobre la 'piel' de los ciudadanos), pero de importancia crucial, la constituyen las movidas que realizan las elites civiles oficiales a objeto de: a) *cooptar* el movimiento ciudadano para sus habituales circuitos funcionales de operación, b) *apropiarse* de sus ideas, demandas o discurso (matriz secular del populismo) y, tras todo eso, c) *conducirlo* a través de la legalidad vigente, donde, por supuesto, se diluye todo, por la osmosis reversa del sistema. Una variante de esta dificultad se presenta cuando el mismo movimiento genera una 'dirigencia', un 'liderazgo elitista' (oligarquía conductora) o una 'personalización caudillista', que, en la coyuntura clave, negocia en una misma mesa, a puerta cerrada, con las elites oficiales (o enemigas). El problema endémico de los movimientos sociales y ciudadanos consiste, pues, en cómo *racionalizar su línea de avance*, en tanto las situaciones que se enfrentan exigen, de algún modo, centralizar –al menos– la política de acción; es decir, adicionar a la práctica legislativa (asamblea y democracia) la práctica ejecutiva (unidad en la acción). O bien la clase política vigente, o bien el liderazgo propio, tienden a establecer un centralismo (o burocratismo) con clara tendencia a la enajenación, la oligarquización y, por consiguiente, a la traición. La legitimidad y la soberanía de los movimientos ciudadanos son, al momento de la acción crucial y el desenlace, desafortunadamente, bienes cívicos cooptables, objetivables, expropiables y traicionables... ¿Cómo evitar todo eso? ¿Cómo sortear estos obstáculos aparentemente indoloros?

No hay duda: los actores sociales necesitan llevar su autoeducación hasta las últimas consecuencias. No sólo deben conocerse a sí mismos (reconocer y lamer sus heridas históricas); no sólo deben conocer por dentro y por fuera a sus dominadores, y conocer la verdadera legitimidad, representatividad y eficiencia del sistema que los 'estructura', sino que también deben conocer y desarrollar a fondo el poder que encarnan, tanto el que deberán proyectar sobre el sistema como el que deberán *aplicarse a sí mismos* para evitar la coopción alienante y la objetivación oligarquizante. La historia de Chile muestra cómo, en el pasado, los movimientos sociales utilizaron ciertos principios básicos para evitar eso y mantener la soberanía popular activa y vigilante: a) la consensuación democrática de las tareas a realizar, que se configuran como un *mandato o instructivo* ciudadano; b) elección de uno o más representantes (voceros, diputados, ejecutores, operadores) para la *ejecución del mandato* aprobado, *entre* los miembros históricos de la comunidad local; c) realimentación de los representantes *durante* su ejercicio, mediante el envío de instructivos complementarios; d) *revocación* de los representantes o mandantes si no están ejecutando el mandato según la voluntad de la base, y e) *juicio de residencia* (en la comunidad de base) del mandante, según la gestión que haya

realizado, implicando aplauso o castigo. Es evidente que estas prácticas soberanas de autorreferencia, que estuvieron en uso (en más o en menos) en los movimientos ciudadanos de los periodos 1823-1829 y 1918-1925 no fueron nunca institucionalizadas en los sistemas políticos liberales impuestos ilegítimamente en 1833, 1925 y 1980. Nos son, pues, técnicamente, prácticas desconocidas por desuso.

¿Podrán esas prácticas reaparecer en los movimientos ciudadanos de hoy?

Lo que cabe deducir de éstas y otras reflexiones es que, en rigor, históricamente, no existe *un* solo tipo de 'política' sino, al menos, *dos*. Pues, de una parte, está la política que transcurre en el nivel de la *representatividad y la constitucionalidad vigentes*; es decir, 'la' política de los partidos, de los diputados, senadores, ministros, presidentes, etc., que giran por dentro y por fuera del Estado regido, en este caso, por la Constitución (liberal) de 1980. 'La' política, por uso y abuso, es la de 'los políticos'. Que es, por origen y funcionamiento, de naturaleza *sistémica*. Y por tener ese definido carácter funcional, la política por representatividad no conlleva en sí el problema histórico de su 'modo de origen' (su legitimidad o su ilegitimidad). No se lo pregunta: lo calla, olvida o ignora. Tampoco le resulta estructural el problema de su grado histórico de (alta o baja) 'representatividad', puesto que el juego mecánico de las elecciones lo disuelve funcionalmente en el próximo acto electoral. Y menos resiente el problema de su 'ineficiencia' histórica real, por la misma razón funcional anterior. 'La' política disuelve, pues, todos los problemas históricos que genera y enfrenta el sistema político como tal echando a andar, constantemente, los engranajes funcionales, móviles, de su maquinaria sistémica. De ese modo, *traga, deglute y disuelve la historicidad ciudadana*. Y por tanto, la soberanía.

De otra parte, sin embargo, está la política propia de la *soberanía ciudadana*. Se comprende que ésta, por origen y naturaleza, *no es sistémica*: no se rige necesariamente por la Constitución y las leyes porque es ella, y sólo ella, la que detenta, inherente e inalienablemente, el *poder constituyente*, del que deriva el legislativo. Trasciende, por tanto, la ley vigente. Es anterior y posterior al Estado. No se somete sino, más bien, instruye, fiscaliza y subordina a los políticos (que son, por mandato y función, esencialmente revocables). No opera pues a través de engranajes funcionales sino por deliberación, consenso e imposición, pues se debe sólo a sí misma. Opera, en suma, en relación orgánica con su propia historicidad, según determine no su conciencia de la legalidad sino su *conciencia histórica*. Es por eso que la política de la soberanía popular se genera, comúnmente, fuera del Estado, al margen de la ley, a contrapelo de las clases políticas civil y militar. De ahí su 'aparición' disruptiva y marginal, su apariencia anarquista y subversiva,

y las difíciles tareas que enfrenta: construir e imponer un pensamiento crítico, levantar alternativas, desmontar progresivamente los nidos artillados del sistema vigente, afrontar la represión, arriesgar la vida y perseverar noblemente hasta el final. No hay duda: 'la' política sistémica es trascendida en todos sus costados por 'lo' político de las profundidades historicistas de la soberanía ciudadana.

La política de los políticos, sin embargo, ha monopolizado de modo casi absoluto los procesos políticos en Chile, disolviendo astutamente los procesos soberanos de la sociedad civil en la acidez policial del 'anarquismo' y la 'subversión'. Y por tan largo tiempo (200 años), que la ciudadanía ha perdido varias veces la conciencia de que en ella radica, sólo en ella (y no en el Estado), la soberanía de todo 'lo' político. Los sistemas estatales que se han establecido en el país desde 1830 (todos liberales) han cuidado que esa inconsciencia se mantenga y profundice. Y han impuesto, a ese efecto, una memoria oficial: la *del* sistema. Enseñan a obedecer la ley, no a exponer la voluntad soberana. Obligan a mantener el Estado y las leyes vigentes (Ley de Defensa Permanente de la Democracia, de Seguridad Interior del Estado, Ley Antiterrorista, etc.), perpetuando el tipo de dominación. El sistema educativo, entre tanto, enseña cultural occidental y gobernabilidad, no *gobernanza*, etc.

En Chile, como no se ha educado ni se educa al ciudadano a ejercer soberanía ni se han establecido mecanismos institucionales de carácter participativo, la ciudadanía atiende y ejecuta su conciencia histórica siguiendo dos conductas paralelas: a) irrupciones de protesta en el espacio público, como expresiones de cansancio e ira ("reventones" históricos) que a menudo concluyen en saqueo, vandalismo y violenta colisión con la policía o el ejército, y b) desarrollo de prácticas autoeducativas, o de adaptación a la situación, o de desarrollo de una cultura social crítica, contestataria y revolucionaria, al margen del sistema formal de educación (lo que, a menudo, siendo esta última actividad de carácter sospechoso, induce al sistema central a prepararse, blindando policialmente su cáscara institucional exterior).

Es indudable que, desde 1997 aproximadamente, la baja sociedad civil chilena (los quintiles más desprovistos de la población) ha estado autoeducándose informalmente, al margen del sistema educativo oficial, en sistematizar su conciencia histórica, sus capacidades de autogestión, su crítica y sus propuestas de acción local, proceso vivo que ha combinado con la promoción de diversos "reventones" históricos (grandes o chicos), en el vientre de los cuales es posible detectar y reconocer los componentes de soberanía que trae el movimiento. Y es interesante, en este sentido, observar que la juventud popular (quintiles I, II y III) está invadiendo progresivamente el sistema de educación superior hasta copar, hoy,

más de 1/3 de su alumnado. Pero no a efectos de prepararse mejor como 'empresedor' para nadar fluidamente en el Mercado nacional o mundial, sino –al menos los estudiantes de Ciencias Sociales y del área Humanista– para estudiar mejor *su* situación poblacional, *sus* identidades, *su* cultural local, *su* propia historia, etc., a efectos de potenciar (empoderar) sus respectivas comunidades. Así lo reveló el tenor de sus trabajos de cátedra y sus tesis de licenciatura y posgrado. La autoeducación en la calle, *in situ*, está siendo pues complementada y potenciada con el autoconocimiento científico-social que permiten las universidades y otros centros de investigación-acción.

Es que la crisis de representatividad que experimenta hoy la clase política civil chilena (que la ha sumido en un marasmo de confusión y 'discolidades'), unida a la crisis de legitimidad que arrastra el sistema desde 1973 (refrendada desde 1990) y a la crisis de ineficiencia sistémica (la desigualdad en la distribución del ingreso aumenta día a día, pese a que es ya una suerte de récord mundial), han generado un *malestar interior* en unos y en otros, en políticos y ciudadanos, en militares y eclesiásticos, que ya fue detectado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en 1998. El mismo que, por su carácter histórico, intersubjetivo y cultural, difícilmente será comprendido y bien tratado por las actuales elites dirigentes del país. Ni el propio ni el de los chilenos en general. Es que no es un problema que puedan resolver *ellos*. No es cuestión de roles y funciones o de engranajes sistémicos: es, en rigor, un problema histórico que sólo la política soberana de la ciudadanía puede resolver.

Podemos deducir, pues, que, si bien el sistema y las elites sistémicas no harán otra cosa que defenderse de lo que estiman es un nuevo 'anarquismo' (sin comprender lo que realmente ocurre), la ciudadanía no podrá hacer otra cosa que insistir en perfeccionar su conciencia histórica, desarrollar al máximo la teoría de su propia soberanía y prepararse para actuar en el momento oportuno, sin que se le escape el control del movimiento.

La Reina, junio 13-14 de 2011